

La ventana del Ser

Altair García





La Ventana del Ser

**Relatos de ángeles y otras historias
de poder**

Altaïr García Alonso



Edición publicada en España en 2012

© 2012, Altaïr García Alonso

Portada: Mar González

ISBN:

ASOCIACIÓN



LUZ y CONCIENCIA



Índice

Relatos de ángeles y otras historias de poder.....	2
Nota de corrección.....	7
Introducción personal.....	9
El ala rota.....	13
Campanas al aire.....	17
Ángeles de las estrellas.....	22
Un canto de Amor infinito.....	28
Disfrazados.....	35
Renacido.....	39
En el túnel.....	41
Salvar una vida.....	45
Huérfanos.....	49
Descalzo.....	53
Servicio.....	56
Miedo sin valor.....	62
En la casa.....	63
Intuición.....	65



Dejando ir.....	67
Relato de amor.....	70
Avistando una nave.....	73
Consciente.....	79
Acompañantes.....	86
Lugares de encuentro.....	87
En la calle.....	94
Despedida.....	104
Recuerdos.....	108
Vidente.....	118
En las ruinas.....	129
Sueños lúcidos.....	141
Científica.....	148
Sombras del miedo.....	155
Loca.....	163
Aceptación.....	171
Reencuentro.....	175
Una carta de amor prohibida.....	182
Miedos ocultos.....	187
¿Cómo es un ángel?.....	192
Humanos.....	195
La niña de las estrellas.....	206
Entre nosotros.....	219
Cicatrices del alma.....	225



El curandero.....	233
Caballeros del Cielo.....	244
Sanación.....	248
Señales.....	265
Atrapado.....	272
No más lástima.....	277
Abre las alas.....	286
Conclusión.....	287
Otros títulos de Altaïr García Alonso:.....	289



Nota de corrección

Los diferentes relatos que aparecen en este libro me fueron dictados con mucho amor, en momentos de silencio y de meditación, entre los meses de mayo y septiembre del 2012.

Pido disculpas si hay algún fallo en las canalizaciones.

Si el lector viese algún error, o si hay algo que no sea de su agrado, pido que me ayude informándome para que no se vuelva a producir.



Dedico el mérito final de esta labor así como la energía de mi trabajo personal mientras recibía las canalizaciones, al bien último de toda la humanidad, a la paz del planeta Tierra y a la realización y el despertar de la raza humana.

Agradezco a los seres de luz y a nuestros más amados hermanos mayores por colaborar en el despertar y alimentar nuestra alma con tanta sabiduría y amor.



Introducción personal

Hace años que los ángeles me hablan.

Muchas personas se preguntan qué nos puede decir un ángel. ¿En qué puede cambiar mi vida las palabras de un ser de luz? Incluso hay personas que me preguntan: ¿Cómo puedes distinguirlos? ¿Cómo puedes saber que son ángeles?

Hoy empiezan a dictarme estas palabras de amor. Palabras bondadosas que abrirán nuestro corazón y nuestra mente a una nueva realidad angélica donde los planos sutiles no están tan separados. Y cerca de nosotros, donde los ángeles están a nuestro lado, susurrándonos cantos de amor, acompañándonos en momentos de silencio y mostrándonos el camino hacia la verdad. Son nuestros más amados compañeros de viaje y, en esta aventura que es la vida, ¿qué más podemos pedir que un acompañante siempre fiel, que siempre nos apoya y nos ama incondicionalmente?



Somos ellos. En otros niveles no hay diferencia, somos nosotros mismos. Nuestros abuelos, bisabuelos, se disfrazan de personas y luego, una vez se quitan este pesado disfraz, se visten con su luz para estar a nuestro lado. Nuestros mejores amigos y nuestros más amados compañeros. Siempre con nosotros desde otros planos, más allá del velo que nos oculta la luz del corazón.

¿Para qué sirve este libro? Con estas palabras de luz podemos aprender a verlos, escucharlos, sentirlos, podemos encontrar refugio, sanar heridas de antiguas guerras y sentirnos acogidos cuando nos sentimos solos y tristes. Con estas palabras ligeras, podemos volver a sonreír, acabar con la ansiedad y respirar tranquilos. Son palabras sanadoras, que vienen del aire sutil de un plano celeste, donde todo es unidad, amor, libertad, respeto, compasión.

Deseo agradecer a mis guías por permitirme realizar este trabajo tan bello y a todas las personas que me apoyan diariamente en mi trabajo.

Altair García Alonso





*El susurro de un ángel es ligero como el canto de un
pájaro,*

*igual que el delfín saltando sobre las olas,
igual que tu corazón cuando sonríe por recibir el
amor divino.*

*El susurro de un ángel es tu risa fresca, tu alegría,
es vencer el miedo y ser libre.*





El ala rota

Una vez llamó a mi puerta un ángel.

Su ala derecha estaba ligeramente rota y su expresión, aunque se sentía triste, era de una gran sonrisa amorosa y abierta. Le pregunté:

-¿Qué te pasa? ¿Qué ocurrió en tu ala?

Y él, sonriendo y llorando a la vez, me dijo:

-No es nada, sólo un hombre que no me dejó rescatarle. Se suicidó...

-¿Perdiste un ala por él?

-Perdí más, perdí a mi mejor amigo. Pero no importa, mañana voy camino a reencontrarme con la vida. Naceremos juntos y le podré pedir perdón por no haberle ayudado como merecía.

-¿Quién será en la próxima vida? ¿Tu hijo? ¿Tu amigo?

-Me casaré con él y le hablaré con dulzura, sanaré sus heridas y le permitiré su mal humor.

Estaremos unidos y nos perdonaremos el uno al otro, nos agradeceremos y nos amaremos.

-Pero, precioso ángel, no entiendo por qué hace falta sufrir. ¿Es porque él se suicidó?



-Aún tiene rabia, en su próxima vida sacará toda aquella rabia que paralizó con el suicidio, quiero estar a su lado para ayudarle a que suelte esa rabia que en esta vida no desahogó.

-¿Y tú? ¿Acaso no sufrirás tú? ¿Merece la pena hacerlo así?

-Le amo, es mi compañero. Con mi ala buena volaré a ese nuevo comienzo, será una oportunidad nueva para dar, con mi ala rota le recordaré, con mi dolor y empatía le sanaré, estaré con él. ¿Qué más puedo pedir?

A veces hay que hacer cosas así para aprender a respetarnos a nosotros mismos y aprender a amarnos. Yo me amo, me perdono, me acepto. Pero cuando esté vivo, con mi ala rota, no recordaré esta autoestima y este conocimiento que tengo de mí. Así, a través de la vida sanaré mi ala, me levantaré del suelo una y otra vez, aprenderé a valorarme con mi ala rota, con mi vida partida; y luego, una vez en pie, conoceré a alguien que me amará aunque tenga un ala partida. Y por último, cuando mi vida esté reestructurada, cuando sea feliz, aparecerá la iluminación y el conocimiento verdadero de que yo soy quien creó mi vida.

-Precioso ángel, entiendo lo que dices, pero yo no quiero que vayas a la vida para sufrir.

-Amada, mañana cuando me veas convertida en niña, no querrás que despierte de mi sueño humano.



Quería contarte mi viaje, y si nos vemos durante mi vida, pídemle que tenga paciencia, sólo serán 2 años, casi 3 años a su lado, mi ala se sanará y ya no me dolerá más ver a un hermano mío derrumbarse y suicidarse, respetaré su caída y no caeré con él o con ella. Gracias por recordarme.

-Gracias, hermoso ángel, por estar aquí.



***La mirada de un ángel a un niño
es la alegría infinita de Dios.***



Campanas al aire

Un día sonaron los cascabeles colgantes en la entrada de mi casa. Yo, asustada, me asomé. Sabía que era un ángel avisándome de algún peligro, pero cuando miré nada ocurría.

Regresé dentro, sentí un escalofrío y regresé a mis tareas. Al rato volví a escuchar el colgante de la puerta, el hermoso sonido de los cascabeles. No tenía frío y confiaba en mi ángel, sonriendo pensando que igual un niño quería hacerme sonreír, salí fuera, abrí la puerta y allí estaba él.

Era un antiguo amigo del instituto, acaba de tener un accidente hacía unas semanas, yo no lo sabía pero estaba muerto frente a mí. No recordaba quién era pero llegó a mí pidiéndome ayuda. Me quería contar lo que le pasó pero no sabía cómo hablar. Quería pasar a mi casa y yo no le dejé.

Le puse un poco de alimento y un vaso de agua en la entrada y me senté en la mecedora, al lado de la puerta. Así vigilaba que no entrase en mi casa a la vez que le ayudaba. Le dije que se tenía que ir:

-Ya se acabó todo, tienes que irte.

Él me preguntaba muchas cosas a la vez. Si fui su novia, que no me reconocía, que no me recordaba.



Recordé que siempre fue grosero conmigo y nunca me cayó bien. Me insultaba y se metía conmigo porque decía que era muy rara.

-Has tenido un accidente, te tienes que ir. Esta será tu última comida, te la entrego para darte fuerzas y que te despidas.

-¿Y el agua? ¿Por qué tengo tanta sed?

-Estabas bebido antes del accidente, sientes lo que sentías en aquel momento. Vete ya, te esperan.

Él no se iba, sus cuerpos se deshacían y tenía miedo.

-¿Qué me harán? ¿Qué quieren hacer conmigo? ¡Son cocodrilos gigantes!

-No lo son, son ángeles, estás asustado y ves lo que no es. Diles que cambien su forma y verás otra cosa.

-Ahora son larvas gigantes, ¿por qué son tan horribles? ¿Los ángeles no deberían ser hermosos?

-Y lo son, yo los veo preciosos ayudándote. Deshacen los restos de tus cuerpos, tus sombras, tu ego, lo deshacen para tu viaje. Por eso tu mente engañada ve monstruos que quieren comerte, son los ángeles que te despojan de tu antiguo traje. No tengas miedo.

-A tu lado no tengo miedo, déjame quedarme aquí.

-No.



-Ahora ve, ya no te queda nada a qué agarrarte. Me llevaré el plato de tu comida vacío y el vaso de tu agua sin energía ya dentro de mi casa, quédate aquí o vete, ya no te hablaré más.

-Dime, dime una sola cosa. ¿Por qué haces esto por mí?

-Tú me pediste ayuda cuando llamaste a mi puerta, sólo hice lo que hay que hacer. Ahora vete.

Cuando me di la vuelta sentía su silencio, se estaba terminando de deshacer el enlace con su vida, no quería irse.

Pasaron varias horas y volvieron a sonar las campanas, ahora mucho más débiles, no les hice caso. Al cabo de un rato volvieron a sonar, muy suaves. Entonces me asomé sin abrir completamente la puerta y allí estaba él: no quedaba casi nada de él, se sentía que sonreía con humildad, y apenas tenía cuerpos densos. Aún no estaba convertido en ángel, era mitad esencia mitad energía de luz, aún no había terminado todos los pasos, pero me quería agradecer. Él sabía que ese acto de humildad le ayudaría y me ayudaría a mí también. Me entregó algo, un broche antiguo, me lo enseñó tras la rendija de la puerta y me dijo:

-Mi abuela ya está conmigo. Te entrego este regalo para que ayudes a más personas como yo. Fue de ella y lo perdió una vez, se quedó enterrado en el campo. No lo recojas, para ti es el regalo de saber que estoy bien, que ella me está hablando y me recuerda que fui un



niño en sus brazos, me habla y me abre el camino al cielo suavemente. Ya no tengo miedo, gracias por ayudarme.

Yo no le respondí, estaba emocionada y no acababa de abrir la puerta, sabía que no tenía que abrirla, los egrégoros de su antigua vida aún estaban revoloteando por ahí, todos sus antiguos miedos. Yo no tenía que enfrentarme a ellos, tenía que esperar a que se perdiesen y se olvidasen.

Le veía en otros planos luchando contra sus antiguas sombras, y no quería dar refugio en mi casa a esos seres. Emocionada le hice un gesto internamente de que todo estaba bien, cerré la puerta y puse una vela dentro de mi casa, en mi altar, para que le alumbrase en el camino y no permitiera que ninguna sombra ajena entrase en mi vida.

Estaba feliz y nostálgica a la vez. Su muerte fue muy brusca. No podía llamar a su familia porque vivían muy lejos, no podía hablar con nadie y decir que había muerto. Estaba triste porque murió con dolor, con susto, muy probablemente volvería a nacer así, con un parto con dolor, con susto, con miedo. Y a eso yo no le podía ayudar, sólo su familia si perdonaban su rápida partida de esta vida.

Le agradecía enseñarme tanto y el broche que me quiso entregar como un recuerdo energético de lo valiosos que son todos los momentos pequeños en la vida.



Los ángeles me hablan.

*Yo no soy ningún ser de luz, sólo soy una persona.
Cuando las personas se acercan a mí saben que soy
una persona, pero cuando los ángeles me hablan,
me tratan como si fuese uno de ellos.*

*Tengo 5 años y todos los ángeles me hablan como si
les entendiese todo lo que dicen. Me hablan raro.
Ellos dicen que les escucho y les entiendo y a veces
sí, pero otras veces es complicado.*

*Pasó un avión sobre mi tejado, el ruido molestó a
las flores del jardín. A los ángeles no les molesta
eso. Ellos me hablan cada momento para que no
olvide quiénes son ni cómo.*





Ángeles de las estrellas

Hoy vino a verme un ángel diferente. No tenía alas de colores y hablaba en un idioma raro.

Mi ángel guardián me pidió estar atento pero él le dejó estar ahí. Yo le miraba y no podía creer que fuese un ángel.

Llevaba un traje espacial de coronel, con capa, y su aspecto era como el de un humano de cristal transparente, muy fino, casi líquido. No se podía tocar pero sí se sentía muy bien y tenía la sensación de que si quería podía agarrar las cosas de mi habitación. Su idioma era diferente que el de los ángeles pero me hablaba mentalmente, muy claro, muy alto, mucho más alto que los ángeles, no era tan sutil. Y parecía no importarle si yo le entendía o no, era feliz sólo sabiendo que yo estaba ahí, que le podía percibir y sentir.

Me dijo que venía de las estrellas, de muy lejos.

Me quedé mirándole y supe que decía la verdad.

Me dijo que iba a crecer, me haría un hombre grande y sería muy diferente físicamente. Me haría muy fuerte y sería muy valiente.

Yo me reía, no era posible, no se daba cuenta de que era un niño. Me reía de él y su ignorancia en la Tierra.



Luego me dijo que algún día tendría una amada, que viviríamos juntos.

Yo le miré con curiosidad. ¿Una amada? Cuando dijo eso sentí mucha serenidad dentro de mí, sentí una tranquilidad como cuando te recuerdan algo importante que has venido a vivir. Una amada en mi vida... No sabía bien lo que eso era pero estaba convencido de que lo que fuese me estaba esperando. Lo reconocí.

Y luego me dijo que les escucharía a ellos.

-¿Quiénes sois vosotros?

-Los que venimos de otras estrellas.- Decía.

-¿Y para qué quiero yo escucharos a vosotros?

-Tus ángeles, amigo, te hablan de la luz que hay en ti, la luz que viene a la Tierra, te hablan de esta vida, de sanación. Pero vendrán otros, de muy lejos, te hablaremos de lo que ocurrirá en el planeta, te hablaremos de lo que harán las personas, dónde iréis. Algunos se querrán ir, eso no es bueno, no se puede abandonar un traje y vestir otro tan rápido, tiene su tiempo. En ciertas naves celestes vestidas de luz, se esconden sombras grandes que se alimentan de personas que ignoran esto y confiadas se entregan a la mentira que mejor les viste de luz. Pero vendrán otros que querrán recordaros algo, que venís también de las estrellas.

-¿Yo vengo de las estrellas?



-Sí, amigo mío, por eso te conozco. Hemos viajado juntos por el firmamento. Somos hermanos de luz en otro planeta muy similar a la tierra, pero con una gran evolución espiritual y mental.

-¿Y qué hago aquí entonces?

-Tu misión.

-Vendremos a hablaros de eso. Y a buscar a muchos, pero sobretodo a enseñaros el camino de retorno.

-Yo no quiero viajar allí, tan lejos. Me da mucho miedo.

-Eso es porque sabes que hay naves que os llevarán a ninguna parte. Lo intuyes. No debes permitir que te suban a ninguna nave si no sabes lo que hay antes en su interior.

-Amigo, ¿y cómo sabré distinguir entre unos seres de las estrellas y otros?

-A unos nos conoces, somos tus amigos. Muchas vidas en las estrellas estuvimos juntos. Nosotros no intentamos convencerte de nada, no intentamos hacer nada. Sabemos que tú solo harás tu cometido y tu misión. Que tus hermosos guías te acompañarán en tu trabajo. Y estamos ahí, apoyando la misión del planeta. Otros no lo hacen, no les importa la Tierra, no les importan las demás personas, te hablarán a ti como si fueses el único entre miles, te hablarán de tu valor por encima del de otras personas, hablarán de que todo debe ser destruido en el planeta para que tú y otros



pocos sobrevivan, sus mensajes no serán de luz, asustarán.

-¿Y por qué harán eso? Nadie les creerá cuando digan todas esas cosas.

-Mucho más de lo que piensas. Las personas les prometerán sus cuerpos sutiles con tal de salvarse y no sabrán para qué quieren esos cuerpos. Les prometerán participar en su ciencia sin darse cuenta de qué tipo de experimentos harán, incluso recibirán dones y poderes de algunos de estos seres a cambio de una falsa libertad.

-Me das miedo. ¿Cómo sé que tú no eres uno de ellos disfrazado? Me da mucho miedo todo eso que me cuentas. ¿Por qué me lo cuentas a mí?

-Te intentarán hablar, pero eres valiente, no podrán detenerte. Por eso te lo cuento. Esto de hoy, quedará en tu mente borroso, como un recuerdo lejano, una visita curiosa que no recuerdas si fue un sueño o lo habías inventado, donde un ser que reconocías como un amigo te hablaba vestido de caballero galáctico. Pero habrá un día que lo recuerdes perfectamente, y allí estaré yo a tu lado, avisándote. Revisa tu vida, que ninguna mentira se haya introducido dentro. Estás en un planeta precioso, trabajando para que florezca, y esa es la única verdad que debe sobresalir entre todas. La destrucción, el miedo, la prisa... Todo eso, abandónalo a un lado. Es muy probable que el planeta cambie tanto que pronto no se le reconozca. Aparecerán ríos nuevos, formas



nuevas, tierra donde ahora hay agua, agua donde ahora hay tierra, se moverá mucho, y eso no es destructivo, será un cambio muy armonioso que permitirá a las personas fluir en él. Y aquellos que no crean, aquellos que hayan prometido su mente y sus cuerpos al mejor postor, incluso, podrán ser salvados y liberados y podrán vivir un cambio en armonía, todo depende del corazón abierto y la mente despierta. ¿Tú ya tienes la mente despierta?

Mi amigo se reía, me hablaba pero casi no me enteraba de nada. Cada instante estaba más cansado y le pregunté por qué me estaba cansando tanto hablar con él.

Es normal, llevas mucho tiempo esperando mi visita. Cargo un traje muy energético para venir a verte. Tengo que protegerme de tus gérmenes y mi traje protector te agota.

-¿Cómo? ¿Tu traje me roba mi energía?

-Nooo. Jajajajaja. Qué dulce eres, amigo. Los niños de la Tierra sois sencillos y hermosos. Mi traje te obliga a trabajar en otros mundos. A recordar de dónde vienes, a viajar y a ver con más detalle las cosas, y por eso estás cansado, porque estás demasiado tiempo consciente.



*Los ángeles nos hablan de respeto cuando
realmente quieren decir amor.*





Un canto de Amor infinito

-El mar es una extensión de luz del Universo, por eso baila como las estrellas en la noche. Hacia un lado y hacia otro hay costa, parece que no termina pero tiene final, y dentro de ese final hay otros finales porque entra bajo Tierra y se desvanece entre la arena. Es infinito y alberga miles de seres. En el universo también hay rías dulces y vientos fuertes. También hay caminos donde todo va más rápido y otros donde va más lento. Hay piratas, viajeros, curiosos, trabajadores, gente perdida e islas.

Yo soy un ángel que vengo de una isla musical en medio de un gran océano espacial. Canto a quien quiera escucharme.

El océano del espacio parece pequeño desde un mapa, parece que se puede controlar y conocer, pero llevo mi vida entera recorriéndolo y aún no he conocido ni la mitad, ni si quiera un cuarto. Muchos lugares requieren de mucho tiempo para poderlos conocer.

-Y, ¿cómo es la Tierra?

-¿La Tierra? Sólo es un lugar más. No es muy interesante para los viajeros porque las personas en él no son muy inteligentes, pero para los cantantes sí lo es porque el alma de los terrícolas canta y eleva su canto con ilusión. Muchos pasan de largo por este planeta. Otros se quedan porque es curioso ver a las personas



luchando entre ellas. En muy pocos planetas ocurre esto, que personas de la misma raza luchen y se maten entre ellas, y más tantas personas en diferentes lugares. También es muy curioso ver a los hombres separarse y amar a quien no aman, luchar contra el vecino, y hay algunos que no hablan ni respetan a sus mayores. Personas que viven en miseria y otras en grandes palacios, y lo que a mí más me sorprende es la belleza en la sonrisa de los niños. En otros planetas no hay tanta diferencia entre un niño y un adulto, pero en la Tierra hay mucha diferencia; un niño es frescura, es conocimiento, se necesita porque luego le será todo muy duro. Tengo un amigo en un país americano, un amigo como tú, de 12 años, que ya tiene un arma. Su hermano se la robó junto con otras cosas a un enemigo del maletero su coche, y le entregó un arma a su hermano pequeño para que estuviese protegido. Es un niño como tú pero tiene capacidad de matar a otro. ¡Qué responsabilidad! Yo tengo 1684 años celestes, es casi como 1.000.000 de años en la Tierra, ¡y jamás he tenido esa capacidad! No es nada bueno, Dios me permita no tener ese don durante esta vida. Sin embargo ese niño en la Tierra, con tan sólo 12 años, ya puede matar a otro hombre o mujer. Se tiene que sentir muy solo un habitante de este planeta sabiendo esto.

-Pero la Tierra tendrá cosas buenas, ¿no?

-¡Sí! Por eso estamos aquí tantos hoy, ahora, estos años. Muchos años han pasado desde una guerra muy dura que se vivió, la Segunda Guerra Mundial. Murieron muchas personas que creían en un gran despertar



planetario en todo el mundo. Podríamos decir que se unieron casi cuatro guerras diferentes, y eso marcó un antes y un después. Las personas más evolucionadas llevaron un mensaje de alerta a todo el planeta y ahora mismo, cientos de niños como tú oyen y ven. Pero ocurre mucho más, cientos de personas que no ven y no escuchan a otros seres, ya se están preparando para ayudar a los demás. Será muy hermoso lo que aquí ocurra. Millones de personas se darán la mano para dar un paso adelante y de aquí a poco tiempo se evolucionarán 2000 años en tan sólo unos meses. Pronto verás como todo se acelera, las personas abrirán sus ojos y sus manos esperando una respuesta verdadera y por eso miles de seres cósmicos están observando, es muy interesante lo que aquí está ocurriendo.

-Pero dijiste que no es nada interesante nuestro planeta.

-Realmente no lo es, he visto planetas mucho más hospitalarios y mejores, pero los humanos cambiaréis tanto en tan poco tiempo que merece la pena estar aquí ayudando, y para otros sólo observando.

-¿Y qué pasará en ese cambio tan rápido?

-Imagina una oruga que durante 100 años hace su cascarón. Cuando se introduce en él es una orugota demasiado grande, apenas cabe. Entonces pide ayuda. Eso le está pasando ahora al hombre, lleva demasiado tiempo quieto, tiene que pedir ayuda para este proceso.



Pero una vez se introduce en su casita comienza el cambio, es cuestión de días.

-¿Y qué nos pasará?

-Puede que desde fuera parezca todo igual, sólo los campos van a cambiar, puede que veas a una persona y físicamente ahora y dentro de unos años lo veas todo igual, pero si miras a los ojos enseguida te darás cuenta del cambio. La persona mañana tendrá el corazón abierto y la mirada de un niño pleno. En el futuro, ningún niño pasará hambre en la Tierra y ningún niño tendrá un arma guardada en su armario detrás de sus juguetes. Eso es una evolución rápida.

-Yo no quiero que los niños tengan armas, pero me da miedo cambiar. ¿Y si todo esto desaparece, y si la vida cambia demasiado?

-Todo esto que conoces no tiene base, se sujeta sobre una mentira, sobre cien mentiras, por eso hay niños que pasan hambre y sed y otros tienen más juguetes de los que caben en su casa. Por eso hay niños que no vieron un avión nunca y otros que viajaron por todo el mundo. Todo lo que sujeta este mundo que ahora conoces es una mentira, y eso se derrumba en muy poco tiempo. En el cielo, todos los ángeles estamos felices de saberlo. Apoyamos el cambio y queremos verlo. En la Tierra están asustados sólo aquellos que quieren guardar algo de la antigua realidad; a los que no les queda nada, no temen a nada. Fíjate en esto. Cuando seas mayor y hables con las personas de esto te preguntarán: ¿Y mi



casa de vacaciones, se inundará? ¿Tendré comida para comer? ¿Tendré ropa que ponerme? ¿Mi familia se salvará? Sin embargo, los que no tengan nada preguntarán: ¿Qué puedo hacer para ayudar a los otros?

-Yo prefiero ayudar pero también quiero que mi familia y mi casa estén bien.

-La diferencia es, ¿quieres eso por encima de lo que tengan los demás? Por eso estamos a tu lado, sabemos que lo abandonarías todo si supieses que hay otro que no tiene nada y lo necesita.

-¿Tengo que abandonarlo todo?

-¡No! ¡No es necesario! Ni se te ocurra hacerlo. Sólo espera, observa. Y cuando quieras entregar algo a alguien, regálale tu tiempo y tus cosas sólo a aquellas personas con las que estés convencido de que harán lo mismo por las demás. Muchos te pedirán tu tiempo, te pedirán tu sanación. No les des si sabes que no ayudarán a nadie, que son egoístas.

-¿Por qué? ¿Ellos no lo merecen?

-Hace unos años había tiempo, pero ahora, amigo mío, ahora en la Tierra no queda tiempo para entretenerse con los egoístas, ellos ya tienen y sin embargo siempre quieren más. Si les das te seguirán pidiendo más y más y más y más. Te verán bondadoso y te pedirán, se aprovecharán, en vez de ayudarte para que puedas llegar a otros que de verdad lo necesitan. Te harán descender a su nivel y te convertirán a ti también



en egoísta, te idolatrarán para que no puedas ver la realidad, incluso te harán creer que su dinero vale más que el de otras personas. No querrán que viajes ni que vayas muy lejos y te harán creer que es mejor llegar a cuatro personas tan valiosas como ellos que a cientos en otro lugar más pobres, más necesitadas pero que, según ellos, no entenderán tu valioso mensaje de luz. Los egoístas deben darse cuenta por sí solos. Si tú les intentas enseñar que lo son, se enojarán contigo, hablarán mal de tu trabajo y te engañarán haciéndote creer que el egoísta eres tú.

-Me asusta saber que pueda haber personas así. ¿Cómo las puedo reconocer?

-Es fácil. Para conseguir lo que quieren, te harán creer que tú eres mejor y más valioso que ellos, hasta que te roben hasta la última gota de tu energía y tu tiempo.

-¿Yo me encontraré con personas así?

Mi amigo se reía...

-Tú has sido una persona así muchas vidas... Por eso estás en este planeta.

No me dolió escuchar esto, no me asustó, en absoluto. Era como escuchar una verdad completa, igual que el cielo es azul o que yo era un niño. Las cosas parecen tan fáciles cuando estás con ellos...



Todos sueñan con volar.

*En la Tierra miles de niños juegan a que son
capaces de volar.*

*Cientos de adultos se sienten frustrados porque no
saben volar.*

¿Y tú? ¿Sabes volar?

Volverán a volar las personas, libres.

Volverán a alzar sus alas al cielo.

*Hoy se transforma la oruga en mariposa, y
mientras,*

*el alma que habita dormida
recibe clases de vuelo.*

*Aprende a volar, con la imaginación, con la mente
creativa.*

Vuelve a tener ilusión en la vida.

*Y hoy, no sientas que fracasas;
todo lo que persigues, es posible en la vida.*



Disfrazados

Hoy, cuando regaba las plantas, sentí que algo no marchaba bien. Las plantas estaban preciosas y el sol de la tarde se posaba ligeramente sobre ellas. El duende estaba alterado pero no le pude apenas percibir, sólo sabía que algo no estaba bien. Entré en la casa y había dos seres muy grandes dentro. Me asustaban. Ellos sabían que les podía ver y percibir pero no sabían más. Me miraron y creían que no les había detectado. Les vi los rasgos de la cara. Eran extraterrestres y muy desagradables. Parecía un disfraz de monstruo lo que llevaban y estaban sobre la mesa del comedor, allá donde comemos siempre mi familia y yo. Pasé de largo, agarré un incienso y lo coloqué. Sin alterarme, sin mostrar que sabía de ellos y su presencia, pero ellos ya se habían dado cuenta de que yo les había intuido. Puse el incienso haciéndoles creer que con eso me quedaba tranquila. Fui a otra habitación y mientras caminaba pedí ayuda. Los ángeles se quedaban a un margen de la casa, no podían entrar porque dentro estaban estos dos seres tan desagradables, pero se mantenían a un lado para ayudarme en cuanto pudiesen. Estaba empezando



a asustarme, no sabía lo que querían o por qué estaban aquí.

Les pregunté:

-¿Qué hacéis aquí?

Uno se reía y el otro decía:

-Somos de la Confederación y venimos a entregarte un mensaje muy valioso que debes dar al mundo.

Sabía que era mentira. Además, ese ser no se daba cuenta de que yo podía ver a su compañero reírse. Entonces me di cuenta, estaban echando sobre la mesa unas serpientes pequeñas e invisibles para que nos las comiésemos mi familia y yo. Eran esas serpientes que por dentro te quitan el aliento, hacen que te agotes, no te dejan pensar ni meditar y hablan por las personas. Tenían dientes. Las miré y ellos no se percataron de que las podía ver.

-¡Aparta eso de mi mesa! - Se me escapó mentalmente. El problema de mi mente es que no está muy entrenada y siempre pienso lo que estoy pensando. Pero sé que algún día sabré callarme el pensamiento.

Uno de los seres tenía más serpientes en la bolsa y continuó echándolas más deprisa, el otro se asustó de que supiera lo que eso era. Le grité mentalmente y le dije algo como:

-Ahhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh.



Pero en la mente. Debió de asustarle porque ése se fue, dejó la puerta energética abierta para su compañero. Estaba en la pared. Detecté claramente la puerta para cerrarla más tarde. Y volví a gritar, esta vez más fuerte:

-Ahhhhhhhhhhhhhhhhhhhh.

No se oía nada pero quería asustarles con mi mente. Llamé a mis aliados para que me rodeasen y sin temor cogí mentalmente todas las serpientes con un brazo energético gigante y las arrojé por la ventana. Mentalmente es muy fácil mover cosas en otros planos cuando lo haces con decisión. Entonces ese ser se asustó, me miró a los ojos. Y su mirada estaba vacía. Pienso que no puedes mirar a los ojos a muchos seres de esos en vida, es como si vieses un espíritu errante, no tiene fuerza su corazón y necesita de la tuya para avanzar. Si te roba tus fuerzas entonces él gana. Se hará la víctima y te vencerá dándote pena, haciéndote creer que es débil o que no tiene fuerza. Te robará toda tu luz, tu conexión, tu fe, en sólo un segundo. Le miré a los ojos y no tambalee, a mi no me pudo robar. Le dije:

-¡Ahora vete!, irápido!

Al instante de estar la casa vacía entraron los guías que había llamado y empezaron a limpiarlo todo. Estaban felices de lo bien que había actuado, pero yo estaba cansada. Me eché a dormir y soñé que iba tras esos dos seres intentando romperles un ala de su nave triangular.



Abajo, en la calle, otros ángeles limpiaban esas serpientes.

Siempre me pregunté qué hacen luego con esas serpientes, y una vez vi que se las metían en la boca a una persona. No entiendo por qué quieren que las personas se alimenten de esas cosas, tampoco entiendo cómo nadie se ha dado cuenta que cuando ellos callan, otras cosas siguen hablando a través de su mente, de su estómago, de sus labios. Si no te das cuenta, tampoco lo puedes callar.



Renacido

En el cielo hay un ser muy grande. Parece un guardián de una montaña pero es mucho más luminoso, está protegiendo. He visto pocos seres así de bellos, sé que es un guardián pero no adivino de qué o de quién. Estoy en la plaza de una gran ciudad y hay niños jugando. Miro a mi alrededor, estoy convencida de que entre los niños o mayores hay una reencarnación de alguien especial que no se dio cuenta de quién es. Y allí lo vi, está en el carrito de bebé al lado de su madre.

Es un niño y su mirada es tranquila, me ve enseguida verle y me mira. Sus ojos parecen un poco achinados hacia abajo, fue un hombre en el Tíbet, salió del monasterio para ayudar en la ciudad y murió de manera violenta. Viene con una escoba gigante para limpiar, pero durante muchos años no recordará quién es ni toda la iluminación de la vida anterior. Sólo ahora se le percibe vagamente, pero tiene muy poca energía.

Su madre, sentada a su lado, está fumando. Fuma mucho y tiene miedo. Ha sido violada 4 veces, y su marido la golpeó al principio del embarazo. El niño no tiene dolor por esto, él la eligió por la belleza y fuerza interior que tiene. Ella no sabe el dolor que le puede causar al niño por todo eso. Si ese niño no fuese quién es le costaría mucho sanar aquellos golpes. Pero la madre, sentada al lado del niño, no tiene energías ya para él. Le mira como un estorbo que nació de la



persona equivocada en el momento equivocado. Es un niño muy especial, le dicen. Pero ella tiene la mirada cansada. No saben lo que le cuesta, nadie ve las heridas que le estoy viendo. Cuando sonrío tiene rabia, y su alma parece que sólo espera dentro de unos años, cuando aparezca otro hombre en su vida y se desahogue de tantos años de frustración.

Es como un alma de un niño en un cuerpo de un adulto. Luchando por tener siempre la razón.

Cuando miro al niño no comprendo por qué nació de aquella madre, pero no le juzgo, son cosas que yo no puedo entender. El niño ama a su madre, la admira. Tiene tanto valor ese respeto... El niño me muestra que abraza desde su ser sabio a su joven madre terrestre. Ella lo tiene todo, lo vale todo, y sufre cada día sin saberlo. Y él la perdona. Mañana no recordará quién es, pero dentro de 20 años será un hombre iluminado, hablará con las personas, les dirá que las madres son todas unas santas y todos le dirán: “tu madre debió de ser la mujer más buena y bella”, y él callará, y dirá: “fue como la tuya”. Pero no es cierto, su madre sufrió más. La ama y la respeta por enseñarle esto.

Si pudiese decirle a la madre que les veo, me tomarían por una loca. Pero ella debería saber que su hijo la eligió por su valor y no por su desgracia.



En el túnel

Hace frío, hay un ángel a mi lado y me dice que me mueva pero ya estoy cansado. El frío está entrando en mi cuerpo. Me dice:

-Resiste, viene ayuda.

-Pero tengo mucho frío. Nadie más me ve, y no sé si ese ser es real o no. Así es mi muerte. Fría.

El coche está a un lado de la carretera, creo que está volcado hacia el lado derecho. No sé como tengo esta imagen, pero desde dentro no sé realmente cómo está puesto, sólo tengo frío y no me puedo mover. Lo poco que veo es borroso y no tengo fuerzas para hablar. Creo que me muero.

Ya no es un ángel, son 4 o 5, me miran directamente y me dicen:

-No te vamos a recoger, aún no te has muerto, resiste, vienen a por ti. Estamos a tu lado.- Me miran y se quedan a mi lado.

Pasa mucho tiempo y sólo veo luz. Tal vez dos horas o tres, puede que cuatro horas.

Al final de la luz alguien me dice:

-¿Qué has estado haciendo? - Es un hombre tranquilo a mi lado, detrás de él hay una señora mayor que me



recuerda a mi bisabuela, parece una niña con una risa pícara. No para de mirarme.

-Dime, ¿qué has estado haciendo?

-No lo sé, no lo recuerdo.

-¿Qué estás haciendo en tu vida? ¿Va todo bien?

Hay silencio, un silencio de imágenes y movimiento pero no entiendo todo lo que se mueve, sólo veo luz.

-¿Estás ayudando a otros? ¿Estás siendo amable?

Sé que no me preguntó esto pero es lo que yo me pregunté a mí mismo a través de él, desde que me hizo esa pregunta de si va todo bien.

-Hagas lo que hagas estará bien, estaremos aquí igualmente esperándote, pero ahora regresa. Haz algo de valor para ti mismo.

-Yo no tengo fuerzas.- Le grito mientras me impulsa hacia abajo.

Entonces me muestran debajo de la luz, al otro lado, junto a mi cama, hay una muchacha joven llorando, es mi hermana. Y mi madre a un lado asustada. Mi padre duro, frío, sin creerlo, pensando que todo era culpa suya. Quiero regresar a explicarles que cambiaría pero hoy me siento muy bien arriba de la luz.

-No quiero bajar, estoy aquí bien.

-Ya es hora. Regresa. Cambia.



Según bajo toda mi vida pasa rápidamente, instante a instante. Creo que esto me ocurrió antes de ver la luz, pero cuando regreso toda mi mente lo cambia todo. No sé qué pasó. Regreso, escucho pitidos y la sala está vacía, creía que había alguien a mi lado pero estoy yo solo, nadie me coge la mano. Viene una enfermera y me ve, y mientras hace algo en mi suero llama a otra:

-Está despierto.

Enseguida viene mi madre, estaba en el pasillo con un café.

-Estás despierto, ¿qué pasó? Tranquilo, ahora relájate. Te pondrás bien.

Está feliz y me cuesta reconocerla. Nunca la vi como la veo ahora.

Mi padre llega al cabo de una hora, le han llamado por teléfono.

No me dice nada. Me pone la mano en la cabeza y se queda en silencio. Mi madre le dice:

-No seas duro con él.- Pero yo lo vi, no es duro conmigo, es duro con él mismo.

Al cabo de tres horas viene mi hermana. Está feliz. La veo y ha cambiado, cambió su pelo y cambió su cara. No sé cómo cambió tanto en tan sólo 5 o 6 horas. Le toco el pelo y le digo:

-¿Qué te hiciste?



-Me teñí. Ahora tengo un novio y he empezado a estudiar medicina.

-¿Cómo hiciste eso? ¿En cuánto tiempo?

-Llevas 3 años dormido.



Salvar una vida

Conducía mi camión y no recordaba ya de dónde venía o a dónde iba. La música sonaba a todo volumen y mi estómago estaba revuelto de todo lo que había comido, sentía pinchazos. No quería regresar a mi casa, me sentía pobre. Ayer había parado con una mujer en la carretera y todo había sido muy breve, quería más tiempo, pero mi cuerpo no aguantaba más tiempo. Y no me sentía mal por hacer eso, sino por engañar. Todos lo hacían.

Entonces lo vi, delante de mí. Era un camión cisterna e iba muy lento. Tenía que haber parado por el dolor de tripa pero no lo hice, ése no era mi momento. Fue todo bastante rápido. No recuerdo más que ver la cisterna girar rápido y volcarse al lado derecho, despacio, y todo ocurrió a cámara lenta pero no recuerdo nada. Ahora no recuerdo. Estalló, salieron llamas y me quemé. No podía creer que me estuviera quemando y veía las quemaduras crecer pero no veía las llamas. No me dolía la tripa.

Fui corriendo a la cabina del otro camión y recuerdo que me caí allí. No recuerdo más.

Cuando desperté en el hospital había una mujer con flores y dos jóvenes a su lado, no les recordaba, no sabía quiénes eran. Me dijeron que eran la mujer y los hijos del otro conductor. Le salvé la vida, por eso me quemé.



Yo no recordaba eso. No recordaba nada de eso.

Me dijeron que salté de mi camión y fui corriendo al otro, exponiéndome a la explosión, saqué al otro conductor y cuando le saqué me quemé. A él le salvé la vida.

No es posible. Yo no le salvaría la vida a nadie. No lo dije pero lo pensaba de veras. Siempre fui egoísta. No era valiente, no era fuerte, no era ágil, no recuerdo que pasara eso.

Vinieron dos bomberos, confirmaron lo mismo. Un hombre en un turismo lo vio todo. Yo estaba bien, salté rápido de la cabina de mi camión y fui a ayudar al otro. Una y otra vez no podía creerlo.

El otro conductor estaba a mi lado, había llorado una semana, se le notaba, él estaba en pie. Mi silla de ruedas era muy ajustada y mi mujer me decía que era una oportunidad para bajar de peso. Me pondría a caminar pronto pero por un tiempo era el héroe. Todos me admiraban por mi valor.

Soñé el otro día con un hombre joven, me cogía de las manos y me decía:

-Gracias. Yo te salvé una vez, ahora me salvas tú a mí.

Me enseñó un campo de batalla, lleno de minas. Yo estaba en el suelo y un hombre saltaba sobre mí salvándome de ser quemado. Quemaba su espalda por salvar mi vida. Igual yo ahora quemaba mi pecho por salvar su vida. Me agradecía y me miraba con amor.



No era la persona que salvé la vida, no se parecía, ese hombre de mi sueño era joven y guapo y el hombre al que yo salvé era un poco feo y desagradable, un tipo como yo pero algo más sincero.

-Yo no quería salvarte, no creo haberlo hecho.

-Pero lo hiciste igualmente. Dejaste tu ego y saltaste de tu cabina. Y me alegro, porque sé que lo volverías a hacer.

-¿Y por qué no lo recuerdo? No recuerdo haber hecho algo así.

-Si lo recordases no lo podrías haber hecho. Fuiste un héroe, saltaste a las llamas para salvar a un hombre inconsciente y vivo. Tu duda de que estuviese vivo y tu temor a quemarte vivo no te hubiesen permitido hacerlo.

Hablé con mi mujer, lloré. No quería ser un héroe y no recordarlo, no quería poner nuestra vida en peligro por salvar la vida de otro hombre. Ella me dijo sonriendo:

-Yo te quiero siendo un mentiroso, algo gordo, un poco sucio, grosero, ¿cómo no te voy a querer siendo un bondadoso que salva la vida de otros?

Me hizo gracia. Tenía razón.

-Te prometo que no iré más de putas.

Ella reía. El accidente me había convertido en una persona sincera y por fin podía creer en mí.



Despierta.

Hoy es un día sagrado,

Todo está ocurriendo hoy mismo:

La vida, el tiempo, la luz del sol, la alegría...

Todo está ocurriendo, justo ahora.

Despierta, ya es el momento.





Huérfanos

Los dos bebés estaban uno al lado del otro. El de la derecha robaba toda la energía al otro. Era ochomesino pero nadie lo sabía. Se le veía más débil, más arrugadito y amarillo. El otro niño estaba más redondo, serio, no miraba hacia ningún lado. Estaban juntos. Les transportaron juntos.

-¡Qué casualidad! Dos niños juntos.

Decían en el hospital cuando pasaban: ¿cuándo vendrán a por ellos? Mañana los recoge la asistente social.

Las enfermeras los miraban con pena, no los tocaban. Las matronas los cogían como si fueran una barra de pan, los manejaban con demasiada frialdad, pero les transmitían calor. El más delgadito se iba a llamar Tomás. Tenía miedo y lloraba mucho. El otro tenía frío, se sentía solo. En su vida anterior había estado preso y ahora iba a una cárcel pequeña, para niños, estaría en ella hasta los 16 años.

Pasó una mujer por allí. Solía limpiar las camas y a las madres con muchos puntos. Las acompañaba al baño y alguna vez cambiaba los pañales de los niños. Cuando había mucho trabajo incluso los calmaba y preparaba sus leches. Les vio y sintió miedo. Vio al niño delgadito y sintió que iba a morir.



Le cogió en brazos sin que nadie mirase y le cantó una canción.

-Pequeño -le decía-, no sé por qué siento que morirás. Pero seguro que Jesusito te está esperando con música de ángeles. Y te canto una canción para que te lleves algo bello de esta vida.

Al otro le miró y le vio fuerte, le tocó la frente. Tenía un poco de fiebre.

-Yo sé qué te pasa, le decía. No estás malito, quieres apartarte de tu compañero para no verle morir.

Le cogió y le llevó con las enfermeras:

- Este niño está febril, habría que abrigarlo y darle comida.

-Déjale ahí. Pobre niño, abandonarlo tan pequeño. La madre no sabe lo que hace.

-¿Y el otro? ¿Has visto al otro? Era una madre drogadicta, el padre no vino con ella. A saber de quién es hijo. El pobrecito no tiene fuerzas para nada. Pero qué bien aguantó el parto. Y no llora mucho.

-Sí que está febril, le prepararemos un biberón y se relajará.

Mientras, en el pasillo, un tubo de luz se abre y un niño deja de respirar.

Pasa una enfermera joven, quiere asistir en partos pero es su primer año, por ahora sólo lleva



medicamentos y toma la tensión y el pulso a las madres y los bebés. Mira al niño. Siente un escalofrío. Se acerca y le toca la cara. Está rígido. Se aparta y comprende. Está muerto. Le agita. Su corazón late fuerte.

-Que no me pase esto a mí, que no me pase esto a mí.

Se corre la voz.

El niño ha muerto. ¿Quién ha muerto? El flaquito, ha muerto. El que no era de nadie.

Las enfermeras se acercan, los médicos, todos los auxiliares. Curiosidad. Ese día traen flores. Algunos lloran.

Sólo es un niño, su madre no le quería y por eso no soportó. No digas bobadas, si tiene que ocurrir tiene que ocurrir. No ocurre esto cada día, qué fechas más raras son estas.

Hace frío en el pasillo. Los ángeles se apartan y sombras vienen a coger restos. Pero es un niño, no hay nada que coger.

En un cuarto de limpieza una mujer llora:

-¿Por qué lo sabía? Yo lo supe, ¿por qué? Lo supe y le dejé solo, no le ayudé. ¿Por qué?, ¿por qué hice eso?

Al cabo de unos días llegó la mujer al hospital. El otro niño no estaba ya. Los seres en las diferentes habitaciones se percatan de su presencia. Viene una vidente pero aún no sabe que es capaz de ver. Los que



no tienen luz se asustan por ella, les puede percibir y les apartaría.

Y el niño, el pequeño bebé, rodeado de un coro de ángeles, esperando su momento para reencarnarse y esta vez crecer.



Descalzo

Iván siempre va descalzo. Nunca tiene zapatos.

Su madre le recoge a veces zapatillas de la basura pero él no se las pone, dice que no se pone el calzado de otros.

-No seas ridículo, no tienes ni para comer. ¿Que te importa el calzado que uses?

-Ése no es mi calzado, quiero unos zapatos para mí o no me pongo nada.

-Te vas a cortar, hijo mío, no tenemos dinero para comprar unos zapatos. Yo no quiero comprar unos zapatos, quiero unos que sean míos.

En su vida anterior Iván no tenía una pierna. Siempre quiso pisar el suelo con los dos pies y sentir el suelo debajo de él. Quería tener sus zapatos, en sus pies. Ahora presumía de pies descalzos.

María, su amiga, era una niña rara. Ella hablaba con seres invisibles y tenía un amigo invisible que se llamaba Juan.

-Mi amigo Juan dice que una vez tú no tenías una pierna para llevar zapatos. Que te gusta caminar descalzo.



-Eso no es cierto, sólo espero unos zapatos para mí. Mira qué pies más bonitos tengo, se merecen unos zapatos mejores que esos que llevas tú.

-A mí no me importa llevar o no llevar zapatos, están los pies igual de sucios, pero me gustaría tener una falda nueva.

Iván no quería zapatos.

Una vez le dieron en una casa comida y la mujer vio que el niño no tenía calzado, y ella tenía unas zapatillas de deporte blancas nuevas, de su hijo. Las sacó y se las dio.

-Toma, hijo, que no te las quite nadie.

-Gracias, señora.

Iván estaba tan agradecido que se las puso allí mismo y corrió, y su sonrisa era alegre y casi se olvidó de comer, y se emocionó, y se le veían los ojos húmedos. La mujer sonreía y lloró de ver al niño tan feliz.

-Necesitas tener unos zapatos, niño, para no hacerte daño en el pie.

No supo por qué decía esto. Él tenía dos pies, no sólo uno. Pero realmente, cuando en la vida anterior Iván perdió su pierna, ella estuvo al lado de quien se la cortó, estuvo ayudando a afilar la espada. Por eso ahora quería regalarle unas zapatillas, la experiencia les unía a los dos.



Cuando regresó el hijo le preguntó por sus zapatillas nuevas y la madre le dijo lo que había ocurrido, y el niño decía:

-Esas zapatillas eran mías, no tenías ningún derecho, eran mías.

-No, hijo -le dijo la madre-, esas zapatillas no son de nadie, son de quien sepa darles valor. Valora tus cosas y entonces te pertenecerán.

Iván caminaba feliz con sus zapatillas nuevas, y así anduvo con ellas hasta que le quedaron muy pequeñas y estaban ya muy rotas, pero para entonces no le importaba usar el calzado que le llegase porque ya había perdonado y sanado su herida de su vida anterior.



Servicio

Roberto tiene cicatrices por todo el cuerpo. Su hombro derecho sufrió tres quemaduras en el mismo año y en la pierna izquierda tiene una cicatriz que le cruza la pierna. Casi muere dos veces de servicio. Todos le dicen que se arriesga demasiado, pero no le importa. No sabe por qué lo hace.

El año pasado su mujer cayó enferma y abandonó el trabajo. Reside en su casa, y día y noche no hace más que beber cervezas y alardear de todo lo que hizo en el pasado por los demás.

-Hijo – le dice su madre cuando va a visitarle. Deberías volver al trabajo. Tu mujer no se va a curar. Los médicos dicen...

-Ya sé lo que dicen los médicos. ¿De qué sirve salvar la vida de otras personas si no puedo salvar la vida de mi propia mujer?

-Hijo, las cosas del señor no son asunto nuestro.

-No hay señor, madre, no lo entiende. Dios no existe.

Roberto estaba dolido. Le dolía el cuerpo y tenía rabia, tanta rabia que no podía más que fruncir el ceño y ver la televisión.

Un día descendió un niño-ángel a casa de Roberto, se presentó ante su mujer y le dijo:



-Habla con él. Te escuchará.

-¿Cómo? No escucha a nadie. ¿Me moriré pronto? ¿Por qué bajaste?

-Tienes dos hijos adultos, ellos se casarán, tendrán hijos cada uno de diferentes esposas que las mujeres que ahora tienen. No serán felices hasta dentro de 3 años el mayor, hasta dentro de 10 años el pequeño. Tu alma se despide poco a poco de la Tierra, habla con él.

-¿Y qué le digo? No hace nada por su vida. Me ve así y no quiere cambiar.

-Tú sabes. Háblale.

-¿Y quién eres tú?

-Vengo a dar un recado, nada más. Gracias por escuchar el recado.

-¿Estaré bien? ¿Dolerá?

-No dolerá. La muerte es ligera. ¿Quieres morir?

-No. Aún no.

-No tengas miedo. Te estamos cuidando. Estarás en la Tierra cuanto necesites.

-Yo no quiero irme aún.

-Esperaremos entonces. Y, ¿qué quieres?



-Quiero ver un niño más en la familia. Quiero ver a mis hijos felices. Quiero conocer a la futura esposa de mi marido.

-¿Cómo sabes que tendrá otra esposa?

-¿Quién cuidará de él entonces?

-No puedes ver todas esas cosas, no te corresponde. Pero puedes conocer la futura mujer de tu hijo menor. ¿Algo más quieres?

Quiero que mi hijo tenga un buen trabajo, ¿podré verlo?

-Ya lo tiene, no es una buena petición. Tu vida se acaba. Medita en ti. Medita en lo que quieres tú. Volveré.

Pasadas dos semanas, Roberto no hacía más que escuchar a su mujer sobre que tenía que prepararse, que ella se estaba muriendo. La veía reír, cantar, se levantaba de la cama y estaba mucho más fuerte que nunca.

-Tú no te vas a morir nunca, ¿no ves? Cada día estás mejor.

-Cariño, es parte de la enfermedad. Me voy a morir. Sólo quiero que estés bien cuando yo me vaya.

-No quiero que mueras, no hables más de eso. Encontraremos una solución.

-Cariño, en toda mi vida fui muy egoísta, sólo pensé en mí, en ti y en los niños. Sólo pensé en vuestra



felicidad y en nosotros 4. Nunca pensé en nadie más. Sí, en nuestros padres, hermanos... Olvidé a todos los demás.

-¿Y qué? ¿Acaso alguien más piensa en ti o en mí? ¿Alguien hace algo por los demás? No.

-Tú, en cambio, has ayudado a tanta gente... Salvaste la vida de niños, de mujeres, de ancianos. Liberaste de incendios a muchas personas. Tu vida tiene mucho de valor, en cambio la mía la siento vacía. Déjame hacer algo por el mundo, por favor.

-Dime, ¿qué quieres hacer?

-Déjame hacerte prometer algo.

-Lo que quieras.

-Vuelve al trabajo, por mí. Serás feliz trabajando, siempre lo fuiste. Sigue ayudando a los demás.

-Desde que estás aquí en casa nadie viene a verme, mis compañeros me dejaron de lado, ya no recibo felicitaciones ni cartas de gratitud, ¿por qué será?

-No importa. No esperes nada de los demás. Hazlo por mí. Vuelve.

-Lo haré.

-Al cabo de tres semanas Roberto volvía a hacer ejercicio, tiraba las cervezas a la basura y empezaba una dieta más estricta.



La mujer y la madre de Roberto estaban felices. El hijo mayor, al ver a su padre trabajando en sí mismo otra vez, se emocionó tanto que comenzó a trabajar con él.

-Padre, he decidido que quiero trabajar contigo, ¿crees que cogerán a alguien como yo en el cuerpo?

-Claro que sí, hijo. Estaré orgulloso de ti, pero no se lo digas a tu madre, no quiero que se preocupe por ti.

Al cabo de dos meses una joven llegó a casa. Era antigua compañera del instituto del hijo menor de Roberto, su hijo y ella se habían encontrado y se habían sentido muy bien juntos. La madre lloraba de emoción. Era una chica muy buena. ¿Sería ella quien vaticinó aquel ángel? Era tan linda... no podía imaginarla embarazada de sus nietos.

Pasados tres meses la mujer de Roberto empezó a toser sangre. Aquella mañana se sentía muy débil y rápidamente la llevaron a Urgencias. Toda la familia estaba allí. Se despidió con mucha calma.

Nada más irse, el ángel de aquella mujer miraba con ella su vida.

-Observa, tu vida fue magnífica. Construiste tantas cosas, superaste tantos retos, ayudaste a tantas personas...

-¿Pero cómo hice todo eso? ¿Cuándo? No me di cuenta. Siempre me sentí culpable, vacía, siempre pensé que no hacía nada por los demás.



-Los humanos siempre se creen menos de lo que son. Vamos, te están esperando.

Una treintena de ángeles esperaba al otro lado de un túnel de luz de unos 6 metros de distancia.

-¿Por qué?...

La mente de aquella mujer se fundió en reconocimiento y luz.

Al cabo de un año, mientras Roberto trabajaba, conoció a una mujer. Insistía en que tomasen algo juntos pero Roberto aún estaba muy lastimado por la despedida de su mujer.

Tras varios intentos le hizo caso y fue a comer con ella. Poco a poco se enamoró de ella y juntos vivieron muy felices.



Miedo sin valor

-Tengo miedo, ángel. ¿Por qué siempre me siento solo? Creo que no soy capaz de ver ni sentir nada más que este miedo.

-Cielo, el miedo es así, una vez que le das cabida en ti se hace dueño con todo y te hace olvidar toda la alegría y bondad que ya hay en ti. Expulsa el miedo y recuperarás toda esa alegría. Pero no puede ser al mismo tiempo ni a la vez. Primero saca el miedo de ti.

-¿Y cómo? ¿Cómo lo saco?

-Deja de pensar en él. El miedo quiere que le escuches, míralo y déjalo ir. Sin huir de él. El miedo sólo se alejará cuando sepa que te has dado cuenta de la verdad.

-¿Y cuál es la verdad?

-Que no te pertenece, que no es tuyo. Entonces se irá rápido para no ser descubierto. Porque si descubres que no es tuyo y permanece a tu lado, tú tendrás el poder sobre él, lo podrás deshacer o lo podrás utilizar para fortalecerse. Sólo es una energía que intenta ahogarte, cuando descubres que no lo puede hacer, la coges y tú la puedes ahogar a ella.

-Parece fácil, pero cuando se siente es tan duro...



En la casa

Se abre una puerta de luz y entran a través de ella 4 seres gigantescos blancos. Miden como 4 hombres y sus cabezas son grandes, enormes. Ya vi antes otros iguales, y más grandes, pero igualmente impresiona su tamaño y su luz. Parece que tienen una fuerza descomunal, y no me preocupa su fuerza, ni su luz, no vienen a limpiar, vienen a colocar algo nuevo. Traen una semilla y la ponen en el centro de la sala. No sé para qué servirá. Yo medito en silencio en la sala, no esperaba verles entrar tan rápido. Colocan la semilla de luz y salen. Ya volverán, más tarde, cuando la semilla germine y el trabajo de expansión se realice.

-¿Para qué vienen? ¿Para qué es esa semilla?

En esta sala siempre pasan seres muy rápido, seres astrales que cogen lo que no les pertenece y se marchan veloces por otra puerta energética. Está llena de esquinas, biombos mal colocados, aristas en punta. Hay un espejo en una pared y un cuadro antiguo, un retrato de un antepasado que asusta su mal carácter, aún incluso varios años después de que ya partiese.

Cuando me pidieron venir aquí no sabía para que venía, no sabía si tendría que limpiar la habitación, si tendría que hacer una sanación a las personas. Pero esos seres sí lo sabían.



María, la dueña de la casa, está embarazada otra vez. Cuando nazca la niña germinará la semilla de luz, y aquí, en el centro de la sala, jugará la niña, justo sobre la luz que los ángeles enormes han colocado en la sala.

El salón ya está limpio, toda la casa está limpia, huele a incienso y la vela tiene un movimiento tranquilo. Se respira tranquilidad. María acaba de sacarme unas galletas mientras me habla del tráfico y todo el ruido que hace. Dice que se escuchan el claxon de los coches incluso en la noche, yo como una galleta pero realmente no la estoy escuchando. La casa está limpia. Los ángeles se perciben con más facilidad.

El portón de luz que se abrió suavemente se cierra, el trabajo se realizó con éxito. Y yo, ya no tengo por qué quedarme más tiempo en la casa. Bueno, sí, las galletas están deliciosas.



Intuición

Ana tiene miedo de su amiga. Siempre van juntas y muchas veces se dan la mano para ir de un sitio a otro, una tiene 3 años y la otra 4. Cuando Ana tuvo la pesadilla esa noche con su amiga no comprendía nada, ni siquiera entendía lo que significaba. Su amiga sacaba una serpiente por su boca, una serpiente grande, muy larga, y la serpiente se abalanzaba sobre Ana y la intentaba comer. La mordía varias veces y le dolía mucho, pero no lloraba, gritaba. Ana gritaba en la noche y nadie la escuchó, porque cuando uno grita dentro de su sueño, sólo los ángeles escuchan. Luego despertó y tenía miedo.

Ahora miraba a su amiga, miraba su boca, miraba su estómago. Ahí debía estar la serpiente que vio, pero no lograba encontrarla. La amiga de Ana no tenía ninguna serpiente guardada, no era mala, sus ángeles intentaban decirle a Ana que se tranquilizase, que continuase riéndose y jugando con su amiga, pero Ana no podía hacerles más caso.

Entonces apareció el padre de la amiga de Ana. Estaba malhumorado. Hizo un desprecio y riñó a las niñas por hacer mucho ruido. La amiga de Ana se había manchado el vestido y el padre le dijo, muy tranquilamente:



-Las niñas tan lindas como tú no deben mancharse. Las otras se pueden ensuciar la ropa, no valen lo que tú vales, pero tú, preciosa mía, no te puedes manchar más.

Ana no entendía nada, sólo tenía 3 años, pero sintió un escalofrío, sintió un rechazo muy grande. Creyó que el padre de su amiga sólo la quería cuando ella se portaba muy bien, y además entendió que ese hombre nunca la querría a ella ni a ninguna otra niña.

Le miraba y su mirada le parecía oscura y tuvo miedo, y sintió que dentro había no una, sino 4 serpientes gigantes, y no dijo nada. Se quedó rígida, guardando el secreto de haberse dado cuenta. Incluso ese segundo de claridad se perdió y Ana sólo recordaba que tenía que estar rígida, aguantando algo, aguantando tal vez las ganas de llorar. No dijo nada.

Al poco rato vino la mamá de Ana:

-¿Qué hacéis tan calladas? ¿No estáis jugando?

Ana comenzó a llorar tan fuerte que pasaba el rato y nadie la podía calmar. El padre de su amiga varias veces la intentó calmar también, pero ella no podía parar de llorar, toda esa angustia contenida, toda esa pesadilla manifestada en un plano que no se puede ver, que no se puede tocar, pero se siente tan claramente. Ana no entendía por qué tenía miedo de aquel hombre, pero ya no le quería ver más.

Su amiga, sin darse cuenta, le había traído una serpiente de las que pican.



Dejando ir

Patricia ha perdido a su hermano en un accidente de tráfico. No sabe aún que él está cerca escuchando, sintiendo, que aún no se ha ido. Patricia piensa en la muerte como el final, como un vacío. Y por momentos piensa, ¿y si él está aquí? Y luego piensa que no, que la muerte es la muerte, no hay nada más.

Tiene demasiado orgullo Patricia, por eso no cree que pueda haber nada más después de su vida.

Sus ángeles no intentan decirle nada, su hermano está a su lado, no habla, no intenta nada, ni siquiera tiene la cabeza levantada del todo; agachado se desliza entre la niebla de la sombra del suelo al lado de su hermana. A veces dice:

-Patricia, creo que está por aquí.

Luego olvida todo, vuelve a ver la neblina, y no se aparta de su hermana, porque se siente seguro ahí, siente conocidas las emociones, le gusta estar así.

-Han pasado 2 años desde que murió tu hermano y no has cambiado nada. Todo sigue igual. Deberías cambiar, deberías salir.

La gente no entiende que para Patricia su hermano sigue a su lado. Ella deambula cada día en un cementerio, no permite que el recuerdo de su hermano se vaya, el rencor, el odio. Todo sigue ahí, le tiene



agarrado a su lado. La gente no sabe que Patricia no le quiere soltar.

-Sal, ve de paseo -Le dicen-. Vuelve a reír. Tu hermano se sentiría orgulloso de ti.

-Tú no sabes. La vida acaba en la muerte. ¿Tú también crees que él nos observa y nos ve? La muerte llega y todo termina con ella -Dice Patricia rotunda.

-No sé lo que será pero algo habrá, no puede ser que nosotros seamos lo más elevado de la creación.

-Pero, ¿qué creación?

-¿Cómo que qué creación? Esto. ¿Acaso piensas que un hombre diseñó la vida? ¿Acaso crees que no hay arquitecto, que no hay diseño? Mira a tu alrededor, abre tu mente. La vida es maravillosa.

-La vida es un asco -Dice Patricia enfadada-.

Ella siempre está enfadada, siempre hastiada y cansada. No deja a su hermano libre.

Un día estaba en el parque, había dos niños jugando y le recordaron a ella y al hermano jugando de niños. Eran libres. No pensó nada, sólo los observaba. Lloró unas simples lágrimas; tuvo ganas de reír.

-¿Tú no estás aquí, verdad? Ya no estás conmigo.

Luego lloró un poco más. Se secó las lágrimas y al final dijo:



-Puedes irte. Te dejo libre. Pero no regreses a mi lado. No sé si serás mi hermano pero no quiero que nadie me siga y me vigile cada día.

Hubo un viento frío y al instante salió el sol entre las nubes, entre las ramas de las copas de los árboles. El frío se fue rápido y apareció una dulce sensación de gratitud.

Entonces Patricia comprendió. Realmente él estaba con ella. Miró a los lados y sintió que ya no estaba allí. Sintió que le había liberado.

Sintió soledad, pero a la vez sintió que él por fin estaba bien.

Y pensó:

-No sé lo que es la vida ni la muerte, pero tú no te habías ido, ahora lo entiendo. Estabas conmigo desde el accidente.

Respiró aliviada y con una medio sonrisa regresó a su casa.

Ese día todo tenía mejor sabor, más intenso, un olor más intenso, todo se veía con colores más claros y brillantes a la vez. Patricia había regresado a la vida, en unas semanas se limpiaría de aquella energía de decrepitud que la acompañó esos dos años.



Relato de amor

Clara estaba enferma. Ya había tenido cáncer otras dos veces pero esta vez era diferente, o eso decían los médicos. Moriría muy pronto. Tenía que ir preparándose para morir.

Clara no entendía muy bien cómo se prepara uno para morir. Le recomendaron una lectura de un hombre que tuvo cáncer y se despedía de su familia con cariño, con aceptación. Ella leyó el libro, se emocionó con la historia pero seguía con dudas, con miedo:

-¿A dónde va el ser? ¿Qué pasa después? ¿Vemos a Dios? ¿Cómo es Dios? ¿Qué ocurre con todas las cosas que quedan inacabadas en mi vida? Y si yo me voy, ¿dónde estará el espacio que dejé vacío en la vida?

Cada día tenía una duda diferente. La muerte estaba cerca. Ya no tenía miedo a la muerte, pero sí al espacio de soledad que creía que viviría. Veía a todas las personas ajenas al conocimiento de que morirían algún día, y ella lo sabía, y sabía cuándo moriría aproximadamente, y estaban todas felices pero ella tenía angustia, tenía tristeza. Pensaba que había hecho muchas cosas mal en su vida, egoístas.

Fue a ver a un masajista, ella no sabía que era un sanador. El masajista la miró y se emocionó. La reconoció de otras vidas juntos. Pensó: “Nos hemos conocido demasiado tarde”.



Le dijo:

-Clara, ¿ése es tu nombre?

-Sí.

-Yo no puedo ayudarte a vivir más tiempo. Sólo puedo aliviarte el dolor.

Clara no entendía. ¿Cómo le había visto tan rápido?

-¿Tú sabes lo que tengo? ¿Quién te lo ha dicho? ¿Te llamó mi hermana antes de venir yo?

-No; lo he visto. No sé lo que tienes exactamente, ni dónde. Sólo sé que no estás bien.

Clara tenía ganas de llorar. Él le dijo que se quitara la camisa y se echase en la camilla. Se dio la vuelta para lavarse las manos y ella tenía ganas de llorar, pero aguantó. Se echó boca abajo y él la miró. No se atrevía a tocarla.

-Vienes demasiado tarde, Clara... - pensaba confundido. Nunca había sentido tanto amor por alguien, y ella iba a morir pronto.

-Ya no te esperaré más. Ni un día más. ¿Cómo puedes hacerme esto? - Seguía pensando.

Clara lloraba mientras recibía el masaje. Lloraba con una tristeza diferente, como si algo estuviese realmente desacompañado en su vida y lo sintiese en ese momento.



-Ya es demasiado tarde... -Escuchaba en su mente. Sólo que no sabía que escuchaba el pensamiento del masajista. Ni siquiera recordaba su nombre: ¿Pedro? ¿Paco? ¿Juan Pedro? No era compuesto el nombre. Se quedó dormida unos instantes y en sueños sus almas se abrazaron. Luego despertó y él estaba acabando. Le acababa de poner una manta sobre la espalda y le decía que tenía que hacer ejercicio.

-¿De qué me sirve hacer ejercicio si voy a morir? - le preguntó Clara al masajista.

Él estaba dolido. Tenía ganas de gritarle. Llegaba después de toda una vida esperándola, llegaba enferma, no viviría mucho tiempo, tal vez no la volvería a ver, ni siquiera le podía reconocer, y con tanto descaro le decía lo que era obvio.

-Para sentirte bien contigo misma. -Quedó en silencio unos segundos, mirándola- La muerte no es lo que imaginas. Léete este libro, te ayudará a entender hacia dónde vas.

Le dio un libro de ángeles y le preguntó mientras se lavaba las manos, de espaldas a ella. Tímidamente.

-¿Vas a volver?

-No lo sé, ¿crees que lo necesito?

-Tú misma tendrás que ver si te ha hecho la sanación.



-De acuerdo, lo consultaré con la almohada. Me siento mucho mejor. Más liberada. Y lloré un poco en la camilla antes de quedarme dormida.

Él se quedó quieto pensando.

-Es normal eso. No te preocupes por nada, todo queda aquí.

Clara regresó otro día. Se conocieron y poco a poco fueron comenzando una relación.

Vivieron unos meses intensos juntos, una gran amistad con intensidad y amor. Luego ella murió sin dolor. Acompañada por la persona que más había amado en su vida.

Avistando una nave

Pablo tenía 6 años cuando conoció a su primo. Estaban en la casa de campo de sus abuelos y estuvieron jugando juntos durante días, cerca de una pequeña poza con agua estancada, con sapos y lagartijas, siguiendo con la mirada a alguna ardilla que se perdía entre las ramas, tirando piedras montaña abajo, bebiendo agua del pozo, con el perro del vecino... Esas vacaciones se convirtieron en unos días maravillosos, inolvidables. Pero después de varios días ocurrió algo nuevo, diferente. Pablo sólo tenía 6 años, no podía entender.



Mientras jugaban en la poza de agua, una burbuja plateada gigante bajó al lado de ellos, a tan sólo 4 o 5 metros. Pablo la vio inmediatamente, pero su primo no, estaba de espaldas. Cuando él se dio la vuelta hizo como que la veía pensando que era un juego, sentía algo raro, sentía miedo. No sabía por qué pero siguió con el juego.

Ya pasaron 30 años.

Pablo le pregunta a su primo:

-¿Te acuerdas esos años jugando juntos? ¿Te acuerdas aquella visión de la nave? Fue sorprendente.

¿Qué nave? No recuerdo ninguna nave.

-Sí, descendió a nuestro lado, se posó sobre la charca en la que jugábamos, donde los sapos.

-No es cierto. Recuerdo aquel día. Tú hiciste como que veías una nave pero todo era un juego. Mira, Pablo, éramos unos niños. Era un juego. No había ningún platillo volante. ¿No me dirás ahora que crees esas historias?

Pablo no podía creer que su primo no lo hubiese visto con él. Estaba claro que para él fue todo una alucinación, o tal vez realmente él no lo pudo ver, o tal vez lo olvidó o lo negó por miedo a romper con sus creencias.

La casa de su primo estaba intacta, parecía la casa de una revista: todo estaba ordenado y limpio y todos los



detalles eran de un estilo clásico acomodado. Su primo se sentaba en su sofá cómodamente mientras la mujer preparaba una limonada para la merienda.

-Tendré que irme pronto, no te preocupes por mí, tengo el coche aparcado cerca y quiero regresar a tiempo para la cena.

-Ven a vernos siempre que quieras, aquí siempre eres bien recibido. Ya lo sabes.

-Podrías venir a verme tú alguna vez. Te sorprenderá cómo puede vivir un hombre soltero de mediana edad.

-Nos veremos pronto, espero.

Se dieron un abrazo, se despidió de la mujer, dio un grito a su hijo adolescente en la habitación y salió de la casa.

Se sentía ahogado y necesitaba respirar. Su primo sólo tenía 4 años más que él y su vida era totalmente diferente, su manera de pensar, de creer, de sentir.

Pablo se dirigía a una conferencia sobre platillos voladores y casos con UFOs. No tenía miedo, sabía que no había sido una alucinación. Su vida cambió aquel instante. Él lo había visto, lo había sentido.

-No sólo estamos acompañados, sino que lo saben todo de nosotros, nos conocen y nos controlan desde niños. Algunos nos aman, otros no. -Pensaba.

Se sentía seguro en sus creencias, en su fe.



Miró al cielo y vio una estrella firme según caminaba hacia el coche. Qué raro, es de día todavía. La estrella parpadeó 3 veces y desapareció.

Pablo sonrió de nuevo.

-Ellos me avisan de que están conmigo. Pero no todos están preparados para creer.



*El dolor físico es una apariencia,
debajo se esconde una gran insatisfacción con la
vida.*

*Cuando un hombre o una mujer sufren dolor,
realmente no quieren vivir el presente.*

Si quieres vivir, rápidamente el dolor desaparece.

Si estás vivo, el dolor disminuye.

*Cuando una mujer grita de dolor, no quiere su vida,
llama y llama al cielo porque no le gusta su vida
actual.*

*Deja el dolor, sólo sirve para tener una razón para
querer partir.*

*Habla al dolor, sé su amigo, es parte de la vida;
entonces el dolor dejará de tener fuerza y
rápidamente desaparecerá.*

*El dolor de aquella persona que quiere vivir
realmente,*

no es tan grave, ha disminuido mucho,



es un dolor consciente que sirve para curar y ver a Dios.

*Mira a tu dolor, háblale,
rápidamente serás consciente de lo que te digo.*

*Y si no quieres mirar el dolor,
si te aplicas muchos masajes, medicamentos
y soluciones para no ver el dolor,
igual estás haciendo en tu vida,
aplicas muchos remedios para no ver el presente,
para pasar desapercibido y no ser visto.*

*No huyas,
la vida quiere ser vista, quiere ser vivida por ti.*





Consciente

Carmina tenía frío. Siempre tenía frío cuando iba a casa de su abuela. Parecía que el aire de aquella casa le molestaba. Sin embargo nadie más tenía frío, sólo ella. Se miraba la piel de gallina. A veces incluso se tenía que poner una manta por encima de la chaqueta y otras veces empezaba a toser y tenía que irse. No quieres estar conmigo niefita, por eso tienes tantas ganas de salir de aquí. No es eso abuela, sólo es que tengo mucho frío en esta casa, debe de haber una corriente de aire frío.

Cuando Carmina fue al curso de Flores de Bach, ella quería aprender alguna técnica para trabajar con niños, no pensó que le ayudaría tanto. El profesor sabía de muchas cosas, parecía que había leído muchos libros; además, decía que a veces les escuchaba, él aseguraba que todos podían escucharles.

-¿Cómo son? - le decían.

-Son ángeles, son maravillosos.

-Háblanos de ellos, háblanos, qué te dicen, cómo te lo dicen... Todos queremos aprender.

Carmina no sabía si creer o no creer, pero sentía tanto gusto escuchando sus palabras que no le importaba si era verdad o mentira.



-Dicen que es posible la paz en el planeta, que debemos trabajar más entre nosotros, juntos, en planes conjuntos, que debemos empezar a crear sociedades sin dinero, sin economía, y unir nuestras familias para que nuestros hijos crezcan y aprendan juntos. Hablan de que habrá un único pueblo en el futuro y que cuando morimos, todos nos reconocemos y recordamos todo, y entonces comprendemos lo breve que es esta vida, igual que un suspiro en el firmamento.

-¿Y por qué decidimos venir aquí? ¿Qué te dicen? ¿Por qué vivimos la vida?

-Buff, muchas cosas... A veces dicen que es una misión de luz, otras para amar a la humanidad, a otras personas les dicen que para aprender, pero hay algo en común. Venimos a sanar una herida muy antigua, una herida que todos tenemos, de estar separados del origen. De estar solos y apartados del padre.

Carmina no preguntaba nada, todos preguntaban menos ella. Le decían que preguntase, que no fuese tonta, que aprovecharse el momento, que era una ocasión única... Y ella respondía que no tenía nada que preguntar. Ya casi al final se atrevió y dijo:

-En casa de mi abuelita siempre tengo frío, ¿por qué? ¿Ella se está muriendo?

-Sí y no. Tu abuelita está muy triste. Hace muchos años tuvo una hija enferma y murió, se quedó a su lado y no la deja irse. Ella quiere marchar a otro plano más



elevado pero tu abuelita quiere que tu antigua tía se quede con ella.

-¿Y qué puedo hacer? Recuerdo a mi tía, imurió hace más de 20 años! ¿Cómo puede estar en esa casa todavía?

-Mientras tu abuela no le deje irse, allí se quedará.

-Ayúdala cantando una canción con ella, llévale alegría. Y un día dile al oído: *“es tiempo de olvidar”*. Ella lo entenderá.

-¿Cómo le voy a decir eso? Me da vergüenza, me da miedo lo que pensará. No me atrevo a decirle algo así.

-Haz una cosa, si te pregunta dile que no sabes cómo se te ocurrió, que querías decir otra cosa. Así se callará. Pero verás que no te preguntará nada y si lo hace no te dará miedo su pregunta.

Así lo hizo, fue a visitar a su abuelita. Ella estuvo con mucho catarro una semana y se sentía muy cansada. Entonces se sentó con ella y le dijo:

-Mire abuela la canción que aprendí con los niños en la escuela:

Sube sube el sol en la mañana;

Baja baja el sol al atardecer;

Sube sube la luna cuando es de noche;

Y desaparece cuando es de día otra vez...



-¿Verdad que es una canción muy bonita?

A la abuela se le caían las lágrimas.

-¿Por qué llora, abuela?

-Recordé algo nietita, no ocurre nada, es sólo que había una muchacha que me cantaba canciones hace mucho tiempo y la recordé ahora escuchándote cantar. Siempre cantaba canciones diferentes, igual que tú hiciste ahora. Gracias por recordarme.

-Ay, abuela, qué cosas tiene. Ya me tengo que ir, déjeme que le dé un beso.

Carmina se levantó y se fue hacia su abuela, por detrás de la silla le dio un abrazo rodeándola desde su espalda y le dijo muy bajito, susurrando:

-Es tiempo de olvidar...

-No te escuché nietita, ¿has dicho algo?

-Digo que es tiempo de olvidar. Las cosas viejas es bueno olvidarlas abuela, para dejarlas ir. Es tiempo de olvidar.

Lo dijo alto, con fuerza, con miedo, con vergüenza, pero claramente. Y la abuela le dijo:

-Claro que sí nietita, claro que es tiempo de olvidar. No sé cómo no me di cuenta.

Al día siguiente llamaron por teléfono a Carmina, la abuela había ido al hospital. Su catarro se había puesto



mucho peor y estaba ingresada, no se sabía que pasaría. Carmina estaba asustada, se sentía culpable.

Fue al hospital y nada más llegar, la médico avisó que a la abuela le quedaban unas horas de vida, estaba despidiéndose del cuerpo.

La familia emocionada entró a la habitación y se despidieron con mucho cariño, estuvieron con ella toda la tarde y al entrar la noche la sintieron abandonar su cuerpo.

A la semana Carmina fue a casa de su abuela. Estaba vacía. Su madre y su hermana mayor habían limpiado rápido la casa de todos los recuerdos que las asustaban, recuerdos de su tía sobre todo. Pero Carmina era más joven, apenas lo recordaba. Su tía murió con una enfermedad muy rápido, la abuela sufrió mucho y guardaba todo de ella. Cuando Carmina pasó por la casa sintió calor, no sentía frío. Había incluso una energía muy bella, muy dulce, como si un ángel mirase la casa. Y Carmina escuchó claramente:

-Sé que estás aquí Carmina, buscándome. Ya me fui y estoy en paz.

Carmina se puso nerviosa. Esa no era la voz ni la sensación de su abuelita, sino de su tía. El ángel de su tía había limpiado la casa de su abuela, y como la abuela le había permitido irse, la había ayudado también a morir en paz.



Carmina regresó a su casa asustada. Esa noche tenía miedo de otros seres de otros planos, y al día siguiente se despertó sintiendo todo mucho más, los seres sutiles, los planos, los ángeles.

Regresó en dos días a ver al profesor de Flores de Bach, a preguntarle qué le ocurría.

-No te ocurre nada, Carmina, sólo que has aprendido a escuchar. Aprendiste a diferenciar tu voz de la de ellos.

-¿Y dejaré de escucharla algún día?

-A veces será una voz más fuerte, otras veces más suave, pero debes aprender a vivir escuchando, ahora es parte de ti esa sensibilidad.

-¿Y qué puedo hacer? Me asusta. Oigo y siento cosas que no quiero oír y sólo llevo dos días percibiendo esto. ¿Qué tengo que hacer? Pensé que me ayudarías.

-Mira, Carmina, este camino es muy largo, sólo diste unos pasos para entrar en él. Ten calma, ten paciencia. Pide a tus guías que te acompañen y te guíen en cada paso que des, y ellos estarán contigo. Te aman, te entienden, te escuchan. Ellos te apoyarán en el camino que has iniciado. Yo puedo enseñarte lo que sé, pero no es mucho. Algún día tú sabrás mucho más de lo que yo sé, y ese día no está muy lejos. Es mejor que inicies este camino comprendiendo que hay gente como tú, que no eres única, pero tampoco que pienses que puedes detenerte o apartarte de él. Ahora puedes ayudar a la gente, escucharla, hablarles desde el corazón. Es un



trabajo de luz que no puedes dejar de hacer por más que quieras. Es una responsabilidad.

-Gracias, pero tengo tanto miedo... Tengo tantas dudas de mí.

-Puedes dudar de tu miedo, de tu ego, pero de ti misma, ¿cómo? Tú te has traído aquí.

-Carmina, escucha: siento mucho lo de tu abuela. Ella tenía que partir ya, tenía mucho dolor en la vida y ahora está en paz.

-Gracias -Decía Carmina llorando-. No sé por qué pero lo sabía. Gracias. Necesitaba escucharlo.

-Pronto éste será tu trabajo. Si quieres puedes comenzar ayudándome, escuchándome, pero tú lo harás a tu modo, en tu tiempo, a tu manera. ¿Entiendes? Todo se dará en su forma.

Carmina regresó a su casa, habló con su abuela y su tía mentalmente y lloró emocionada de saber que estaban bien. Al día siguiente estaba feliz, como si un ángel le hubiese estado hablando toda la noche. Se sentía en paz y con el corazón abierto. Ya no volvió a dudar de que pudiesen existir ángeles o seres en otros planos, cada día vivía sintiéndolos con más fuerza.



Acompañantes

Detrás de la anciana había dos ángeles enlazados. Parecían dos almas gemelas que apoyaban a su hija de mil vidas. Pero la anciana no lo sabía. Yo le dije, recuerdo que le dije:

-No está sola señora, viene usted muy bien acompañada.

Pero ella ya no escuchaba bien. Seguro que pensó que le hablaba de alguna bobada cotidiana.

Aún tiene varios años en la Tierra y los ángeles que la guardan parecen dos enamorados celestes. Es hermoso verlos. Están en su espalda, protegiendo, guiando. Les veo mirarse entre ellos, transpirar sus energías, siempre ligeramente tocándose.

La gente no sabe, pero a veces cuando fallecemos vamos a encontrarnos con nuestro amado o amada en el cielo. Y es un amor eterno que disfrutamos hasta que volvemos a reencarnarnos.

A veces tenemos misiones juntas en otros planos, y es delicioso ver dos almas gemelas caminar juntas a través de las estrellas.



Lugares de encuentro

Ángel estaba en su cama, invadido por el miedo se había arropado con las mantas hasta casi cubrir la cabeza, y sus ojos bien abiertos miraban hacia la oscura habitación. No había nadie pero él sentía que había cien monstruos mirándole. Le decían que los monstruos no existen, y realmente sólo a veces podía ver una sombra o un halo de algo misterioso, pero Ángel los sentía, sabía que estaban allí. Una vez vio un hombre grande, con máscara, acercarse a su cama, tenía una capa larga de la que colgaban cascabeles y un saco oscuro donde metía pedazos energéticos de los niños a los que asustaba, también tenía una mirada con hambre, como una hiena salvaje. Ángel hoy no tenía tanto miedo como otras veces.

Sobre la cama se abrió una gran luz y la pudo sentir con fuerza, pudo ver cómo se activaba la luz y supo que era un ser que le observaba. Pero ese ser no le daba miedo. ¿Sería un ángel? ¿Un hada madrina?

Mamá y papá nunca creen que existan seres pero ellos nos vigilan constantemente.

- Los niños de 8 años ya no dicen esas mentiras Ángel, deberías dejar de mentir. Sabes que no hay nadie en tu cuarto, sabes que estás solo. Estaremos contigo por la mañana, no nos llames durante la noche, tienes que dejar de pensar que existen seres que intentan atacarte.



Y si así fuera, si existiesen bichos gigantes o monstruos gigantes, ¿por qué te iban a querer atacar a ti, si sólo eres un niño? No tienes nada que les pueda interesar.

Pero ellos no sabían lo que Ángel vivía cada noche, no sabían que era real. Si lo hubiesen sabido, tal vez, quién sabe, le hubiesen escuchado, le hubiesen entregado su confianza.

Ángel estaba aún inquieto, aunque veía al ángel y le sentía, decía a ese gran ser de luz:

-Esos seres de la habitación no se van. Se quedan aunque tú estés conmigo, ¿son muertos? Vi una película donde los muertos quedaban esperando como espíritus a que viniesen a por ellos. ¿Son acaso muertos y tú eres el ángel que los tiene que recoger? ¿Quiénes son? ¿Qué quieren de mí?

Pero Ángel no escuchaba respuesta. Sólo tenía miedo. Después de un rato se cansó y se quedó dormido con toda la tensión. Tenía ganas de llorar. Durante años había sentido y visto algún que otro ser en su cuarto y siempre había tenido que dormir solo, sus padres no le creían y pensaban que mentía. Y él los veía. No era cierto que sus padres no viesen a esos seres, era que ellos no querían creer que él sí pudiese verlos. No querían creer en él, no confiaban en él. Así se sentía Ángel de solo cuando se durmió.

Soñó que un amigo más grande que él, con el cabello largo y ondulado, castaño claro, y los ojos verdes, vestido con una especie de túnica blanca y lila, le



sacaba de su cuerpo y le llevaba volando a través de montañas, le llevaba a un lugar mágico donde había muchos niños como él. Niños que veían o decían cosas que sus padres no creían. Había una niña que sanaba con las manos y podía hacer que los objetos se elevasen, había dos niños que se comunicaban entre sí con la mente, télépatas muy potentes, había niños que recordaban todas sus vidas y las vidas de los demás en la Tierra, había niños que aseguraban que venían del espacio y dibujaban naves, había un niño que hablaba de delfines y de otros seres del mar y de cómo se comunicaba con ellos.

Y estaba él, él sólo veía seres en su habitación por la noche, no era tan especial como esos niños. Se sentía muy solo.

Se le acercó una niña y le dijo:

-¿Qué te pasa? Tus padres no te creen, ¿verdad?

-¿Cómo lo sabes? ¿Tú también ves cosas que otros no ven?

-Empecé viendo seres en mi cuarto, luego los veía por la calle. Hoy veo una aureola que rodea a las personas, ángeles, muchos tubos de luz y líneas que no sé lo que son y objetos brillantes, también veo puertas de cristal y algún ser muy feo que intenta asustarme.

-¡Qué de cosas ves! ¿No te asusta?



-Al principio me asustaba, hoy sé que somos muchos los que estamos empezando a sentir esos lugares. Igual que tú, que algún día verás todo eso.

-Yo tengo miedo de verlo, me gustaría no verlo. ¿Y mis padres? ¿Ellos nunca ven nada? ¿Por qué los demás no ven y yo sí?

-Los demás no están preparados. Tienen culpa, no son buenos en sus pensamientos, y además no les acompañan tantos ángeles como los que hoy estamos aquí.

-¿Qué lugar es éste?

-Es un lugar de encuentro, es mental, todo este espacio lo hemos creado con nuestra mente unida, sirve para que nos veamos y crezcamos juntos. Tú ya has venido otras veces pero hoy lo podrás recordar.

-¿Ya vine aquí? ¡Pero no recuerdo nada!

-Claro que no, andabas muy despistado matando gusanos y fantasmas en tu cuarto. Hoy ya estás más relajado y lo puedes recordar.

-¿Crees que podré venir otras veces y soñar contigo? Eres tan tranquilizadora...

-Sí, nos haremos grandes amigos. Y puede que algún día, cuando seamos grandes, nos conozcamos y recordemos que somos nosotros. ¿Sabes? Tú y yo nos conocemos de otros mundos en las estrellas. Siempre fuimos muy amigos en otros lugares.



-¡Qué bien! Me gustaría ser tu amigo y cuidarte. Cada noche, vendré aquí si puedo y te buscaré para que hablemos juntos.

Marta vivía muy lejos de Ángel, vivían casi en la otra punta del mundo. Él no lo sabía pero Marta hablaba otro idioma y su familia era muy pobre. Tendrían que pasar muchos años hasta que Marta tuviese su propia vida y su camino y pudiesen encontrarse. Pero ellos dos algún día serían grandes amigos, igual que en las estrellas.

Muchas otras noches se buscaron y en algunos sueños se encontraban y podían hablar. Incluso en la adolescencia, cuando Ángel creía que Marta era su gran amor que habitaba en sus sueños, y más tarde, en la juventud, cuando hablaban de trabajo, viajes y aventuras, y mucho más tarde, cuando de adultos se encontraron y le decía Ángel a Marta:

-Cómo hemos cambiado. Éramos dos niños que hablábamos en sueños y ahora somos dos viejos que recorrimos el mundo buscando la armonía y la paz interior. Te quiero gran amiga mía y te doy la bienvenida a mi vida.

-Yo también te quiero Ángel, te he escuchado mucho y sé que siempre estuviste buscándome y esperando encontrar una persona que pudiese entenderte como yo te entendía.

-Qué suerte que hoy nos encontramos, hace un día muy bonito y podemos pasear juntos.



Ángel cogió cariñosamente a Marta del hombro y pasearon juntos, compartiendo un dulce silencio.



Silencio.

*Si te paras un momento un ángel está pasando,
Justo en este momento, alguien murió en la calle de
enfrente.*

¿Qué pasó?

Su abuela está ahí, vino a buscarle.

*Si te detienes un momento verás un ángel con los
brazos abiertos.*

Pero, ¿qué paso?, ¿sufrió?

*Le vinieron a buscar, no hay sufrimiento en este
momento.*

*Hay una inmensa alegría por el reencuentro de
amor.*





En la calle

Marcos ya no tenía más dinero, había gastado sus últimas monedas en tabaco. Rebuscó entre todos los bolsillos, las bolsas que llevaba con ropa vieja, sucia, la basura, incluso en los calcetines, ya no le quedaba nada.

Esa noche no haría tanto frío como la anterior pero sentía escalofríos por todo el cuerpo. Otra vez volvía esa fiebre débil, y no encontraría ningún hueco en la plaza donde solía dormir. Cogió su carro de supermercado y empujó sus cartones y sus cosas calle arriba. Había que intentar quedarse en la calle del dromedario. La llamaban así porque tenía dos cuestas tremendas, y justo al inicio de la segunda cuesta había unos portales donde se podía estar recogido. Sus guantes rotos no le cubrían nada y tenía las manos sucias, apenas las sentía del frío que pasó durante la noche anterior.

Según caminaba le dolían todos los huesos, pero ya estaba acostumbrado, y sentía sequedad en toda la garganta. Esa noche no había dinero para nada más, ni una botella de vino, ni una pasta, nada. Los contenedores ya estarían vacíos, pero en algunos se iba deteniendo y ojeaba un poco por si encontraba algo más. No había nada en ellos. Ya había pasado muchas veces durante el día de hoy, se los conocía. En aquella zona se dormía muy bien, pero casi nunca había algo para rascar en la basura.



Cuando llegó al portal había cartones, había estado alguien allí y no sabía quién podría haber sido, no importaba, quien fuese le había dejado el sitio preparado y ya se había marchado con todas sus cosas. Se acomodó y según se acomodaba escuchó una voz:

-Vengo a por ti.

-No vienes a por mí, te has equivocado, márchate.
-Explicaba Marcos según colocaba la vieja manta que tenía entre los cartones para no pasar frío esa noche, y según resguardaba sus tesoros debajo de los cartones para que no se los robasen. Sus tesoros, trozos de alambres, cristales antiguos de alguna vieja lámpara, una foto de una mujer que podría ser la madre de cualquiera. Era una foto que encontró en la basura y le gustó, le recordó que podía tener una madre, un padre, en el cielo o quién sabe dónde.

Y según colocaba sus cosas, sus tesoros, seguía insistiendo la voz detrás de su nuca:

-Vengo a por ti, esta vez no te escaparás.

-No... te has equivocado – decía Marcos tranquilamente – no vienes a por mí, a quien sea que buscas ya se marchó, me dejó el sitio colocado, yo sólo vine a pasar la noche. Mañana me marchó. Pero ahora vete.

Marcos pensaba que no había nadie, pero a la vez sentía esa voz, sentía esa presencia. No le tenía miedo, ya había pasado muchas noches a la intemperie como



para tener miedo de nada. Pero, ¿y si era la muerte...? Que fría sonaba.

-Mamá, si estás ahí, espanta a ese ser, que no viene a por mí, que yo lo sé.

Marcos se durmió tranquilo, nada podía hacer. Sólo dormir. Dio las buenas noches a todos sus amigos en la mente y durmió profundamente.

Se despertó por la mañana, pero era una mañana diferente, salió de su cuerpo en el astral sin darse cuenta. Cuando se levantó hacía mucho más frío de lo normal y apenas podía respirar, se levantó rápido de su sitio y cuando caminaba parecía que las piernas no le molestaban, pero sentía atrás de él la presión de sus pulmones que no podían respirar. Apenas podía salir de la calle en la que estaba y todo se veía gris, opaco, parecía que eran las 5 de la madrugada, con mucha niebla. No tenía el control de sí mismo.

Así estuvo hasta que empezó a respirar fuerte, se estaba ahogando y se despertó ahogándose, respirando fuertemente, en el hospital.

-¿Está usted bien, señor? Casi se muere de un edema pulmonar.

-¿Qué pasó? Yo estaba dormido, ¿y mis cosas? ¿Dónde están mis cosas?

-La asistente social las recogió todas. Le han salvado la vida señor, casi se muere esta noche. Esté tranquilo, vamos a reanimarle.



-¿Pero qué pasó? Yo estaba bien.

-¿Bien, dice? Tenía una neumonía en un estado muy grave. Suerte que le hemos encontrado a tiempo.

-Yo no sé. Sólo sé que creo que ya no llego a mi cita.

El médico de guardia no entendió lo que decía pero no le dio importancia. Estaba feliz de haber ayudado a alguien.

Marcos salió del hospital limpio. Sus cosas se redujeron a la mitad y le donaron una nueva manta, blanca. Tenía unos pantalones nuevos que le habían dado y una dirección para ir a revisión. Salía feliz. Tal vez aquel que vino a buscarle se había olvidado de él.

En la puerta del hospital dos hombres le esperaban, estaban bien vestidos y uno de ellos se dirigió a él.

-Hola, buenos días. ¿Marcos?

-Sí, soy yo.

-Nos llamaron de asuntos sociales. Trabajamos para su hermana, vendrá con nosotros esta noche, le han buscado un lugar donde quedarse por un tiempo.

Marcos apenas recordaba a su hermana. Ella tenía dos hijos cuando se apartaron. Nunca le habló por el problema con el alcohol. Cuando abandonó su casa no supo más de ella. ¿Cómo le habría localizado?, ¿Como habrían localizado a su hermana?

Subió al coche. En silencio. Un poco asustado.



-Desaparecido –decía el hombre que conducía -. Dicen que llevaba 15 años desaparecido. Ya iba siendo hora de regresar a su casa. ¿Recuerda usted que tiene una hija? Su mujer falleció hace casi 2 años. La niña está a la tutela de su hermana. Ella le reclamará que colabore por lo menos 2 años más, hasta que la niña cumpla la mayoría de edad. Una hija. ¿Estaba usted enterado de todo esto? Mañana iré a verle su hermana. Ella no está molesta, quiere que le digamos que no le pedirá nada, sólo quiere que sea consciente de su situación. Le han estado buscando mucho tiempo.

-¿Quiénes son ustedes? Parecen policías.

-Trabajamos en la empresa de su hermana. Somos empleados.

-¿A qué se dedica mi hermana? No sé nada de ella hace mucho tiempo.

-Hizo mucho dinero comprando y vendiendo productos extranjeros, souvenir, mercancía para los turistas. La empresa se dedica básicamente a la exportación.

-¿Mi hermana hizo dinero?

-Sí, mucho. Lleva años buscándole.

-Y si ella tiene dinero y puede ayudar a la niña, ¿por qué me busca?

-Es su hija, señor. Creo que debería comprenderlo.

-Perdón. ¿Cómo se llamaba la niña?



-Lucía, señor. Sería bueno que lo recuerde para mañana cuando hable con su hermana.

-Y dígame. ¿Qué hizo en todos estos años? ¿Siempre estuvo mendigando y durmiendo en las calles?

Marcos aguantaba las ganas de llorar. A través del cristal parecía que estaba la vida que había perdido hacía mil años. Se veía a sí mismo deambulando por las calles. ¿Dónde iba? ¿Alguien le estaba esperando? Sólo tenía ganas de beber algo, pero tantos días en el hospital había aguantado muy bien. ¿Dónde iba? Su hija le odiaría siempre por ser como era. Dónde iba, se preguntaba una y otra vez.

Sobre el coche, un ángel dejaba un halo azul celeste, rompiendo con las viejas energías de cuando Marcos vivía en la calle. No sería siempre fácil, pero la vida le dio una segunda oportunidad.

Al día siguiente su hermana le fue a ver.

-¿Es de tu gusto este apartamento? Sólo lo uso unos días al año. Te quedarás aquí hasta que tengas algo para pagar. Te puedo buscar un empleo en un restaurante, conozco el jefe. Si quieres algo mejor tendrás que demostrar que puedes estar limpio, ebrio y ser educado con los demás. Tu hija vendrá a verte cuando estés instalado. No quiero que traigas aquí amigos, ni gente, ni mujeres, ni alcohol. El portero estará vigilando. Si una sola vez subes ebrio se te expulsará de esta casa.



-¿Por qué haces esto? No recuerdo haber hecho nada por ti.

-Hace tres años murió mamá. Estaba muy preocupada por ti. Me pidió que si te encontraba cuidase de ti. A mí no me cuesta mucho hacerlo pero lo hago por Lucía. Cuando venga no le hables de dónde has estado. Le dije que trabajaste en una refinería, que no escribías porque estabas enamorado de otra mujer.

-¿Por qué dijiste algo así? Eso nunca fue cierto.

-Tu exmujer se lo decía siempre, que eras un pendenciero y estarías con otra en algún lugar del mundo. Te fuiste, no dejaste señales de humo, no dijiste nada, no llamaste. Pasaron años sin que supiéramos de ti.

-¿Nadie supo nada de mí? ¿Cómo te enteraste entonces de que estaba en el hospital?

-Hace 4 años te detuvieron por robo, me enteré por un amigo en los juzgados, te seguí este tiempo el nombre, estaba buscándote. Luego fue fácil. Me llamaron a mí cuando entraste en el hospital como tu única familiar.

-Di un nombre falso. Estoy seguro, siempre les doy un nombre falso.

-No. No diste ningún nombre. La asistente social entre tus cosas halló documentación que señalaba que fueses tú, me llamó a mí y yo confirmé quién eras por la descripción.



-¿Me pides algo?

-Por ahora no, ya te pediré cuando llegue el momento. Por ahora trabaja, rehaz tu vida si eres capaz. Ya hablaremos de aquí a unos meses. Con lo que necesites llama a este número y te atenderá mi secretario.

-Gracias. No sé qué decir.

Salió rápido de la casa, se secó las lágrimas en el pasillo y se marchó muy decidida, muy seria.

Marcos se quedó en la casa. Sentía frío. La casa olía muy bien y tenía agua caliente. Tenía unas inmensas ganas de llorar y de beber.

Miró en el armario y había comida y bebida sin alcohol. Todo sin alcohol. Pensó que debía aguantar. Debía intentarlo.

Su garganta estaba amarga y todo el tiempo tenía ansiedad. A los dos días fue a la dirección que le había dado su hermana y empezó a trabajar en la cocina, fregaba cacharros, barría, cogía cajas. El ejercicio físico le hacía mover su cuerpo. No fumaba. Tenía sed.

Pasadas unas semanas su hija vino a verle. Hablaron. Ella era muy linda, se parecía a su madre. Estaba feliz con un novio que tenía y le iban bien los estudios. Echaba de menos a su madre y a su abuela. Quería conocerle.

-Hija, siento no haber estado contigo.



-No importa. Sé que no eras capaz de estar ahí. Ojala algún día puedas estar presente. La tía me ayudó mucho estos años. Ella es muy buena amiga mía.

-Gracias a Dios ella está contigo.

Pasados dos años Marcos murió de cáncer. Murió en paz. No tenía miedo y sentía que había logrado enseñar a su hija algo muy valioso. Da lo mismo lo que te ocurra, lo que hagas, lo que seas, todo puede cambiar, siempre puedes cambiar.



***Siempre estamos contigo.
No importa las sombras que veas, lo que
hagas, lo que te preocupe,
no importa tu pasado ni lo que vayas a hacer,
siempre hay un ángel a tu lado,
esperando que abras las manos
para recibir el amor divino en tu corazón.***



Despedida

Sussan solía quedarse dormida en el porche de su casa. Desde allí podía ver las estrellas, el lago, los árboles, y la vieja casa le protegía de la lluvia y el viento. Luego, en la madrugada, regresaba a su cama. Otro día más se había olvidado de ir a la cama y se había dormido en la entrada.

Cuando sus hijos ya fueron mayores les insistió en que no se mudasen muy lejos, ella quería tenerles cerca, pero no le quisieron escuchar. Luis se marchó a más de 1000km y Juan a casi 5000km. Lidia perdió la vida un año después de irse de casa. Ella fue la primera en marchar. Acabó los estudios y le iba todo muy bien, pero el primer año de trabajo le atropelló un camión camino al trabajo. Dicen que iba dormido.

Después se marchó Luis, no quería estar más en casa. No tenía estudios pero trabajaba bien y estaba enamorado de una muchacha.

Finalmente se fue Juan, toda la vida había soñado irse a Luisiana. No quería volver a vivir cerca de él. Sussan se ahogaba en la casa, quería ir donde nadie la viese, donde nadie la conociese, pero después de tanto tiempo allí los árboles y la gente ya le conocían.

¿Y a dónde podría ir? Su hijo Juan le había invitado a vivir en un apartamento cerca del suyo, pero a ella no le



gustaba el mar. No le gustaban los cambios, quería quedarse allí.

Poco a poco se hacía más mayor y veía que no tenía manera de quedarse sola. ¿Por qué sus hijos se habían marchado a vivir tan lejos? Les iba todo bien, algún problema, sobretodo Luis, pero todo les iba francamente bien. Para no ser unos niños católicos parecía que Dios les ayudaba en su vida. Claro que Sussan pedía a diario por sus vidas. Pero ellos nunca creyeron, nunca quisieron ir a la escuela.

Echaban de menos a su hermana.

Ese verano vendrían justo a la vez. Luis vendría con su niña pequeña, tenía ya 3 años y era idéntica a su tía Lidia; su hermana mayor era mucho más responsable, ella tenía 10 años. Todo lo hacía bien.

Juan había decidido no tener hijos. Él no quería perderlos, no quería sentir el dolor de la pérdida otra vez.

Había leído un libro que decía que todos morimos, alguna vez, habló mucho con su madre sobre aquel libro. Durante dos años, día y noche no paraba de hablar sobre que las personas tienen que morir y se reía de los que no saben esto, pero él no quería tener hijos por si acaso les ocurría algo. Echaba de menos a su hermana.

Ellos dos fueron buenos amigos. Cuando fueron al jardín de infancia pudieron estar juntos dos años, luego en el colegio también. Tan sólo se llevaban unos meses,



siempre estuvieron juntos. Cuando nació Luis parecía que Juan y Lidia fuesen gemelos, pero con el tiempo Juan se hizo más amigo de Luis, eran chicos, ellos se conocían, hablaban, salían con los mismos amigos. Iban juntos en el coche de su padre. Él nunca les habría dejado, pero desde que no estaba, Sussan permitió casi todo lo que aquel viejo gruñón no permitía.

Un día Sussan estaba echada a punto de dormir y escuchó un susurro.

Parecía que un ser inmenso le hablase. Debía de tener unos 10 metros de tamaño, era inmensa la sensación, pero no se veía ningún ser. Sussan se asustó un poco. Era una voz femenina y le recordó inmediatamente a Lidia, todo le recordaba a Lidia.

-Sussan, es la hora.

-No, aún no. Mis hijos deben estar preocupados.

-No, Sussan, ya es la hora. Despídete.

Sussan tenía un palo junto a la hamaca, agarró el palo fuerte con la mano derecha. Si viene alguien me defenderé, pensó. Pero entonces se relajó.

-¿Ya es la hora, hija? ¿Cómo? Aún no soy tan mayor y tengo salud.

-Vamos a casa, mamá.

-Sussan se levantó, agarró el teléfono y primero llamó a Luis. Estoy bien, te quiero. Siempre estaré cuidándote



para lo que necesites. Hijo mío, eres más pequeño, no tuve tiempo de estar contigo como con tus hermanos, tu padre se enfadó mucho contigo, pero sabes que yo estaré ahí para ti. Te quiero, cariño.

-¿Qué pasa, mamá? ¿Otra vez sueñas con Lidia? Estoy bien, voy con cuidado, no me pasará nada. Mamá duérmete, son las 5 de la madrugada.

-Sí, hijo. Ya es la hora. A dormir entonces, que mañana trabajarás. Ya es la hora. Te quiero.

Luego llamó a Juan, esta llamada le costó un poco más hacerla. Sentía pena dejarles solos y pensaba que Juan no podría superar si ella se marchaba.

-Juan cielo, gracias por coger la llamada. Estoy bien, sólo me gustaría que pasases a verme pronto.

-Estoy bien mamá, no te preocupes por mí, son las 6 de la mañana, para ti es aún muy temprano. ¿Otra vez te quedaste dormida en el porche?

-No hijo, no es eso, solo que pensé en ti. Estará todo bien, ¿verdad? Cuidarás de tu hermano y serénate, tranquiliza ese mal genio que tienes, no querrás parecerte a tu padre. Mañana hablamos con más tranquilidad que te siento cansado. Duérmete tranquilo. Te quiero hijo, siempre estaré a tu lado para lo que necesites.

-Sí mamá, ya lo sé. De verdad, estate tranquila. Ve a descansar.



-Buenas noches, ya me voy a dormir. Hasta mañana.

Colgó el teléfono y se dirigió a la cama. Pero sintió que no quería ir a dormir a la cama.

Bajó las escaleras y regresó a la entrada. Hacía frío allí, un frío diferente. Entonces cerró la puerta y regresó a su cama. Se quedó dormida rápidamente. Durante la mañana no contestó las llamadas y Juan envió a una vecina a ver qué ocurría. Encontró que Sussan que había fallecido.

Los médicos confirmaron que había fallecido dos horas antes de haber realizado las llamadas. A las 4am. Los hijos aseguraban que les llamó a las 5 y a las 6 am pero los médicos una y otra vez repetían que no era posible. A esa hora ya debía estar muerta.

Recuerdos

Mateo y Izan siempre peleaban en el patio. Tenían 5 años y acababan de dejar el jardín de infancia y comenzar primaria, pero ese año Mateo estuvo enfermo. Nadie en su cole lo sabía porque tan sólo era un niño. Faltó varios meses a clase por las operaciones y pudo salvarse de la enfermedad a mitad de curso.

Desde que regresó, aunque todos tenían cuidado con él, siempre peleaba con Izan, casi cada día. Y según se ponía fuerte y avanzaba el curso, más se peleaba.



Eran peleas pequeñas, cortas, pero los dos tenían mucha rabia acumulada.

-¿Por qué te peleas con Izan, hijo? ¿Él no quiere ser tu amigo?

-Mamá, tú no lo entiendes. Él me robó mucho dinero.

-Cómo te robó dinero, si tú nunca has tenido dinero.

-Cuando estuve en el hospital soñé con que me había robado, era él, lo juro. Me robó mi casa y mi familia me abandonó y mi hija se murió rápidamente.

-Pero cariño, eso sólo es un sueño.

-Da lo mismo. Él me robó, lo juro.

Los padres de Mateo no podían entender lo que le ocurría.

Más tarde, pasados dos años, Mateo e Izan ya no peleaban, la mamá de Izan le contó que Mateo había estado muy enfermo y que no podían pelear.

Pero Mateo conoció a una nueva compañera de clase y siempre quería estar con ella. Los demás niños a veces se reían de que estuviesen enamorados, pero Mateo sabía que no. Un día le regaló una flor. Mateo tenía una sonrisa brillante al lado de Rosa.

En casa le dijo a su madre:



-Mamá, Rosa no es mi novia, ¿pero su marido no se enfada de que venga al cole cada día? ¿Si supiese que es amiga mía se enfadaría?

-Hijo, Rosa es una niña como tú, no está casada, no tiene marido. Tiene padres como tú.

-No. Tiene marido. Yo lo he visto. Le espera en la entrada.

-No hijo, ése será su hermano mayor o su padre. Nosotros les conocemos.

-Yo me acuerdo, ella tiene un marido. Él no la deja salir nunca, no entiendo por qué no se enfada cuando viene a la escuela.

-Debe de ser en algún sueño, cariño. Rosa tiene familia, un día le preguntas y verás qué te dice.

-Ella nunca habla de eso.

Mateo estaba enfadado, no entendía que no recordasen que su mejor amiga Rosa tenía un marido. Él no podía verla por el marido. Entonces recordó que sí la podía ver, que cada día se encontraban en el patio y se tranquilizó. Ahora sí se podían encontrar, ¿habría muerto el marido? Rosa le tenía mucho miedo.

-Y si el marido no está, ¿Rosa se puede casar conmigo o con otro hombre?

-Claro que sí, ¿te gustaría casarte con Rosa?



-No, ahora no. Pero me gustaría que ella pudiese casarse con otro hombre.

-Hijo, Rosa no tiene ningún marido, las niñas no están casadas en este país.

Mateo no lo podía entender bien pero pasados unos meses volvió a decir algo muy raro.

-Mamá, mamá, hoy el profesor nos habló de geografía, decía que los países no siempre han sido como los conocemos. Nos habló de antiguas guerras en las que nosotros participamos. Y habló de una batalla que había entre dos pueblos por conquistar un pequeño lago. Habló de que los países avanzaban lo que podían y quitaban territorio a los pueblos vecinos. Incluso venía vestido muy raro, con un traje marrón. Parecía que venía de una guerra. Fue muy divertido.

-Hijo, cariño, ¿estás bien? Tú no tienes profesor, tienes una profesora. María Luisa. La acabo de ver y me dijo que en la clase estuviste muy distraído, pero no me dijo nada de que te quedases dormido.

-Ah, es cierto, pero yo vi al profesor. Él vino y nos explicó la lección.

-¿Y cómo se llama el profesor del que me hablas?

-Coronel Lluís Mactre.

-Hijo, habrá sido un sueño. Hablaré con ella de si te quedaste dormido. Pero no puedes contar estas cosas así como así, te van a tomar por loco.



-Mamá, no estoy loco, no fue un sueño, fue real.

Al cabo del tiempo la mamá de Mateo dio con un médico algo apartado de la medicina tradicional que trataba casos raros infantiles, fueron por el estómago de Mateo, pero viendo que estaba abierto a más cosas le habló de lo que Mateo solía decir y el médico le dijo que hay niños que tienen recuerdos y vivencias que no se pueden explicar.

-Mi hijo no está loco, no está recordando nada, sólo se inventa cosas.

-Es posible que recuerde vidas pasadas. Existen niños que pueden contar otras vidas con detalle.

-¿Pero realmente existen las vidas pasadas? ¿Se puede demostrar todo eso? Y si se puede demostrar, ¿cómo sabemos que nuestro hijo no se lo está inventando todo?

-Es fácil, hacerle unas preguntas básicas.

¿Tú estabas allí?

¿Qué recuerdas de ti?

¿Qué ropa llevabas puesta?

¿Estabas solo? ¿Había alguien contigo? Descríbelo o descríbela.

¿Qué tiempo hacía? ¿Frío? ¿Calor?



Ahora, aquí empiezan las preguntas para saber por qué está recordando esa vida en particular y qué le está mostrando su mente:

¿Qué estabas haciendo? ¿Para qué?

Con estas preguntas veréis lo que os responde y cómo encontrar sentido a todo lo que él dice. En los detalles le encontraréis. En lo que dice, la manera de decirlo.

Cuando los niños hablan de vidas pasadas se transforman en lo que fueron, lo recuerdan con tanto detalle que piensan que todo ocurrió ayer. Así sabréis la diferencia. Él os lo dirá.

También se dará cuenta cuando comprenda que era otro tiempo, que él era diferente, hacía cosas diferentes. Os preguntará qué fue, como es posible vivir aquello y le tendréis que decir que está recordando algo de otro tiempo. Con el tiempo él solo se dará cuenta.

-¿Y no es malo fomentarle esto?

-No le fomentáis nada, le aclaráis. Si os cerráis a esto, él seguirá viéndolas y recordándolas, pero ya no confiará en vosotros para contáros las. Con el tiempo es muy probable que no las considere reales.

-¿Y no sería mejor así? Que piense que son ilusiones de su mente. ¿Cómo sabemos que es bueno hacerle recordar lo que vivió en otras vidas?

-Sólo porque tú o yo no lo recordemos no significa que no sea importante. Si te diesen la oportunidad de



recordar en otra vida lo que eres ahora, tu vida, tus hijos, tu casa, tu trabajo, ¿no querrías recordarlo con cariño?

-Sí, claro. Pero es tan raro, es extraño que un niño recuerde sus vidas pasadas.

-No lo es. Veo casos de muchos niños que cuentan vivencias del pasado, incluso algunas que os asombrarían. Ahora los niños están cambiando, ven cosas que antes no se veían, saben cosas diferentes, algunos pueden mover objetos con la mente, pueden saber qué piensas, hay muchos niños ahora así. Solo es cuestión de tiempo que todos los niños despierten cualidades. Tal y como yo lo veo, pronto todos tendremos que creer porque habrá demasiados niños que nos evidencien la verdad.

-Mateo, hijo, despídete del médico, ya nos vamos.

-Muchas gracias, doctor. Ojalá nos veamos de nuevo y pueda contarle que todo está yendo bien con Mateo. Muchas gracias por sus consejos y su guía. Hijo, vamos.

En el coche los padres de Mateo se daban la mano y se miraban por momentos en silencio. Pensaban en todo lo que el médico les había dicho. Al final el padre de Mateo le dijo:

-Mateo, cariño. ¿Te gustaría hacer un viaje los tres juntos?

-Si papá, claro que me gustaría.



-¿Y a dónde te gustaría ir? ¿Tienes algún lugar especial en tu mente?

-No sé, cualquiera. Aunque, claro. Siempre me gustó Japón, una isla en el mar.

-¿Sabes dónde está Japón?

-Es el mar, ¿no?

-Sí, ¿pero dónde? ¿Lo has estudiado en el cole?

-No. ¿Cuántos japoneses existen?

-No sé hijo, miles.

-¿Y yo soy japonés?

-No, creo que no – se reían los padres del niño. - A ver tus ojos, tienes los ojos así.

Todos reían en el coche mientras regresaban a casa.

-Cariño -decía el padre de Mateo-. No me importa si él recuerda vidas pasadas o cómo lo llamen, pero me preocupa no saber de dónde viene lo que está pensando. Sólo es un niño, no podemos preguntarle si está teniendo una visión real o una alucinación. Sería mejor no implicarle en lo que ve.

-¿Sabes que creo que importa poco lo que hagamos? Pienso que más bien las preguntas son para que nosotros nos tranquilicemos.

-Yo también lo creo.



Los papás de Mateo estuvieron mucho más atentos a lo que su hijo decía.

Pudieron descubrir muchas cosas de él y de ellos y con el tiempo pudieron aprender a diferenciar cuándo el niño recordaba algo, cuándo había tenido un sueño y cuándo se lo estaba inventando todo.



*Si tienes miedo respira,
canta una canción.*

*También puedes meditar en la luna, en el sol, en la
naturaleza.*

*Pero si tienes miedo,
lo que no es bueno que hagas, es tener aún más
miedo.*





Vidente

Carla tenía 5 años y su mirada era muy inquietante. Tenía los ojos claros, como todos en su familia, y siempre miraba fijamente a los ojos.

Sus 4 hermanos mayores la trataban como una loca. Hablaba poco, no jugaba más que con una muñeca, nunca quería comer casi de nada, le gustaba estar en la iglesia, decía que allí se estaba tranquila, bien, hablaba con los animales como si la fuesen a entender, y a veces, miraba muy fijo a una persona y le decía una frase de loca, como decían sus hermanos, algo como:

-No te veo triste, realmente estás enfadada porque no consigues lo que quieres. Pero no estás triste.

O algo como:

-Has perdido ya tanto dinero apostando en la máquina que te avergüenza hacer el cálculo. Con ese dinero podrías haber comprado comida o un traje nuevo, podrías haber hecho un viaje, incluso podrías haber sido más generoso. La máquina se volvió tu trampa, señor huraño.

La gente la trataba de impertinente, pero realmente Carla tenía visión. Siempre que decía algo así asustaba lo real que era. La gente reía y todos la conocían, pero a la vez le tenían miedo.



Le decían a sus padres que tuviesen cuidado, su hija había nacido con un don.

Un día vino una mujer a verles, vestía con una falda larga y ancha y una camisa blanca. Tenía el pelo castaño claro y sonreía con alegría.

-Hola. Señor, señora. Escuché en mi pueblo que tienen una hija un tanto especial. Soy vidente y puedo saber si su hija tiene o no tiene realmente algún don. Me gustaría poderla conocer.

-Nosotros no creemos en videntes.

-Ya sé que puede parecer extraño, pero hay niños que nacen con cualidades, y por lo que me han dicho su hija tiene cualidades muy marcadas, es bueno que le vean otras personas.

-Ustedes son todos unos locos, asustan a las personas con sus mentiras. Lárguense.

-No hace falta que me trate mal, señor, sólo vine a servir de ayuda. Si no quiere que esté, dígamelo con más calma.

-Usted se comporta como un loco cuando ni si quiera quiere escuchar una opinión diferente a la suya. -Esto último lo pensó mientras se dirigía al coche. - Aquel hombre tan malhumorado estaba alejándose de su hija sin darse cuenta.

Sonia hacía años que no veía a sus padres, ellos no creían en su don. La habían tratado de loca toda la vida.



Sonia era vidente de personas muy reconocidas, a veces le pedían consejos gente que se avergonzaba de decir su nombre, pero les ayudaba con su visión. Sin embargo siempre había quienes les trataban como locos, como mentirosos, decían que robaba a la gente porque se inventaba lo que decía.

-Esa comida que vendes está contaminada con flúor, ¿no es eso mayor robo? Contaminas a las personas desde hace años y las engañas con tu comida envenenada. Yo sólo digo lo que veo y siento, les ayudo a mejorar sus vidas. No engaño. ¿Por qué no se mirarán en sus vidas, la mentira de sus vidas, los engaños que ellos hacen? Ese hombre huraño será padre de una de las mejores videntes del futuro, sin embargo es un ladrón que vende comida enlatada contaminada y me llama a mí mentirosa y loca.

Sonia, más triste que disgustada, solo podía pensar que no había podido conocer a Carla; esa niña era especial, estaba segura.

Al cabo de unos meses la madre de Carla llevó a su hija a Sonia, a su casa, varios pueblos más allá.

-¿Nos recuerda? Estuvo en nuestra casa hace poco. Mi marido no la trató muy bien.

“Lárguese. No queremos gente como usted aquí”, recordaba Sonia mientras miraba a la pobre mujer desesperada y a su hija.



-Sí lo recuerdo. ¿Qué ocurre? ¿Por qué vinieron? – la niña le miraba fijamente a los ojos. Era preciosa, su aura brillaba rosada y tenía ángeles muy grandes tras ellas. Sus manos tenían luz. Sonia nunca vio tanta luz en una persona. Esa niña era un ángel, pensaba. Quería agradecerle por estar allí, quería enseñarla, quería abrazarla y protegerla. Tenía un ángel frente a ella y tenía que guardar la compostura.

-Tras irse, mi marido se golpeó en un dedo trabajando, se hizo un corte.

-El pulgar de la mano derecha.

-Sí, ¿cómo lo sabe? Es igual. Mi marido no se va a recuperar. Dicen que hay que amputarle el dedo. Yo no entiendo de medicina. La niña dice que le ha visto que va a morir. Dice que es un aviso para que esté atento, que si no hace caso morirá pronto.

La niña miraba fijamente a Sonia, no apartaba la vista.

Le dijo Carla a Sonia:

-Tú eres una persona buena pero no podemos ser amigas, tengo muchos menos años que tú. Te seguiré cuando seas mayor. ¿Por qué no te casaste aún? Él está esperándote desde hace años. Camina frente al mar cada día pensando que puede conocerte.

La niña tenía una mirada muy penetrante.

Sonia le dijo:



-Gracias, Carla, no puedes contarle esas cosas a tu padre, él podría enfrentarse a fuertes dudas.

-Es verdad. Morirá si no hace caso.

-Sí, es posible. Pero no es momento de que lo sepa. Las personas no tienen tanta conciencia como tú. No están en el presente.

Carla se echó para atrás un instante, comprendió algo.

-La gente no está en el presente – pensaba Carla. Miró a su madre y le preguntó:

-¿Es cierto, mamá? ¿Están todos tan lejos?

La madre de Carla estaba muy nerviosa, no entendía nada. Dijo a su hija que se tranquilizara, que se irían pronto, pero no respondió la pregunta, ni siquiera entendió la pregunta. Ni siquiera podía saber cómo responderla.

-Sí, Carla, la gente no suele estar en el presente. Por eso se asustan de lo que nos dices.

-Señora. No se preocupe, su marido estará bien. Sólo necesita centrarse en lo que está haciendo. Tiene muy mal carácter y está nervioso. Quiere vender algo desde hace unos años y no logra venderlo.

-El viejo taller... -Dijo la madre, dándose cuenta.

-Necesita ese dinero y cuenta con él desde hace tiempo, pero el dinero no llega. Así está nervioso. Tiene



que tranquilizarse y no tendrá más accidentes. Como dice su hija, es un aviso.

-¿Puede morir en uno de esos accidentes? ¿Puede pasarle algo grave?

-Claro que puede morir, y usted, y yo, y todos. ¿Va a dejar de vivir, pasar, trabajar por miedo?

-Lo entiendo - la madre de Carla se relajó. - No me gustaría que le pasara nada malo.

-¿Y usted? Céntrese en usted. Como dice su hija, su marido sólo vive un aviso. Él no cree en los avisos, si no sabe escuchar, si no se calma, claro que tendrá otro accidente. Vive preocupado llamando al peligro, vive en tensión. La tensión rompe cosas, rompe situaciones. Ahora, usted vive en angustia, vive en silencio. Tiene ganas de ir lejos, de gritar, de no tener secretos. Este tipo de situaciones también rompen, también crean avisos.

-¿Y qué me puede pasar?

-Puede que se enamore de otro hombre, de algún vecino más limpio y educado que su marido. Puede que de un antiguo amor. No sería un amor real, sólo la necesidad de escapar.

La madre de Carla se puso roja.

-Señora, yo amo a mi marido.



-Sólo digo que el tipo de situación que vive también rompe de alguna forma. Tenga cuidado.

-Gracias. -Dijo la madre de Carla agachando la cabeza, comprendiendo que tenía razón pues hacía tan sólo un año se había sentido muy atraída por un hombre de otro pueblo- Quería preguntarle por mi hija. Usted dijo que era especial, que veía.

-Dije que tenía cualidades.

-¿Cómo podemos saberlo? ¿Por qué dice esas cosas?

-Ella cree que la gente la entiende, es sólo eso. Ve cosas, sabe cosas, que otros no entienden. Imagínela como un niño superdotado, no comprende que los demás no sepan tanto como él. Eso le ocurre.

-¿Y qué es lo que ella sabe? Si tan sólo es una niña.

-Puede saber lo que quiera. Ella ve a través de la mente. No tiene límites la visión que ella tiene.

-¿Quiere decir que puede saber el pasado y el futuro de una persona?

-Y mucho más, puede saber lo que ocurrirá en el planeta, aprender ciencias, reconocer la historia verdadera, saber si un camino es bueno o malo, saber si hay oscuridades, si hay peligros...

La madre de Carla empezó a entender.

-¿Y qué tengo que hacer? Yo no pedí una niña así. Tengo otros cuatro hijos, un trabajo a media jornada, un



marido... Mi vida no es fácil. ¿Qué puedo hacer con una niña así?

-Lo mejor: no le preste mucha atención. Si se ríen de ella, si la insultan, entonces sí, pero por lo demás, piense que es una niña normal. Para usted lo es, es su hija. Con eso basta. Ella la eligió como madre y por algo sería. No piense que es rara o que es especial porque la trataría diferente y eso no es lo que ella quiere. Trátela con amor. Con cariño, como a un niño más. Permítala ser como es.

-¿Y con el padre? Como sabe, su padre no cree en lo que ella dice, no la deja salir a la calle y le grita si dice cosas raras.

-Algún día ellos dos se encontrarán, pero ahora es momento de no dar importancia a las diferencias, a fin de que Carla disfrute de su infancia. No queda mucho tiempo para que todo cambie.

-¿Qué quiere decir?

-Carla verá un futuro muy diferente a través de sus ojos, no queda mucho tiempo para eso.

-¿Un futuro diferente? ¿Bueno? ¿Malo? ¿Perderemos la casa? Tenemos problemas con el banco. ¿Qué nos pasará?

-No se preocupe. Ella sólo verá más armonía. Más felicidad en el futuro. Algún cambio habrá que va a permitirle potenciar sus cualidades y no tener miedo de sí misma.



En efecto, así fue. Al cabo de menos de un año la abuela de Carla, la madre de su madre, enfermó muy gravemente y nadie podía hacerse cargo de ella. Por su condición no podía moverse de donde estaba y la madre de Carla discutió mucho con su marido por esto. Tenía que ayudar a su madre. Le ofrecían un antiguo empleo y le apoyarían si se mudaba de casa. Tenían que ir 400km más al norte. Al cabo de unos meses de la noticia, la madre de Carla se mudó con sus dos hijos menores durante un tiempo y el padre se quedó en la vieja casa. En tan sólo cinco meses pudo establecerse en casa de su madre y traer a sus otros hijos a vivir con ella.

Se separó del marido y con el tiempo la distancia se hizo mucho mayor a causa de que la madre de Carla se enamoró de un hombre que conocía de la infancia.

Carla hizo mucha amistad con su abuela el tiempo que tuvo con vida. Fue un año de bendición con su hija y sus nietos.

Al cabo de los años, cuando Carla tenía 16 años, pidió a su madre no estudiar y dedicarse a la visión. La gente le preguntaba cosas.

-Hija mía, qué vas a hacer. Nadie quiere a la gente vidente. No es un trabajo lo que dices, no es algo normal.

-Mamá, trabajaré con un equipo de científicos. Vamos a elaborar juntos aparatos y nuevas tecnologías.



-Hija, ¿no estás un poco loca? Eso no es posible. Hay que estudiar para que eso ocurra.

-Es posible, mamá. No lo sé.

En menos de un año vinieron a buscar a Carla a casa. Un hombre había escuchado de las capacidades de su hija, tenía un invento en las manos y le empezó a preguntar por lo que tenía. Carla le dio detalles increíbles y le ayudó a elaborarlo.

Trabajó durante dos años con él colaborando y aprendiendo.

Al cabo del tiempo escribió un libro y comenzó a hablar públicamente de lo que veía.



Los ángeles son seres especiales, siempre están a nuestro lado, siempre caminan con nosotros, y no les importa que no les prestemos atención, ellos siguen a un lado, mirándonos cada instante.





En las ruinas

La visión, desde hacía unos días, no le funcionaba bien, veía borroso durante el día y por la noche muchos colores y muchas imágenes entremezcladas. Tenía miedo y creía que podría perderla, pero lo que más le asustaba era no controlar su cuerpo.

-¿Dónde amanecí ayer? Y si amanecí aquí, ¿por qué no puedo verlo?

Todo estaba borroso en su cabeza.

Javier ya hacía 5 años que había estado trabajando en unas ruinas árabes. Rescataba piezas de arqueología que decían que eran tesoros, y así lo sentía él también. Las trataba con sumo cuidado. Sin embargo se sentía vacío desde que hacía ese trabajo, sucio.

El pasado le parecía un tiempo muerto. “¿De qué nos sirve construir una civilización? Pronto todo quedará en ruinas”. Hay quienes decían que habían venido extraterrestres a enseñarnos en antiguas civilizaciones, hay personas que habían estudiado esos fenómenos, durante mucho tiempo, y a Javier hacía unos años eso le atrajo mucho, pero desde que estaba trabajando en la ruina no lograba interiorizarse mucho, no lograba descansar bien. Veía imágenes claras de él caminando entre esas ruinas, entre castillos, entre cristales, entre junglas más tarde que desaparecían y se convertían en aire, caminaba entre imágenes que no reconocía.



Ese trabajo le cambió la manera de pensar.

Su mujer le había abandonado justo antes de encontrar el trabajo y además su hija nunca quería verle:

-Papá, esta tarde quedé con las amigas. Quiero irme de vacaciones con los abuelos. Prefiero estar aquí en Madrid a ir de visita a tu ciudad. No me llames todos los días... es aburrido... los padres de mis amigas no hacen eso.

Sin embargo, él insistía. No comprendía por qué ella no quería verle. La adolescencia, pensaba su madre. Su madre nunca quiso estar con él. Decía que era holgazán y sin embargo siempre le dio todo, su trabajo, su casa, su vida. Él organizó su vida para entregárselo todo a ella, pero ella quería más. No puso nada para él, sólo quería ella, sólo quería beneficios de todo.

Cuando le dejó no le importó dejarle sin casa, sin trabajo, humillarle ante las dos familias y hablar mal a los amigos. Pensaba: “Desprecios. Estuvimos juntos más de 10 años y se da cuenta de que no me quiere en un año. Ese rencor es viejo. No se da cuenta de que es viejo. Es humillante que la mujer que tanto me propuso, tanto me prometió, me humille de esta manera. Y no se da cuenta.”

Javier estaba cansado y hacía dos noches que no dormía nada. Tenía esos dolores de cabeza agudos en los que parecía que le arrastraban por la habitación y le gritaban por los oídos.



Se quedó dormido y soñó que cruzaba un pasadizo largo, un túnel bajo tierra por donde apenas cabían tres personas ajustadas, a lo largo no se veía nada. Estaba construido de antiguo ladrillo rojo y se sentía la humedad y el frío. Parecía que a veces había alcantarillas o ventanas pero no podía diferenciar a dónde daban ni de qué ciudad de trataba. Tras las paredes del pasadizo, en algunos instantes, podía sentir estancias vacías, pero con fuerza iba avanzando hacia delante. Estaba asustado del viaje y a la vez curioseaba todo lo que podía. Cuando ya estaba llegando al final empezó a ir más lento. Había tres estancias: una a la derecha, otra al otro lado del túnel y otra al frente. Pasó a la estancia de la derecha. Tenía mucha luz y sobre una mesa de madera había una mujer tumbada, fallecida, y se levantaba su espíritu y empezaba a darle vuelta.

-Dame las llaves, quiero salir de aquí.

-Yo no tengo las llaves. - Gritaba Javier en el sueño. Sin embargo en sus manos tenía un cordel con unas llaves antiguas.

-No tengo las llaves, éstas no sé qué hacen conmigo, pero seguro que no son.

-No vengo a pedirte nada más, sólo dame esas llaves que cargas.

-¿Qué harás con ellas?

-Liberarme, me están esperando.

-Toma.



Javier se las entregó y una sensación muy desagradable le cruzó, como si un espíritu enterrado de mil años estuviese atravesándole. Y escuchó muy claramente:

-No voy a dañarte, pero eres el culpable de que estuviese aquí.

Sintió escalofríos y despertó. Estaba sudando y tenía mucha ansiedad.

Se levantó y fue a mirar a la nevera. Vacía. No tenía apenas nada que se pudiese comer, durante unos meses sólo se había enfocado en el trabajo. Bebió un poco de agua y se sentó en el sillón a meditar, ¿qué había pasado en aquel sueño? ¿Qué significaba aquella imagen, aquel ser? ¿Sería una mujer realmente? En su trabajo encontraron restos de un cadáver de una mujer. Y no creyó tener nada que ver con ella, era extraño todo esto.

Se frotaba los ojos, le escocían. Había estado muchos días mirando fijamente en su trabajo, con el polvo, la humedad, el frío del lugar, eso le había dañado las retinas o algo, estaba convencido. Pero no quería echarse ningunas gotas ni ir al médico. Solo quería descansar. Escapar.

-¡Dejadme dormir! - No sabía a quién le decía, a quién le pedía ya descanso. Todas las noches imágenes, visiones, si él no sabía de esas cosas.



Una vez vio una película del más allá. Unas personas viajaban a unas montañas y tomaban una medicina sagrada, colocados bajo las estrellas empezaban a ver lo mismo que él, y se preguntaba:

-¿Qué tomé yo? Nada. ¿Dónde fui? A ningún lugar. ¿Por qué entonces estoy viendo esas imágenes? Me tomarán por loco. Si son sueños quiero despertar, si son instantes, recuerdos, quiero que se aclaren para saber lo que significan, si no son nada, quiero que dejen de existir. Quiero ver con claridad.

Se decía Javier mientras regresaba a la cama. Curiosamente, siempre dormía bien las dos horas antes de tener que despertarse para ir a trabajar. Pero ese día no fue a trabajar, un dolor de espalda profundo no le permitió levantarse de la cama. Se echó a dormir y cuando despertó su espalda estaba inmóvil. Le dio el brazo para alcanzar el teléfono móvil y avisar al trabajo.

-Lo siento, pero no podré ir.

-¿Cómo? Eso no se avisa así, unos momentos antes, de un día para otro vale pero justo hoy, ya estamos acabando, haz un esfuerzo.

-No sé qué me pasó, pero te juro que no me puedo mover.

-Otra vez el insomnio.

-No, de veras, anoche me levanté, bebí un poco de agua y al acostarme no sentí nada, ni un pinchazo, hoy no soy capaz de levantarme ni moverme.



-¿Estás bien?, ¿quieres que envíe a un médico de la mutua?

-Creo que se me pasará en unas horas, si no llamaré yo mismo.

-¿Te ha pasado esto antes?

-No. Es extraño, trabajamos mucho, puede que haya sido el frío.

-Descansa, mañana te quiero aquí, te queremos ver aquí. Recupérate. Ánimo.

-Sí, gracias. Hasta luego.

-Adiós.

Ese dolor de espalda era como unos grilletes que le sujetaban en la cama, y se acordaba de la imagen del sueño, la mujer tumbada sobre la mesa. Y volvió a quedarse dormido, no podía controlar ese sueño, no podía despertar de él. Entró de nuevo en el pasillo, lo atravesó mucho más rápido, como si fuese mucho más corto esta vez, y vio de nuevo al espíritu de esa mujer. Ella iba de blanco y parecía una antigua monja. La cara la tenía llena de arañazos y alrededor de la mesa ahora había cientos de jarrones, iguales a los que él rescataba en su trabajo, jarrones colocados en estantes que no había visto durante la noche en el sueño anterior.

-¿Pero qué haces?



Ella los arrojaba con fuerza al suelo haciéndolos añicos. Gritaba enfurecida y volvía a tirarlos. Ya casi no quedaban jarrones y el suelo estaba lleno de pedazos.

-Estos jarrones valen un dineral, son tesoros.

-Esos jarrones son mi tumba, idiota.

Ella los tiraba todos y cada vez que los tiraba al suelo se levantaba un polvo gris, sucio, un polvo de mil años o dos mil.

-No estás valorando lo que valen.

-Sólo son jarrones, déjalos que caigan y descubrirás su valor. Decía ella con picaresca, con odio.

Entonces él se sintió arrastrado hacia atrás mientras ella le miraba a los ojos.

-Déjame salir, te lo ruego. - Le dijo él a ella.

-No, ahora te tengo yo a ti.

-Déjame salir.

Se despertó súbitamente y se levantó, se sentía ahogado. Ahora sí se podía mover aunque todo el cuerpo le dolía. Sentía que algo le recorría por dentro del cuerpo y se sentía agotado, como si una grúa le hubiese pisado mientras dormía. Se levantó a beber un poco de agua porque el agua de su mesilla de noche estaba vacía. No quedaba nada. Fue hasta la cocina como pudo y allí cogió agua, cogió unos panes tostados. Pensó en echarse en el sofá pero le dolía demasiado la espalda,



necesitaba una superficie mucho más recta. Apenas se podía mover. Regresó a la cama y allí sintió náuseas.

-No sé qué me pasa pero deseo que acabe pronto, que acabe ya.

Y creía que nadie le escuchaba. En sus sueños había reconocido muchas cosas reales, había visto muchas cosas, siempre tuvo sueños lúcidos, vividos, donde se veía en aventuras y viajes, pero ahora todo era muy extraño. Volvió a dormir, pero ahora era un sueño ligero, aunque parecía que había viajado muy lejos. Se sintió enterrado entre ramas, las ramas habían crecido donde él estaba enterrado. Le habían enterrado vivo, se sentía asfixiado allí e intentaba romper las raíces para salir. Sabía que al otro lado de las raíces estaba esa mujer, ella había sido enterrada también, y junto a ella muchas personas. Les habían dicho que esperasen allí, no les habían dicho para qué y les habían enterrado vivos. Él sentía toda su ansiedad, y supo lo que hacían, lo recordó, ¿pero por qué él no estaba con ellos? ¿Por qué estaba apartado? Eso daba lo mismo. Recordó que era muy delgado, se agarró a las ramas, esta vez no para romperlas si no para trepar entre ellas y como pudo salió entre la tierra.

La gente cruzaba la calle rápidamente. Parecía otra época y había una curiosa luz que le arrastraba hacia atrás. Otra vez sentía miedo de regresar al entierro pero no fue así, estaba de pronto en otra estancia, una estancia blanca. Delante de él había unos hombres con bata blanca recogiendo aparatos quirúrgicos, había una



mesa en el centro. Se parecía a la sala de su dentista, pero era todo muy extraño. Los médicos le estaban esperando a que se sentase y preparaban todo para una operación. Pensó:

-¿Me van a operar? ¿Por qué? ¿Qué hice?

-Tendrán que quitarte los lazos con aquella vida. - Escuchó.

Javier se sentía mareado dentro del sueño.

-No se posible. - Decía - Todo debe de ser una pesadilla.

-No es una pesadilla, no es un sueño, es todo real.

Escuchaba dentro de sí. Despertó. Ahora tenía mucha sed, recordó cuando estaba bajo tierra, sudaba y a la vez no podía respirar, no sabía cómo pudo salir, pensaba que realmente no pudo salir del agujero, si aquello fue parte de una vida pasada, que se quedó atrapado, pero ahora en el sueño podía escapar. Tenía miedo pero necesitaba terminar con todo aquello.

Volvió a dormirse y ahora sí que ocurrió algo extraño. Se vio a sí mismo en el sueño hablando con un hombre, era árabe y le hablaba fluidamente en árabe, lo curioso es que sabía perfectamente lo que le estaba diciendo.

-No te preocupes, nosotros podremos llevarles, serán buenos esclavos.

-No les quieren, son de Abdul.



-No importa, les llevaremos y verás como nadie se entera.

-Si se enteran de que ya fueron esclavos de otro hombre, ¿sabes qué nos harán? Nos enterrarán con ellos.

-Serán libres, ellos no lo dirán.

-Ellos no, otros.

-¿Quiénes lo van a saber?

-No sé, amigo. Es pecado usar los esclavos de otro hombre, una gran maldición puede caer sobre ti.

-Eso no es cierto. Son sólo esclavos, por eso se les entierran con ellos.

-No valen todo lo que dicen. No caería una maldición por usarles. Además, firmar un contrato sobre la vida de un ser no significa que tenga algún valor después de la muerte.

-No sé, amigo. Con confianza, esto no me gusta.

-Bueno, entonces lo haré yo solo, pero cúbreme.

-Apóyame lo que puedas, ¿de acuerdo?

-Yo no diré nada.

-De acuerdo amigo, de acuerdo, eso sí.

-Trato hecho.



Se reían y se daban la mano. Frente a él, ese hombre con pocos dientes reía, mientras le miraba mostrándole que no estaba todo perdido.

Se despertó al cabo de unos minutos más de sueño y comprendió la historia.

Aquellos hombres eran esclavos de un hombre, el hombre no los quería y los abandonó, o a lo mejor murió y no tuvo dinero para enterrarles con él. Con su ambición y avaricia, les robó y se los vendió a alguien. Le condenaron y mataron a todos los esclavos. Los esclavos no le odiaron, realmente sólo retrasó lo que iban a vivir, pero él se sintió atrapado con ellos, con su karma. Y así se soltaba.

A la tarde, desde otro sueño, regresó mentalmente a su lugar de trabajo, se parecía mucho al que había visto en el sueño de la noche, pero era diferente. Era una ciudad diferente. Se sentía todo igual. Y lo comprendió. No era una casa de hombres y mujeres ricos, no eran joyas, eran las piezas de una tumba. Eran tumbas. Allí les habían enterrado asfixiados. ¿Y por qué una muerte tan brusca? No lo entendía. ¿Por qué alguien iba a decidir enterrarse con sus esclavos, por qué? ¿Qué ley sería esa que lo permitía? No lo entendió pero aprendió a sacudirse el polvo de su trabajo.

Respiró tranquilo y sintió que por fin aquel espíritu le soltaba y le permitía ser libre.

Gracias a Dios que esas cosas hoy no ocurren. Se decía tranquilo.



Soy un ángel.

Soy amor, pequeño amigo.

Siempre estoy contigo.

No me escondo, sino que tu ego no me puede ver.

Observa, aclara la mente.

Desde ahí, siempre te estoy escuchando.

Soy amor, pequeño amigo.

Por ti vivo.

Por ti, vuelo al infinito.

*Y allí donde te escondas, ahí donde se encuentre tu
mayor temor;*

*También voy, a buscarte, para que nada te perturbe
en la noche de tinieblas.*

*Soy amor,
pequeño ángel en la Tierra.*

Soy tu ángel y te quiero





Sueños lúcidos

Cuando Árnica se despertó apenas podía moverse. Le dolía todo el cuerpo y su respiración era muy agitada. Lo primero que hizo fue intentar respirar con el inhalador. Otra noche de sueños raros.

Una vez su madre leyó en un libro que los niños que tienen sueños difíciles es porque tienen una mente muy activa y tarde o temprano se verá. Pero Árnica ya tenía 16 años y continuaba teniendo sueños muy inquietos. Volaba, luchaba, viajaba por otros lugares muy extraños. Recordaba casi todo lo que soñaba y no podía regresar al cuerpo siempre que quería.

Una vez soñó que hablaba con un demonio y otra que se perdía en una isla selvática y no encontraba la salida. Soñaba con monstruos, con cicatrices, deformaciones y con ciudades que se derrumbaban. Soñaba con olas gigantes, con edificios en llamas. No paraba de soñar.

Había noches que no soñaba nada, y esos días estaba tranquila. Se sentía relajada y pensaba que la vida así sería mucho mejor. Pero su cuerpo no paraba de dolerle y siempre tenía miedo de cosas que otros no veían. Por ejemplo, tenía miedo a que algo ocurriese de pronto, a que el suelo se moviese, a no poder escapar.

Eran tan nítidos sus sueños que durante mucho tiempo le costaba diferenciar cuándo estaba soñando y cuándo estaba despierta.



Una vez en el instituto se enamoró de un chico y le imaginó mil veces en sueños. Soñaba que caminaban juntos, hablaban. Soñó varias veces que él tenía un parto y ella era el bebé. ¡El chico de quien estaba enamorada le paría! Era muy extraño.

Otra vez soñó con un hombre mayor que la veía en sueños. Siempre la vigilaba y ella le tenía miedo, intentaba echarle de los sueños y le ponía trampas, pero él la veía claramente. Y además le sentía muy nítido.

Muchas veces soñaba con su abuelita. Ella murió cuando Árnica tenía tan sólo 5 años. Apenas la recordaba. Recordaba el olor de su casa, su falta de colores gastados, el mantel de la mesa y el olor. Olía a tarde, a merienda. No tenía miedo cuando soñaba con ella. La sentía hermosa y muy agradable. Ella le recomendaba cosas y le hablaba en los sueños.

Árnica no entendía por qué soñaba tanto ni por qué tantas veces despertaba con tanta agitación, hasta que un día leyó un libro sobre sueños y viajes mentales. El libro no contaba casi nada de lo que ella vivía, pero le ayudó a comprender que otras personas vivían lo mismo.

Ese libro contaba que lo que ella vivía eran proyecciones astrales. Su cuerpo astral viajaba mucho y tenía que aprender a controlarlo o a convivir con ello.

Lo mejor, decía el libro, era practicar la meditación y aprender a controlar la mente. Luego, algo también muy importante era aprender a reconocer el significado de



los sueños y sobretodo, comprender que los sueños son sólo sueños.

Así, un día Árnica se fue a la naturaleza a descansar. Estuvo toda la tarde con sus padres caminando por el campo y acabaron en una ladera donde se echó y comenzó a meditar. Rápidamente comenzó a ver las imágenes de los sueños y a reproducir en su mente muchas de las imágenes que no lograba recordar claramente cuando despertaba. Estaba asombrada. Era como si una película estuviese frente a ella, de los miles sueños que había tenido. Podía elegir qué sueño ver, recordaba cada instante y se veía a sí misma viajando de un sueño a otro.

Se veía volando por el espacio delante de ella y se veía de la mano de un gran ser de luz que la protegía y la acompañaba. Nunca había visto a aquel ser antes.

Árnica estuvo sintiendo y viviendo todos sus sueños un buen rato hasta que comprendió que todos los sueños eran trozos de ella misma que reconectaban con ideas, pensamientos, emociones antiguas y nuevas. Algunos viajaban más allá de ella misma, otros iban al espacio, a otras personas. Se perdían entre caminos de luz. Algunos sueños eran planos donde sólo había luz.

Así comprendió que los sueños sólo son parcelas de otros planos, realidades paralelas, opuestas, perdidas en el espacio infinito.

Se emocionó al comprender que el Universo era un conjunto de millones de fragmentos y la vida, esta vida,



sólo era un pequeño fragmento del todo. Se emocionó al comprender lo inmenso que puede ser el espacio y de tener una pequeña puerta que le conducía al todo espacial. Ya tenía prisa por investigar y conocer todos los lugares.

Entonces escuchó una voz dentro pero fuera a la vez. Una voz que resonaba en todo.

-No te preocupes. Viajarás hasta el espacio infinito. Allí encontrarás voces y significados ocultos. Hoy descubre cómo salir de las pesadillas. De los sueños que te entregan tanta intranquilidad. Siempre estamos para cuidarte.

-¿Quiénes?

Preguntaba Árnica hacia al espacio. Y el *quiénes* se multiplicaba en mil dentro del plano donde se hallaba, como si fuese la interposición de 100 planos continuos donde en todos, a la vez, se lanzase la misma pregunta. Un punto en el espacio donde sólo existía el reflejo de todo lo demás.

-Tus guardianes.

Árnica se levantó del campo tranquila. Con la mente limpia, libre. Sonriendo fue donde sus padres y sin decir nada se fueron.

La madre le hizo un gesto de gracia, sonriendo al ver a su hija tan alegre.



-Creo que vamos a venir al campo más a menudo, te ha sentado muy bien.

-Sí, mamá. ¡Podríamos venir aquí una vez a la semana! Me encantaría.

Los padres, sin entender pero felices, se dieron la mano y se acercaron juntos al coche.

Mientras se alejaban en el coche, ya anocheciendo, Árnica no paraba de pensar en todo lo que había vivido en un instante. Cómo cada momento puede contener todo lo que una persona puede vivir en una vida y en sus sueños a la vez.



Llega un ángel dorado y me habla:

*¿Dónde estás? Tu mente no está en el presente,
amado mío.*

Sí, estoy aquí, ¿por qué dices que no?

Estás pensando en todo lo que quizá será.

Bueno, sí, es cierto. Me gustaría tanto un cambio...

Ahora es mucho más hermoso que quizá.

Quizá ni siquiera está ocurriendo.

*¿Y qué puedo hacer para potenciar un cambio si
siempre vivo en el ahora?*

*¿Y cómo vas a cambiar nada si nunca vives en el
ahora?*

Medita un momento en esto:

*¿Dónde estás? Si siempre vives en la mente, no
tendrás fuerzas para lograr ningún cambio.*

*Si siempre estás en las emociones que te alejan de
ti, no habrá ningún foco de atención.*

*Si siempre estás en las heridas y el dolor, no hay
esperanza.*



*Vive el presente, que no se te escape: tendrás
cautela, inteligencia, creatividad y visión.*

*Vive el presente y vivirás en la aceptación y el
amor.*





Científica

En aquella ocasión Sandra hablaba para más de 300 personas. No las podía ver bien por la luz tan intensa de la cámara y había olvidado casi todo lo que tenía que decir. Solía hablar de simios, siempre hablaba de monos. Durante años había estudiado la evolución animal, las plantas, los animales. Daba conferencias en multitud de universidades sobre estudios de otros médicos y de sus propias averiguaciones, pero hacía tiempo que no encontraba sentido a todo lo que decía.

Cuando salía allí, frente a su público, empezaba a hablar y olvidaba de qué hablaba. La gente se quedaba escuchando, con paciencia escuchaban su discurso y ella preguntaba después:

-¿Qué tal fue? ¿Se entendió lo que tenía que explicar?

-No sabemos Sandra, estuviste fantástica como siempre, la gente viene por tu nombre pero todos quedan encantados con tu persona. ¿Qué importa si lo que dices es cierto o no? A todos gustas.

-Eso no me gusta, sabes que quiero que entiendan algo de este proceso, de este trabajo. Implica cambios, implica que la vida de la humanidad está sujeta a cambios internos. Es interesante si la gente, aunque fuese uno de cada 20, quisiera continuar estudiando esta línea.



Pero a veces dudaba tanto de que todo fuese real que no entendía. Ella, sólo una pequeña persona, ¿cómo podía saber lo grandioso del Universo?

De una partícula se podía crear todo. Y miraba sus manos, y miraba atenta los cultivos de células en su mesa de trabajo, y no entendía. De una partícula, de un átomo, es posible que todo haya surgido. Es demasiado asombroso para ser real. ¿Cómo funcionará?, ¿cómo se podrá crear?

En un momento de su vida le habían propuesto viajar al Himalaya. No le gustó mucho el viaje. Todo olía mal y la gente parecía muy sucia. Tuvo un miedo constante y no encontró sentido a toda esa belleza de Asia que otros conocen. Ella sólo fue, ascendió un poco por una montaña, llegando a un monasterio de fácil acceso. Allí puso las manos en oración y regresó a la ciudad. Pronto se sintió desconcertada.

Esas personas que allí vivían, durante miles de años habían creído en divinidades que nadie más creía, habían hablado de espíritus, de reencarnaciones, y no lo intentaban demostrar, sin embargo ella tan sólo llevaba investigando un hecho ridículo en el transcurso de unos pocos años e intentaba hablar de ello a todo el mundo. ¿Por qué? ¿Tal vez ella se creía más que aquellos hombres y mujeres que durante tantos años se sentaban en retiros a escuchar el tiempo pasar? Este pensamiento le daba escalofríos.



Allí, aquel día de la conferencia en la Universidad de Michigan, Illinois, apenas recordaba nada de aquel viaje a la cima del mundo, recordaba que antes de bajar de aquel monasterio sintió como si desde aquel lugar se pudiese ver todo. Desde allí sintió la grandeza de la Tierra por unos instantes. Se detuvo a contemplar, justo antes de bajar, y recordó a su padre atribuyendo a Dios todo lo que los hombres habían hecho, y comprendió que no había nada. Si existía un Dios, no tenía espacio entre tanta belleza, entre tanta espesura que desde allí se veía. Tenía miedo de que ningún Dios la estuviese vigilando y a la vez comprendía que si existía un Dios, no podía ser capaz de dirigir un mundo que él sólo se mantiene y se organiza. Sentía soledad al pensar que no había ningún Dios y a la vez no quería aceptar ninguna opinión que dijese lo contrario.

No importa si existe o no existe, yo sólo quiero saber cómo se forma el Universo. No lo puedo entender.

Las personas frente a ella estaban escuchando su discurso, y ella, como siempre, hablaba sobre simios. Contó esos 2 chistes que siempre contaba. Y continuaba hablando, pero pronto se agotó. No encontraba sentido a lo que hacía y comenzó a marearse. ¿De qué hablaba? ¿De lo que ocurrió hace millones de años? Entendió a aquellas personas que durante miles de años habían estudiado sobre la muerte, aquellos monjes que meditaban durante años en la conciencia sin encontrar respuesta, y ella, con tan sólo una carrera, en tan sólo unos años de su vida, ya se creía capaz de responder a todas las preguntas de la creación.



En ese instante, Sandra se mareaba. Bebió un poco de su vaso de agua y por un instante pidió ayuda: “Dios, háblame. No aguanto tanta hipocresía en mí. Dios, si estás, si es que estás, háblame”.

Unos segundos después, mientras continuaba con su discurso mecánicamente, mareada y perdida dentro de sus propias palabras, comenzó a escuchar:

-Estamos aquí, Sandra, te estamos escuchando.

Sandra se detuvo unos instantes, tragó saliva, se acercó a su mesa de presentación y bebió un poco de agua mientras pedía perdón. Había demasiado aire acondicionado, se decía. Estaba temblando. Había escuchado claramente una voz dentro de su cabeza. Pensó: “No puede ser, no puede ser, no te he escuchado”. Y continuó hablando.

Al instante lo vio. Frente a ella, sobre la gente, miles de seres luminosos la observaban hablar. Ellos no parecía que estuviesen interesados en su discurso. Los vio, estaban frente a ella, la estaban observando. Se preguntó qué harían allí y al instante obtuvo una respuesta sobre la que meditó durante años:

-Te miramos a ti.

Sintió que su vida era preciosa, era como un regalo, y ellos la admiraban por estar viva. Miles de seres de luz observando su pequeñez como algo inmensamentepreciado y grande.



Emocionada, sin mostrar ni una sola lágrima, continuó hablando mientras la imagen poco a poco se emborronaba. Se sentía con el corazón lleno de alegría. Por unos instantes había sentido la ternura y el amor más inmenso que jamás había podido imaginar. Había visto, había percibido muy claramente otra realidad, ellos estaban allí y tan sólo la estaban observando. Nada les importaba, nada hacían más que observarla. Sin embargo, ellos, eran lo más grande y maravilloso que jamás ella había podido soñar. ¿Eran ángeles? ¿Dioses? ¿Ellos serían los creadores de las manifestaciones? ¿Controlarían el mundo? Y si era así, ¿por qué la miraban? ¿Por qué estaban atentos a ella y no a cualquier otra persona que realmente tuviese una vida valiosa?

Durante tres años más leyó y estudió todo lo que pudo de parapsicología, estuvo con grandes terapeutas y sanadores de todas las ciudades que visitaba y a todos les preguntaba. Sus dudas empezaron a dar cabida a algo nuevo:

-Es posible que exista un Dios, es posible que exista un ser humano, pero lo más maravilloso es que todo coexiste a través de la conciencia. Y eso es lo único que desde nuestra vida podemos conocer y descubrir.

Cuando hablaba en público, comenzó a hacerlo de una forma nueva. Ya no le importaba lo que estaba diciendo, es más, ahora comprendía que todo lo que decía no tenía sentido. La humanidad, la evolución, todo había perdido su base al comprender que desde otros



niveles, desde otros planos, existía una evolución paralela y muchas veces superior a la nuestra. Ahora, tan sólo mostraba los hallazgos de la ciencia e invitaba a la propia reflexión. Y siempre entregaba esta duda a sus alumnos:

-¿Qué es la vida?

...

¿Un trozo de pan tiene vida? ¿Un pequeño espacio de aire? ¿Por qué creemos que sólo tiene vida lo que sabe comunicarse o lo que contiene células si hasta las piedras evolucionan? ¿No será cierto que todo tiene vida pero no lo sabemos ver?

Investigad sobre ello. ¿Qué es la vida? Y si es algo que no puedes controlar, aprovéchala para crecer, para cambiar. Es una oportunidad.

Sus discursos cambiaron el día en que Sandra descubrió a los ángeles observándola hablar.



Él me abrazaba, es todo lo que recuerdo del sueño.

Me miraba con amor y me abrazaba tiernamente.

Era un ángel, lo sé por la belleza de su ser.

*Y yo, ¿qué hice? Ni siquiera le agradecí su
presencia.*

Tengo tanto que cambiar en mí...

*Ojalá mañana venga de nuevo y me ayude, y me
responda mis dudas, y me sane las heridas.*

Anoche, un ángel bendito me visitó en el sueño.





Sombras del miedo

Luis sólo tenía 3 años. Sus padres discutían continuamente y solía tener muchos berrinches que no comprendían. Tenía miedo. Asustado miraba las paredes, el aire, las puertas, los espejos, los ascensores, los callejones más oscuros, el coche. Todo lo que le rodeaba le inspiraba temor y sus padres no lo entendían. Ellos no tenían tiempo de ocuparse de él. Desde que nació, incluso unos meses antes, muchas cosas cambiaron, ya no se entendían, se trataban mal y se insultaban constantemente, incluso se llegaban a insultar en público. Ellos no comprendían que su hijo estaba asustado por todo lo que ellos estaban viviendo.

A veces, hartos de escuchar lloros y gritos, le gritaban a él, le reñían por llorar, y Luis estaba más asustado todavía. Sus padres le utilizaban para discutir. Sentía que el padre se iría algún día, que su madre le odiaba, que el mundo no tenía espacio para él. Sentía que fuese donde fuese todo estaba mal. Alguien le seguía y entonces lloraba, no veía a nadie, una sombra, quizá, un escollo en su camino. Y se ponía a llorar. Como era tan pequeño no entendía por qué estaba asustado, pero él continuaba.

-¡Háblame! - Le gritaba la madre. - ¿Por qué lloras esta vez? ¿Qué te ocurre? Ya has merendado, no tienes frío, no ocurre nada, ¿por qué estás llorando?



-¡Deja de llorar de una vez! - Le gritaba el padre.

Ellos no entendían que su hijo estaba asustado.

Un día los padres decidieron separarse un tiempo y para arreglar unos papeles, durante dos semanas, dejaron a Luis en casa de su abuelita.

La abuelita de Luis llevaba mucho tiempo enferma, tenía párkinson. No estaba muy avanzado y ella sola se apañaba muy bien en la casa, con las tareas cotidianas. A veces su hijo pequeño le ayudaba con algunas cosas, otras se arreglaba sola aunque le costase. Cuando le dijeron que le traían a su nieto ella estaba encantada, sabía que era un niño muy replicón pero no le importaba, su nietito debía estar pasándolo mal con esos dos que discutían todo el día. Ella estaba triste de verles sufrir pero no podía hacer nada. Le arregló la habitación que había sido de su hija y le puso los juguetes que quedaban por la casa. Le pidió a su hijo pequeño que le comprase algo de comer diferente, esas comidas que gustan más a los niños, y estuvieron 2 semanas juntos.

Luis al principio se aburría. La abuelita salía de casa apenas 10 o 15 minutos al día para comprar el pan. Siempre estaba la tele puesta y ése era el único ruido que se escuchaba en la casa, ése y la abuelita hablando sola cuando estaba cocinando o haciendo algo.

Durante el día ella jugaba a las cartas y se hacía un solitario tras otro. A veces miraba la tele, otras se quedaba dormida. Miraba por la ventana y de vez en



cuando pasaba por las habitaciones para comprobar que las camas que nadie usaba estuviesen hechas. Barría la casa con mucho cuidado, limpiaba cosas que ya estaba limpias, y no hacía más.

Como estaba Luis, su tío, el hermano pequeño de su madre, venía cada día para comprobar que la abuela y él estuviesen bien. Jugaba a las cartas con la abuela, le traía algún juguete a veces al niño. Jugaba con él. El tercer día lo sacó a la calle comprendiendo que el niño no podía estar todo el día en la casa.

Cuando pasaron dos semanas aparecieron la madre y el padre de Luis a buscarle. Vamos hijo, ¿qué tal has estado?

-No me quiero ir, mamá.

-¿Ha llorado mucho?

-No ha llorado nada.

-¿Cómo? ¿Conmigo no paras de llorar y con la abuela no abres la boca? ¿Qué ha pasado? ¿Te ha dado muchas chuches la abuela para que te calles?

-El niño ha estado muy bien, hija mía. No soporta los ruidos fuertes. Se asusta cuando vamos a la calle muy temprano por las bocinas, así que empecé a ir a la calle cuando había menos coches. También le asusta estar solo, así que dejaba la lámpara de la mesilla encendida y así se tranquilizaba por la noche, le abría la ventana para que corriese el aire y no le gustaba, así que le abría la puerta y abría las ventanas del resto de la casa.



Luisito se lo ha pasado muy bien, pero este niño tiene mucho miedo, se lo tienes que quitar.

-Gracias, mamá, pero no me digas cómo he de criar a mi hijo.

-Yo no te digo nada, sólo lo que ha ocurrido. Tú verás lo que haces. Ven aquí Luisito, ven siempre que quieras a ver a esta vieja, ¿de acuerdo? Y no te preocupes más por tus padres. Eso no es asunto tuyo.

Ella sabía que Luis no le entendía que no se preocupase, sabía que los niños tan pequeños son completamente instintivos y si Luis tenía miedo, nada se podía hacer mientras sus padres tuviesen problemas. Si no que los problemas de los padres acrecentarían el miedo del niño.

Al cabo de unos meses, mientras los padres continuaban peleando en medio de una separación muy desagradable, Luis, aprendiendo a ir en bicicleta, se calló y se rompió el brazo derecho. Le escayolaron y el médico le dio un mes para recuperarse.

La madre se preocupó, un niño tan pequeño no debería romperse un hueso, no debería caerse mientras camina en bici. Además, la bici tenía ruedas de sujeción, era extraña la caída y el golpe que el niño se había dado, era exagerado.

Entonces comenzó a observar y en menos de 4 días lo entendió todo. No estaban prestando atención a Luis. Él había nacido y no tenía espacio en la casa. Todo estaba



revuelto de la tensión de ellos, todo estaba lleno de las cosas empaquetadas del padre, pero antes, tampoco había tenido su espacio. Además todo el tiempo estaba viviendo en amenazas de si no te callas no verás a la abuelita, o si no te callas, no veremos a papá esta tarde. Cuando el padre aparecía por las tardes, ellos discutían. “Llegas muy tarde, me toca cuidarle sola a mí. Se te olvida prestar atención a tu hijo...”. Siempre delante de él, todas las discusiones delante del niño. Y por último, Luis llevaba dos años llorando cada día. Cada día tenía una razón para llorar. Ya fuera que se caía, que algo le asustaba, o no le gustaba la comida, o tenía hambre, o estaba cansado. Algo le hacía llorar amargamente. Entonces la madre entendió lo que le dijo la abuela y comenzó a crear un entorno de seguridad para el niño.

Al principio fue su habitación, siempre ordenada, con sus cosas, donde sólo podían estar de buen humor. Después no permitía al padre discutir delante de él, y después de tres meses lo consiguieron, después el niño siempre sabía dónde iban a ir, a quién se encontrarían, cómo sería el día... Así se sentía más seguro. Por último le prometió al niño hacer un esfuerzo por sonreír más. Y el niño y ella jugaban a reírse a diario.

En unos meses Luis dejó de llorar. Las sombras del miedo se alejaron y poco a poco cogió mucha seguridad en sí mismo y en su alrededor.

Cuando estaba ya tranquilo en su casa, pasados varios meses de esto, en un día de invierno, su madre llegó a su cama y se acostó con él. Quería dormir cerca



suyo para calmar la culpa que tenía por haberle olvidado tanto tiempo. Él no la culpaba, era su mamá. Una vez que las sombras del miedo se habían ido, ya se podían sanar todas las heridas más rápidamente.



Yo te recuerdo al nacer, eras preciosa estrella.

Lloraste fuerte y tu madre te recibió con mucho cuidado. Tu padre no estaba allí. Tuviste un poco de miedo en la noche y todo se pasó cuando regresó el día, el calor, subió la marea y desde la habitación del hospital pudiste sentir el cambio en el mar.

Cuando tú naciste, no había tiempo, sólo sentir.

Yo te recuerdo cuando en tu vida anterior falleciste.

Estabas en una guerra, cargabas un rifle. Te dispararon y tenías miedo. Recuerdo que no querías despedirte de la vida sin saber a dónde ibas. Vino a buscarte tu padre y no le reconocías porque no estaba enfermo ni enojado.

Yo te recuerdo cuando sueñas y cuando despiertas.

Y yo te recuerdo, mucho más allá, en otras vidas que ni tú mismo recuerdas.

Cómo no te voy a amar.



Me llamas como si tuvieses que pedirme algo, no hay nada que haga falta que me pidas. Yo sólo quiero entregarte felicidad. Y en aquello que planeas, aquello que te sirve, yo estoy allí, aunque no me pidas nada, para ayudarte a ser más feliz.

Te recuerdo cada instante todo lo que has sido, y nunca lo he juzgado, siempre te he amado igual.





Loca

Despierta Sara y hace mucho frío. No recordaba todo el frío que hacía durante la noche, sólo sabía que se quedó dormida y su cuerpo tembló demasiado. Tiene miedo y se siente muy cansada. El sentir frío le absorbió mucha energía. Toda la noche con el cuerpo en tensión, pensando que se enfermaría, teniendo tanto miedo.

En la calle no había nadie y esa mañana aún era temprano. Debía apartarse rápido de donde estaba y no mirar. Pronto se despertarían los seres que deambulaban.

Muchos le habían dicho la loca, a veces incluso le habían intentado internar, pero pronto salía y volvía a ver lo mismo, volvía a sentirse dividida. Cogió sus cosas, las cargó en su carro de la compra y avanzó por las frías calles en la madrugada. Necesitaba llegar a un lugar más seguro donde no atravesasen los espíritus nocturnos para que no le robasen el alma.

Eso creía ella.

Cada día veía esas sombras deambular por las calles y sólo podía pensar que buscaban a personas. Ella creía de veras que se comían el corazón y los sesos de algunas personas y por eso esas personas se quedaban vacías, luego caminaban y hablaban como espíritus hambrientos porque no les quedaba corazón ni sesos, ya no podían pensar por sí mismos.



Cuando alguien le gritaba solía pensar que era un espíritu dentro de un cuerpo y cuando alguien le intentaba ayudar, a veces pensaba que eran ellos, los que buscaban corazones y sesos, que se escondían dentro de las personas para atrapar su alma.

-A mí no me cogerás: ivete! iPerra! iGolf! - Le decía a la gente con un gran escándalo. - ¡No te tengo miedo! ¡Sal de aquí! ¡Yo te veo y por eso vienes!

La gente se asustaba y se iba corriendo pero poco a poco en la ciudad empezaron a conocerla y ya no decían nada. Está loca, pensaban, y la dejaban deambular por las calles. Deberían meterla en un psiquiátrico, ella no quiere, ¿no ves que es una indigente?

-¿Y de qué vive?

Sara mendigaba en la calle y por las mañanas. Cuando según ella la gente no tenía seso porque los espíritus nocturnos se lo habían robado, así, autómatas del tiempo, le echaban más dinero. Luego a la tarde comía o se iba a algún parque, donde sabía que las sombras no podían acercarse fácilmente. Siempre lugares donde solían ir niños o había animales. Después, por la noche, buscaba algún escondite pero cada vez más tenía que irse en mitad de la noche. Buscaba un barrio o un lugar donde poder quedarse más tiempo pero no lo encontraba. El miedo paranoico le hacía salir de todos los lugares donde iba.

Un día un niño desde otro plano la empezó a hablar. Y era muy claro. Realmente no era un niño sino un espíritu



burlón, pero disfrazado de niño, se puso delante de ella y le decía:

-Yo sé que me ves, ¡porque estás loca! Todo lo que ves es mentira, además, nadie te cree. No tienes casa ni tienes nada y el mundo no te necesita. Si mueres esta noche, nadie se dará cuenta. Mañana, cuando pase el camión de la limpieza, te echará dentro como un saco de basura. No tienes fuerza para apartarme de aquí.

Y ella gritaba: ¡fuera, quita!, y lloraba amargamente. No tenía miedo, tenía terror. Y escuchaba tan nítidamente a la sombra que no podía hacer más que gritarle para que se fuese.

Llamaron a una ambulancia y fueron a por ella:

-¿Sara Lemdari? Nos han dicho los vecinos que está descentrada, vamos a darle un relajante y le vamos a llevar con nosotros. No puede continuar así.

Ella peleó con los hombres de la ambulancia y quedó muy relajada en la ambulancia. Apenas podía hablar. Sabía que era por el pinchazo pero no quería dormirse.

-No estaba haciendo nada, no hablaba con nadie. Dejadme irme.

-No le dejaremos ir hasta que no nos cuente qué hacía gritando. Vamos a llevarla a un centro.

Sara tenía miedo. Todos los servicios sociales la conocían. Decían que tenía paranoias y ataques de pánico, decían que tenía que medicarse y tenía que



intentar vivir en un centro internada, pero no había dinero, no había familia, ella no podía más que vivir en la calle. Si la veían la podían llevar a uno de esos centros, le medicaban unos días, perdía todas sus pertenencias, y una vez terminado todo la volvían a sacar a la calle, la dejaban de nuevo igual.

No quería sentir que su vida era tan horrible porque ellos estaban mejor. No estaba loca. Mucho tiempo atrás tuvo razones para vivir, pero todo se quedó en esfuerzos y mentiras. Ahora vivía, sobrevivía como podía. A veces tenía dinero para comer dos bocadillos, a veces tenía miedo, a veces no encontraba dónde dormir. No hablaba con nadie y no se sentía mal. Su vida avanzaba y ella sobrevivía.

En la ambulancia uno de los hombres le vio algo en la piel.

-Señora, le vamos a tener que llevar al hospital, tiene usted una marca que hay que analizar.

-Eso no es nada, es suciedad. Soy muy sucia, no me baño, déjeme ir.

-No señora, vamos a llevarla. Es posible que tenga algo grave. ¿No quiere que le curemos? ¿No quiere saber si tiene algo malo?

-No, no quiero.

-Da lo mismo, en este momento no está actuando razonadamente. Le llevaremos igual y una vez allí, tras las pruebas, decidirá qué hacer.



Al cabo de dos días en una cama de hospital se le acercó un médico y le dijo que tenía un cáncer terminal. Es posible que por su estado de salud y tanto tiempo viviendo en la calle, rápidamente crezca este cáncer y se extienda. No podemos extirparlo en este momento.

-¿Voy a morir? ¿Pronto?

-Puede que en dos meses más, señora.

...

-Déjeme, mi vida me pertenece y ninguno de ustedes me la quitará.

El médico salió de la sala sabiendo que la mujer tenía paranoias, atendiendo que acababa de darle una noticia mucho más dura de lo normal.

Al cabo de unas horas Sara intentaba levantarse y una enfermera fue corriendo hasta ella.

-No se le levante, señora. El médico dijo que tenía que quedarse tumbada.

-¿Por qué? Ya sé lo que tengo. Dejadme ir.

Después de mucho pelear vino el médico y le informó de que su estado se agravaría mucho en muy poco tiempo, necesitaba reposo y alimentase bien. Los dolores serían muy grandes y allí podría estar tranquila con relajantes.

-No quiero morir aquí, dejadme ir.



-Bien, haremos una cosa. He pedido permiso al hospital y le permitimos estar aquí hasta que llegue la hora de su partida. Estará cuidada y bien alimentada. Abrigada. - Resaltaba el médico, conociendo el frío que había pasado la mujer-. Usted puede salir si quiere hoy. Si quiere pasa una noche o varias en un albergue o en la calle. Cuando lo necesite regrese, pregunte por mí o por las enfermeras que le han atendido y ellas se encargarán de rellenar su ingreso. ¿De acuerdo? Este es un momento muy duro de su vida. ¿No tiene ningún familiar ni nadie a quien quiera avisar de lo que está ocurriendo?

Sara no respondió. Cuando el médico estaba saliendo de la sala ella le dijo que quería salir ese mismo día. Y le ayudaron a prepararse e irse.

Una enfermera le trajo una manta gris de rayas marrones de su casa rápidamente y lloraba emocionada. Las demás preparaban rápidamente la habitación para otro paciente.

Como era indigente tenía una habitación para ella sola. Además, no podían confiar en que no se pusiese a gritar a los demás pacientes.

Caminó un rato por la ciudad y frente al río, en un banco, se sentó.

-Espíritus - decía ella cuando estaba en la calle de nuevo. - Lo habéis conseguido. Me habéis comido por dentro, enfermo y muero pronto.



A la vez, gracias a la medicación, comprendía que estaba paranoica. No tenía fuerzas de llorar ni tenía ganas de avanzar.

En el mismo banco se quedó dormida y por la mañana pasaron unos hombres en una ambulancia.

Unos vecinos asustados les habían llamado. Una indigente durmió en un banco frente al río esta noche, hacía mucho frío y tan sólo tenía una manta. Éste no es un barrio donde duerman los indigentes.

La ambulancia llamó a la policía. La mujer había muerto.



*Presta atención, tu vida ahora mismo corre peligro.
Una mente codiciosa está creando tu futuro.
¿Quieres detener eso?*

*Está en tu mano... Hazlo, detén ese pensamiento
que no dice nada sabio.*





Aceptación

Sofí, estancada en su vida, no podía hacer más que sentir la amargura al pasar las horas de su día a día. Sofí vivía unida a una silla que caminaba por ella. Tenía el cuello dolorido la mayor parte del tiempo y apenas pasaba su vida mirando diferentes pantallas de ordenador o televisión o vídeo, así, entre pantallas, pasaban las horas y olvidaba todo lo que sufría.

Muchas veces le habían dicho que tenía que salir, hablar con otras personas. Y cogía el teléfono y hablaba con otros, pero siempre sentía dolor, siempre quería morir.

Un día una escoba se cayó de la cocina. Sofí escuchó el ruido y pensó por unos instantes que era un ladrón. Su instinto de protección le entregó tanto valor que rápidamente olvidó el dolor y olvidó el miedo y se lanzó a la cocina rápidamente en su ajustada silla. No había nadie allí. Sólo una ráfaga de aire frío que pasaba de la puerta del patio hacia dentro de la casa. Quedó un poco extrañada, no recordaba haber abierto la puerta del patio pero tampoco nadie podía entrar por allí, pues el patio estaba cerrado y quedaba suspendido entre varios portales; si acaso algún vecino, cosa que nunca harían. Sin recoger la escoba, siguió el aire que corría a través de la puerta y regresó al salón.

Allí no había nadie.



Volvió a subir el volumen de su televisor según revisaba antiguas cartas con antiguas facturas y las volvía a ordenar. En aquella casa siempre había algo que hacer, aunque todas las cosas eran ingenios de Sofí para matar el tiempo.

Según movía los papeles y escuchaba un partido de baloncesto de fondo, empezó a escuchar una voz tras ella.

-Levántate, Sofí.

Sofí comenzó a llorar amargamente. Pensó que era una voz de su subconsciente y la tristeza pudo con ella. Y volvió a escuchar:

-Levántate, ya es hora.

Sofí se dio la vuelta y apoyó sus manos sobre la silla, simulando que se iba a levantar.

-Mente, ¿crees que no lo he intentado veces? ¿Crees que puedes engañarme? Ésta es mi realidad, así he de aprender a vivir.

Rápidamente la fría ráfaga de aire se transformó en aire caliente. Y escuchó una voz muy diferente, mucho más cercana y cálida:

-Entonces, amada, ¿por qué no sales y disfrutas la vida? Ya conoces tu realidad, ahora acéptala y vive.

Sofí ya no lloraba, sintió un gran deseo de cambio, un gran deseo de liberarse del tormento de estar



encerrada. Había mucha oscuridad en aquel salón porque le gustaba tener las cortinas echadas. Tenía miedo a la luz o miedo a los vecinos, o miedo a las miradas de otros. No quería salir.

-¿Y a dónde voy, acaso conozco alguien? ¿Tengo amigos? ¿Tengo algún sitio donde pueda ir así?

Observa fuera y permite que el mundo te acoja. Eres parte de él. No puedes pasar tu vida encerrada observando una silla como una condena. Tú eres parte de esta realidad, vívela. Todo es parte de ti.

Ahora volvía a llorar Sofí, pero las lágrimas no eran tan amargas sino que sentía mucha ternura hacia sí misma.

-No sé si tengo valor de cambiar mi vida así. No sé si podré hacerlo.

-Prueba una vez, yo saldré contigo.

-¿Quién eres tú?

-Un ser de luz que te ama.



Los humanos son seres curiosos: piensan que si no hacen algo bien, no son amados por los ángeles ni por Dios.

Así piensan, continuamente, que no les aman, porque no hacen cosas bien.

Si supieran que no es cierto, les engañaron...

Pero los ángeles, nosotros siempre aceptamos por igual, ayudamos por igual. No vamos a diferenciar.





Reencuentro

En el coche, Alejandro siempre llevaba un montón de juguetes. Acostumbraba a mirarlos y mover algunos. Sobre la guantera, debajo de las sillas, siempre tenía pequeños juegos.

Decían que era como un niño.

Hacía tiempo que había tenido su última pareja, hacía como 2 años. Desde entonces él decía que nadie le había soportado su mal quehacer, pero realmente no había conocido a nadie y se sentía un poco solo.

-¿Dónde vas tú solo? -Le decían los amigos cuando salía con su viejo coche rojo y plateado.

-A ninguna parte.

-Tienes que tirar todos esos juguetes que guardas en tu bólide si quieres que una mujer te quiera.

A veces, en algún campo donde se detenía, miraba la puesta de sol, hablaba solo o lloraba.

En su vida ninguna mujer le había querido verdaderamente y hacía tan sólo dos años que lo descubrió. La primera mujer estuvo con él por el sueldo que ganaba. El día que dejó su trabajo, ella se fue. Cambió un trabajo de económico por un taxi viejo donde casi no se subían clientes. No quería jugar con la economía y la vida de las personas así, pero ella no lo



entendió, le gritaba, comenzó a amenazarle e incluso le agitaba de la ropa y dos veces le golpeó. Alejandro sintió tanta tristeza en aquella ocasión que no se atrevió a contarle a nadie que su mujer le obligó a trabajar, le chantajeó, le hundió en una gran miseria emocional. Sin embargo, al poco tiempo de romper encontró una mujer que estuvo con él casi 4 años, pero tampoco le quería. Ella tenía dos hijos pequeños y únicamente quería su protección. Todo el día estaban en la cama y siempre era muy amable, pero cuando él tenía un problema, ella no quería ayudarle, ni siquiera quería escucharle. Todo ocurrió cuando la madre de Alejandro murió, y su novia no se presentó, se excusó diciendo que no era buen momento para sus hijos, y Alejandro fue solo a ver a su madre en sus últimos días y estuvo con su familia 15 días solo.

-¿Dónde está tu novia, Alejandro? - Le preguntaba la gente.

-Ella no puede venir, está con los niños. - “¿Ni tampoco me llama?” Se preguntaba él.

Cuando regresó a la casa, ella no sintió ningún respeto por lo que acababa de vivir. Entonces Alejandro comprendió que aquella mujer no le quería sino que le utilizaba para tener más comodidad. Siempre que ella necesitaba su tiempo lo tenía, le ayudaba con el dinero, con la ropa, con los libros, le ayudaba siempre que podía, pero cuando él necesitaba ayuda, ella desaparecía. Era cariñosa pero no era sincera.



Alejandro lloró mucho cuando rompieron, la veía recoger sus cosas y echarle de la casa como si fuesen grandes amigos y no entendía lo que estaba haciendo. No se querían.

Durante dos meses, en su antiguo piso pequeño, lloraba pensando que no había sabido amarla, que había dejado pasar una relación mágica, que echaría de menos a aquellos niños toda su vida. Su antigua novia nunca lo trató tan bien, no era tan cariñosa, no era dulce hablando, y cuando más la necesitaba desaparecía. No es asunto mío lo que ocurra en tu familia, decía ella. Entonces, ¿por qué es asunto mío cada semana cuando tu madre sale de la residencia y la llevan a casa de tu hermano? ¿Por qué la tengo que transportar? Eso tampoco es asunto mío. ¿Y por qué es asunto mío cuando tu hermano estuvo mal y le tuve que llevar al hospital? Ahí también te ayudé.

-¿Acaso querías que estuviese allí todos los días dando el pésame a toda tu familia? Y los niños, ¿qué hubiesen hecho ellos?

-No, claro que no, pero podrías haberme llamado, haberme abrazado cuando regresé. Te daba igual.

-No me daba igual. Las madres mayores es normal que se vayan, tienes que aceptarlo. No necesitas superar ningún trauma, es parte de la vida.

-Tú no sabes lo que se pasa. Eres muy egoísta.

-No lo soy, siempre te doy todo lo que tengo.



-Mentirosa...

Así todos los días discutieron, hasta que a las pocas semanas Alejandro se fue de la casa. Y así Alejandro lo recordaba en su pequeño piso antiguo, todo lo que había perdido.

La última novia que tuvo duró tan sólo 2 años. Para él fue horrible. Ella bebía y gritaba a menudo. No sólo no le quería sino que lo utilizaba para desahogarse. Le insultaba y le criticaba constantemente. No le hacía caso. Sabía dar la vuelta a este papel y volverse la mujer más buena y la mayor víctima del mundo. Entonces todo le hacía daño, todo aquello que ella utilizaba para hacer sufrir a los demás, era su propia causa de sufrimiento. Alejandro estaba dolido con ella, por cómo le manipulaba y le trataba. Sin embargo no era capaz de ignorarla, y durante el primer año sólo pensaba en ayudarla, durante el segundo año, sólo pensaba que él era el miserable por estar con ella.

Cuando rompieron se sentía solo e inútil y pensaba que nunca encontraría una mujer. Que las relaciones eran negativas y siempre hacían daño y así pensó durante un tiempo, pero pronto comenzó a sentirse muy solo. La vida la había entregado grandes pruebas.

Quería conocer una chica buena, soltera, que tuviese hijos, él ya no tenía edad de tener niños y sentía mucha alegría con niños. Y quería estar con ella todo el tiempo que pudiese, y hablar con ella. Y quería compartir con ella su vida. Pero aquella mujer no aparecía. A veces



conocía a alguna chica, una era casada y sólo quería una aventura, otra era demasiado joven e inconsciente, otra gritaba... Y él se sentía cada vez más solo. Recordaba sus relaciones breves de la juventud y se imaginaba haciendo algo así el resto de su vida, le dolía pensar en su soledad.

-No tengo miedo de estar solo toda la vida, pero creo que puedo entregar algo bello a alguien. Soy respetuoso, amable... - Y se lo decía a las nubes pensando que ellas podrían ser su mujer. Y soñaba que dormía en los brazos de una mujer, a veces soñaba con ella.

Un día regresaba hacia su coche y la vio. Ella estaba con una toalla y se dirigía a un lago cercano. Había aparcado justo al lado de él. Su coche era azul, muy nuevo, y ella era tranquila. Apenas la vio supo que estaba enamorado y no le importaba si fuese o no fuese ella la mujer de su vida, sintió su mirada como un instante de amor precioso. Y fue directamente a hablarle, no podía dejar pasar esa oportunidad.

-¿Dónde vas, señorita? Ya es tarde para un baño.

-Esta es la mejor hora para bañarse, ¿ya se han ido los niños?

-¿Acaso no te gustan los niños?

-Sí, tengo uno muy grande en casa que dejé allí solo, prefiero que no haya niños para disfrutar de un baño tranquilo.



-¿Querrías que te acompañase?

-No parece que te hayas bañado, ¿no serás uno de esos curiosos que vienen a ver chicas semidesnudas al lago?

Ellos dos reían mientras hablaban y se notaba que ambos habían sentido algo nuevo.

-Claro que no, sólo voy a verte a ti.

Titubeó un momento y le dijo que adelante. Seguro de sí mismo fue a coger la toalla rápido al maletero de su coche.

-Espera, espera, no salgas sin mí. – Mientras, ella reía esperándole-. ¡No salgas sin mí!, ¡no salgas sin mí! Aquí estoy.

En una mano tenía una bermuda vieja y arrugada y en la otra la toalla.

-¿Cómo te llamas?

Ella no podía parar de reír y sus miradas se encontraban tiernamente.

-Viviana, ¿y tú?

-Alejandro, encantado de conocerte. -Y le daba la mano educadamente mientras ella sonreía todo el tiempo sin poder ocultar su alegría.

El tiempo nos entrega aquello que tenemos que vivir. Puede que sea más o menos hermoso, sólo tenemos que



confiar que aquello que es para nosotros, vendrá atraído por la luz de nuestro corazón.

Amor, escucha las hadas, ¿las oyes? Están riendo amorosamente.

No las escucho, pero ¿dónde? ¿Cómo puedes escuchar esas cosas?

A las hadas, a los ángeles, les gusta ser escuchados, por eso se muestran con tanta alegría y dulzura.

Y tú, ¿por qué tú los puedes escuchar?

Yo las puedo escuchar igual que tú, no hay diferencia. Pero yo ya creo en ellas, tú en cambio, esperas poder verlas o escucharlas para creer.

De verdad, creo en las hadas, ilas quiero ver!

Ellas en cambio se te muestran y dicen que no las puedes ver porque no crees. Dices que crees, pero tal vez es tu ilusión lo que te hace creer. De verdad, es maravilloso, sólo somos una pequeña parte del Universo, insignificante. Ni si quiera somos la parte más inteligente ni la que más espacio habita. Sólo somos una parte. Y tan diminuta, tan ingenua... Cuando comprendes eso, fácilmente les ves.



Una carta de amor prohibida

En las estrellas no se escriben cartas de amor, no se relatan historias, no es necesario, la mente es tan rápida, que en un instante tienes la información que necesitas. Sin embargo ésta es una ocasión especial.

Laura tenía 23 años y llevaba 10 años esperando a su príncipe azul. Ella sabía que existía ese hombre, lo había soñado tantas veces que no podía imaginar un día más sin él. Sin embargo, un día tras otro ese hombre perfecto no aparecía en su vida.

-Laura, deja de esperar. Decía él en uno de sus sueños.

-No puedo, ite amo! Te amo más que a mi vida.

-¿Pero tú no sabes que hasta que no me ames igual que a tu vida tal vez no podamos reconocernos?

-No importa, te esperaré cada segundo de mi vida.

Laura estaba tan triste porque aquel hombre no aparecía en su vida que empezó a olvidarse de sí misma. No se peinaba, no se bañaba, no se arreglaba.



Se quedaba encerrada en su casa lamentándose por tanto dolor que le producía la separación. Por tanto dolor de amar a alguien que no estaba con ella.

-Laura, despierta. - Le decía un ángel emocionado por la mañana.

-¡Dime! ¿Hoy será el día? ¿Vendrá hoy? ¿Le conoceré? ¿Cómo será?

Y el ángel se apartaba rápido al ver la fuerte ilusión en la que vivía su amada amiga Laura.

Un día, en un sueño, se le presentó su guía. Iba vestido de hombre, por lo que Laura lo confundió en un primer momento con su futuro amor. Y su guía le dijo:

.Laura, hace años que intentamos hablarte los ángeles pero no nos quieres escuchar.

-Sí quiero escucharos. ¿Por qué dices eso?

-Te hablamos pero nunca estás atenta, siempre estás pensando en el que vendrá.

-¿Y cuándo vendrá? Le espero tanto...

-Tu vida es más que eso, es más que una larga espera. Deja de esperar. Ahora es tiempo de otra cosa.

-¿Y si me equivoco, y si dejo de mirar hacia él y no le encuentro? ¿Y si me confundo? No quiero olvidarlo.

-Es momento de dejar ir. Ya aparecerá en su momento.



-Y si es así, ¿por qué lo sueño tanto? ¿Por qué lo veo en visiones?

-Tu alma, enamorada de la posibilidad, le busca en todos lados. No puedes seguir así, vive la realidad, y la realidad es otra.

-¿Quieres decir que no es él que se me presenta sino mi alma que le busca tanto? Entonces es muy posible que todo lo que sueño y veo no sea más que producto de mi mente ansiosa, ¿no es así?

-Claro, Laura, claro que es así.

-Entonces dejaré de hacerlo. Dejaré de buscarlo. Pero me siento tan sola...

-Tal vez, si esperas un tiempo, aparecerá alguien que se parezca un poco más a ti. No será él, sino que será alguien real. ¿Querías?

-Sí, claro que querría. Pero tanto tiempo amando una ilusión, no sé si sabré amar una realidad.

-Sabrás... Ahora, ¿querrás escucharnos? Son buenos los amores, son buenos a tu edad, pero es momento de que nos escuches, de que vivas otro momento. ¿Nos escucharás?

-Sí, claro que sí. A partir de ahora centraré mi mente en realidades, tanto de mi vida como del inconsciente. Pero ahora dudo. ¿Cómo saber si lo que veo y siento es real si es posible que ese ser que tanto vi y tanto soñé durante tantos años sea una ilusión, cómo distinguir?



-Distinguirás, aprenderás a diferenciar, confía en mí.

-Gracias amado ángel, ahora voy sintiendo la diferencia. Tú me centras, las ilusiones me sacan de mí.

-Enhorabuena. Éste es un paso importante en tu vida y en tu corazón.



La vida pasa.

*Yo nunca escuché palabras de ángeles, pero sé que
están ahí.*

Nunca los vi, ni los imagino siquiera.

*Pero mi madre, hace años que murió. Mírame, yo ya
soy muy vieja.*

Mi madre también lo fue.

Y la siento cada día mirándome.

Y cuando me vaya, sé que vendrá a por mí.

Yo no sé nada de ángeles.

*Pero mi madre fue tan bella,
que seguro que en el cielo es uno de los ángeles
más bellos que hay.*





Miedos ocultos

Todas las noches, Simón se hacía pis en la cama. Llevaba años intentando evitarlo pero tenía tanto miedo inconscientemente que no lograba controlarse. Tenía miedo de dormir, miedo de despertar y ver que no había controlado otro día más.

Un médico decía a su mamá que no se preocupase, que se le pasaría, pero así llevaban muchos años y Simón seguía igual.

Él recordaba algunos sueños. Se recordaba corriendo, agitado. Su mamá y su papá a veces le preguntaban si se sentía mal en la escuela, con ellos. Le pedían que dijese siempre la verdad. Pero él no entendía por qué tenía miedo, por qué si todo era tan tranquilo.

Unos años antes Simón se llamaba Sofía. Ella vivía en un pueblo muy oscuro, donde no había apenas luz; estaba el sol, sí, pero los corazones de las personas estaban cerrados y grises y todos vivían con mucho dolor. Un hombre muy rico construyó en aquel lugar una gran empresa, la mayor fábrica textil de todos los tiempos, y Simón, en el cuerpo y la vida de Sofía, trabajaba desde apenas los 6 años en aquella gigante fábrica textil. Recortaba, cosía, llevaba ropa de un lado a otro, siempre tenía frío en los pequeños pies descalzos. Y a veces, como no tenían dinero, sus papás le pedían que acompañase a algunos hombres para poder comer.



Sofía estaba acostumbrada al dolor, al frío, al miedo. Ella no entendía nada de la vida y ya parecía que lo había vivido todo.

Un hombre bueno quiso casarse con ella. Pidió a los padres matrimonio. La vio delicada, trabajadora. Él no sabía lo que a veces hacía con otros hombres, obligada, pero lo imaginaba porque en ese tiempo, todas las mujeres jóvenes y niñas hacían lo mismo.

A los padres les dio mucha pena dejarla en matrimonio porque sería una niña menos que trabajaría en casa y la veían tan joven... Pero no tuvieron más opción que entregarla y Sofía se casó con aquel hombre.

Él la cuidaba y la quería mucho y ella trabajaba muy duro en la fábrica. Ahora que era una mujer casada, también trabajaba en casa y le dolían los pies, las piernas, los brazos, la espalda, aunque tan sólo tenía 18 años.

Tuvo a su primer hijo recién casada y una noche comenzó a estornudar. Sus estornudos eran cada vez más fuertes y pronto se convirtieron en una ronca tos.

Vino un amigo de la familia del marido de Sofía a verla y dijo que estaba enferma, que moriría pronto.

-¿Qué tiene? ¿No se puede hacer nada?

-Tiene tuberculosis, nada se puede hacer. Está muy enferma y lleva mucho tiempo enferma.



-No puede ser, ayer estaba aún trabajando, tuvo una niña sana y yo la vi todos los días, está bien.

-No, trabajó con mucho dolor. Ella ya estaba enferma.

El marido se enfadó mucho con ella: se iba a morir y le dejaba solo con una hija que alimentar. Le dejaba solo con lo bien que la había tratado. Dijo que no la quería ver morir. La llevó a casa de sus padres y allí la dejó junto con su bebé.

-No la quiero, se va a morir.

-¿No la puedes cuidar hasta que se muera? Está demasiado enferma y ahora te corresponde cuidarla a ti.

-Yo no puedo, la devuelvo. Me engañasteis, me dijisteis que estaba sana y está enferma y pronto morirá.

Con mucho dolor el marido la devolvió y Sofía, de dolor, no pudo ni siquiera llorar.

En los dos siguientes meses apenas comía y sólo escuchaba el llanto de su bebé, al que nadie quería cuidar. Tenía frío casi todo el tiempo y sus hermanos estaban molestos con ella porque como estaba enferma no tenía que trabajar.

Un hermano suyo a veces lloraba por ella. Se iba a morir, tan joven.

-Hermana. ¿Cuando tú trabajabas cómo era la fábrica?

-Igual que ahora, trabajé mucho tiempo allí.



-¿Cuánto tiempo hermana?

-12 años sin descansar.

-¿Te vas a morir?

-Sí, mañana me moriré, o pasado mañana.

-¿Eres feliz cuando vas a morir?

-No, todo es igual. ¿Cuidarás de mi bebé?

-No puedo, hermana, soy un chico.

-Da igual, si tú no le cuidas, nadie le cuidará.

-Bien, lo haré por ti.

Así, al poquito tiempo, Sofía murió. Su hermano se puso muy triste e intentó cuidar de su bebé, pero el bebé, con el frío y los malos cuidados que recibió, también murió muy joven. Tan sólo siendo un niño. Decían que estaba enfermo como su madre, pero realmente no recibió alimento ni abrigo.

Sofía tenía tanta tristeza que despertó en otro cuerpo, en otra vida, con mucho dolor.

Cuando era tan sólo un bebé, Simón siempre tenía frío y pasaba hambre y quería más abrazos que ningún otro niño.

Su mamá le trataba con mucho amor y no entendía por qué siempre tenía miedo. Miedo a tantas cosas.



Por las noches soñaba que se despertaba en otra casa, hablaba otro idioma. Recordaba todo en las noches, era otra vida, pero era casi igual.

Un día despertó y no mojó la cama. Seguramente, en algún lugar del mundo, un bebé había reencarnado en otro cuerpo cálido y abrigado y el alma de Sofía estaba feliz de que su hijo por fin estuviera bien.



¿Cómo es un ángel?

En silencio, parece que respira energía amorosa.

Resuena a su lado una música celestial,

Y emana un olor a flores frescas.

Sus pies y sus manos son cálidos;

pero no se pueden tocar, sino sólo sentir;

*Sus alas son grandes líneas de luz conectadas con
el Universo eterno.*

*Sus ojos parecen que lo pueden ver todo a la vez, lo
que por un instante, se han detenido a observarte a
ti;*

Te habla desde todo su ser a la vez;

*Y no hace nada, sin dejar de actuar ni un solo
instante;*

*Siempre sientes que ya le conoces, desde hace ya
mucho tiempo;*



*Pero nunca te dicen cuándo te conocieron, ni
exactamente por qué están ahí.*

Ellos te hablan en un idioma del alma,

*En el que no hay palabras pero siempre entiendes
todo.*

*Parece que llegan en esferas de luz, que son ellos
mismos,*

*y adquieren la forma y el tamaño según aquello que
van a hacer.*

Nunca son los mismos.

*Excepto esos que siempre observan, esos que
siempre te acompañan.*

A veces están pero no están.

Y muchas otras veces observan sin mostrarse.

No tienen forma, ni color,

*ni hay lienzo sobre el que se pueda pintar tanta
belleza.*

Y su alma, es eterna luz de dicha.

Hay tanto amor en su presencia,

que a su lado olvidas todo lo que crees haber sido

y sólo eres;



y vuelas libre...

*Un instante sintiendo un ángel, es un instante de
serena eternidad.*





Humanos

Lidia escuchó un ángel detrás de ella. Miró y no vio nada.

-Sé que te escondes ahí, te he oído.

-¿Y cómo sueno, dulce Lidia?

-Igual que una gaviota observando el océano. No se siente en su silencio pero se percibe su mirada atenta.

-Hermosa, está bien, siempre estoy a tu lado.

-¿Y por qué no te puedo ver?

-No es el momento, sólo eso.

-Desearía tanto estar a tu lado, sentirte más a menudo, escucharte.

-Es el momento de vivir esta vida.

Lidia siempre hablaba con sus ángeles, pero también hablaba con sombras, con muertos, con demonios de todo tipo. Muchas veces los confundía y sentía grandes oleadas de amor, de calor, de claridad, y luego de miedo, tensión, ahogos... Siempre estaba rodeada de muchos seres que la confundían y le hablaban todos a la vez. Un día, cansada, dijo:

-Ya no quiero veros más conmigo – pensó. – No sé por qué he dicho eso si realmente no los veo.



-Tú nos debes ver, siempre venimos aquí para que nos veas y nos reconozcas, sólo que te da miedo saberlo. Pero nos ves, claramente. ¿Sabes en qué lugar de la habitación estoy?

-Sí, en la cabecera de mi cama. – dijo Lidia, sorprendida de sí misma. Pero aún no sé cómo lo he sabido.

-¿Y sabes dónde estoy yo? – preguntó otro ser.

-Tú estás dándome la espalda, observando hacia mis pies, sobre mi cuerpo. En una plataforma blanca.

-¿Y cómo lo sabes si tú misma dices que no nos puedes ver?

-¡No sé cómo lo sé! ¡No confío en vosotros!
¡Marchaos!

-Sabes que si nos vamos vendrán otros que tampoco te darán confianza, y luego otros.

-Quiero estar sola con mi ángel. Le amo tanto. ¿Dónde está mi ángel?

Lidia no comprendía nada, siempre se confundía, siempre hablaba sola, tenía miedo, se escondía...

-Ya no quiero prestaros más atención.- Dijo finalmente con muchas ganas de llorar. Y así, aguantándose el llanto, intentó quedarse dormida.

Cuando ya no pudo más, su cuerpo astral salió rápidamente hacia un viaje por las estrellas,



acompañada de su guía, siempre cogidos de las manos, mirándose con infinito amor mientras paseaban, cruzaron el espacio sin que Lidia se diese cuenta.

-Amor, ¿dónde estás? Tengo tanto miedo. No quiero escuchar ni ver más seres a mi alrededor. ¿Por qué están ahí?

-Amada, yo no soy tu guía, algún día nos encontraremos en la Tierra. Hoy te vengo a dar un mensaje de amor. Ellos hacen un trabajo, te preparan, algunos te intentan entretener o manipular, pero entre todos forman un entrenamiento, un equipo que te prepara para tu futuro.

-¿Y por qué yo?

-Eso no importa ahora. Lo importante es que no les tengas miedo. Cuando tienes miedo tu energía decae y pueden venir seres que no quieren ayudarte. Y si tienes más miedo, no podremos ayudarte porque no te dejarás.

-No te vayas, amor, siempre te necesito tanto... ¿Por qué dices que no eres mi ángel?, ¿quién eres?

-Eso no importa ahora. Hoy cometí un error, te ayudé más de lo que debía apartando de ti un ser al que no viste. Tú no pediste ayuda y por eso me tuve que ir. Hoy me despido de ti, y apúrate, cielo, pronto nos encontraremos en la Tierra, con otra memoria, con otro cuerpo.

-Te amo tanto, no te alejes de mí.



-Cometí un error. Pero estaré allí en su momento, ayudándote.

-No te alejes. Haz que esa sombra regrese, yo lucharé contra ella, pero no te vayas.

-Amada Lidia, no puedes luchar contra esa sombra, se parece demasiado a mí y te confunde. Sólo guíate por tu instinto y tu mente limpia de miedo, guíate por todo lo que sientas y no escuches a aquellos seres que te quieran idolatrar o llamar la atención, ellos no son yo. Te amo.

-Dime, ¿cómo te busco? ¿Cómo sé que te encontraré?

-Yo te encontraré a ti. Te he buscado tanto...

-Gracias- decía Lidia según descendía a su cuerpo y despertaba. Allí mismo, en su habitación, una multitud de seres parecía que recogía sus cosas y se movían de un lado a otro, muy deprisa. Se sentía tensión. Su cuerpo estaba abierto, así lo sentía, como si le hubiesen hecho una operación quirúrgica y la hubiesen dejado a la mitad. Pero cuando se miró, allí no había nada, su cuerpo físico se veía intacto, pero ella podía jurar que le habían operado mientras dormía y le habían abierto las tripas y el corazón dejándole el cuerpo etérico abierto de par en par.

Tenía miedo. Sobre ella sentía una sombra fría, gris, mirándola.



Tenía muchas ganas de llorar por la despedida que había vivido y no entendía lo que había ocurrido. De pronto pensó:

-Si ese ángel que tanto me ama me llama, ¿le podré escuchar?- Tenía frío de pensar que no, que no le escucharía.

-¿Y si yo le llamo? ¿Él no podrá venir? Y ahora, ¿por qué están estos seres aquí? Él se fue por ellos. Debí hacer algo muy mal porque se fue. He debido hacer algo muy mal.

De pronto notó como si un ángel le sacase de su cuerpo por encima de la habitación. Claramente vio a esos seres entre sus cosas, en su cama, sobre ella. Manipulando, abriendo su cuerpo, trabajando, moviéndose. No le gustaron. Sobre ella, quien la recogía, era un ángel precioso. Y sintió tanto amor y respeto que no podía parar de llorar.

-Ángel mío. No te vayas, no es cierto, ¿verdad? No te vayas.

-No te preocupes, vendrán a cuidar de ti. Yo tengo que ir. Pero estaré contigo, desde aquí, siempre a tu lado acompañándote. No entraré más en tu campo hasta que no sanes algo que tienes que sanar.

-Dime, ¿qué hice mal para echarte de mi lado? Eres lo que yo más amo.

-No hiciste nada mal. Tú no. Te engañaron. Ellos crearon un ser que se parecía mucho a mí y nos



confundiste. Por eso me tengo que marchar. Pero seguiré amándote desde donde estoy, cuidándote. Tu guía te protegerá igual que yo lo hice y volveremos a estar juntos, mucho más cerca. Ahora regresa y cuídate. Ellos querrán engañarte otra vez.

-Perdóname- Era lo único que lograba decir Lidia sintiéndose tan triste y culpable.

Así le sintió observándola desde otro lugar, desde otro cuerpo de luz, apartado de ella. Tenía tanto miedo de que él se fuese... ¿Quién estaría ahora a su lado? Ya no tenía vuelta atrás, había dicho. Ya no se podía hacer nada.

Durante varios días Lidia estuvo tan triste que no intentó apartar a aquellos seres que la manipulaban y jugaban con ella. Se sentía enredada en cables y por las noches le dolía el cuerpo, pero mucho más, le dolía el alma dividida.

Pasaron 5 años y Lidia paseaba por un parque, sintió una ráfaga de luz tras de ella. Ya no tenía miedo. Ya no recordaba que su amado ángel un día se apartó de su lado. Y él reía detrás de ella para recordar sus juegos, pero ella ya no podía recordar. Había sufrido mucho sintiéndose dividida.

-Vete ángel, no quiero escucharte. - Dijo ella a la ráfaga de luz que tras ella reía. - No sé quién eres. Si quieres dar un mensaje yo no soy la persona adecuada.



El ángel no dijo nada. Se apartó de nuevo e intentó no mostrar al cielo que había intentado acercarse a ella antes del tiempo acordado.

Más tarde, un día Lidia miraba las estrellas y de pronto sintió en el cielo un ángel que la observaba. Pensó: ¿Me conocerá? Seguro que muchos ángeles me conocen. ¿Quién será? Siento tanto amor... Seguro que es un hermano del cielo. Somos tantos hermanos...

Pasaron así más años, y un día, 15 años después de aquel viaje a las estrellas, 15 años después de aquella despedida, Lidia paseaba por la calle y notó la mirada de un hombre. Ella siempre se había sentido sola pero ya no buscaba, ya no esperaba encontrar a nadie. Tras aquella despedida perdió la ilusión por un encuentro de amor, y sin darse cuenta no relacionó lo que había ocurrido. Él la miraba intensamente y se acercó a ella. Hablaron.

Pronto, el mismo día, le acariciaba el rostro y le decía lo bella que era. Y juntos paseaban bajo las estrellas cogidos de las manos. De pronto se giró y la miró a los ojos:

-¿Sabes, preciosa estrella? Siento que mi alma ha estado cuidando de ti y observándote toda la vida. ¿Crees que puede ser posible? Cuando te miro siento que siempre lo he estado haciendo, así, como ahora mismo, cogidos de la mano. ¿Qué nos ha podido entretener y separar tanto tiempo?



-No sé, ¿sabes que yo siento lo mismo? Siento que siempre anduve detrás de ti, cuidándote, observándote. Pero no recuerdo qué pudo pasar que nos separase. Imagino que el tiempo nos lo mostrará.

Y se besaban tiernamente como amantes de las estrellas en un cuerpo de humanos.



Mamá, ¿existen los ángeles? ¿Cómo son?

Son como tú y como yo, con alas grandes y blancas.

¿Vuelan?

Ellos pueden hacer lo que quieran.

¿Entonces vuelan?

*Más que eso, aparecen y desaparecen, cruzan
paredes y pueden hacer milagros.*

*¿Y pueden hacer que los niños del cole no me
insulten más?*

Sí hija, eso lo pueden hacer los ángeles.

*Diles, mamá, diles que no quiero que los niños me
insulten, que me portaré bien, ¿qué tengo que
hacer para que me escuchen?*

*Algunos dicen que ellos siempre nos están
escuchando.*



Pero siempre que regreso al cole los niños se vuelven a meter conmigo, ¿por qué me pasa eso, mamá?

Tal vez es algo que debes aprender.

Yo no quiero que a los otros niños les suceda nada malo, pero no es justo que se metan siempre conmigo, ¿por qué lo hacen?

Habla con tu ángel, amor, antes de dormir, pregúntale, y verás, mientras duermas, él se presentará y te responderá lo que le preguntes. Y mañana, o pasado mañana, te llegará la respuesta que necesitas.

Entonces, así lo haré. Quiero tanto que los niños me perdonen y sean mis amigos

...

Pasados los días Claudia se sentía sola en el patio y se le acercó un niño, era de la otra clase.

Hola, ¿puedo sentarme aquí contigo?

Sí, claro. ¿Por qué no juegas con los otros niños?

Ellos no me dejan jugar, dicen que soy raro.

También dicen que yo soy rara, es extraño, pero para mí los raros son ellos.



Sí, jajajaja, siempre hacen las mismas cosas, visten todos igual.

Y son unos aburridos.

¿A ti también te insultan?

A veces...

Podemos jugar aquí si quieres, en este lado del patio. Así no se meterán con nosotros más.

¡De acuerdo! Aquí nos veremos todos los días.





La niña de las estrellas

Vera era tan pequeña que muchos la confundían con una niña diminuta, pero realmente su tamaño era proporcional al de su familia. Ya crecería, o eso decían todos cuando la veían, pero muchos se asustaban. Parecía que tuviese 3 años menos de su edad y sonreía como una auténtica sabia.

-Vera, escúchame, ¿me estás escuchando?

-Mamá, llevo toda la vida escuchándote y aún no dices nada. Háblame y entonces te prestaré atención.

-¿Pero qué clase de frases son esas para una niña tan pequeña como tú?

-Recuerda que no soy una niña, ya tengo 6 años. Siempre me tratas como una diminuta pero voy a crecer, algún día creceré.

-No me saltes con tonterías. Escúchame. Quiero que me prestes atención. Voy a ir a la tienda...

-Espera que te interrumpa, mamá, ¿tal vez tu insistencia en querer que te escuche sea porque tú eres una persona incapaz de escuchar a los demás?

-¿No te he dicho que no me interrumpas? Sólo déjame decirte...



Vera siempre contestaba así a la madre, y mientras la madre la trataba de replicona, no comprendía cómo su hija siempre utilizaba locuciones de adulta, siempre decía afirmaciones muy extrañas para un niño de su edad, no entendía la inteligencia de esa niña. Sin embargo, a veces le decía:

-Mamá, siento que yo no soy de este planeta. No me gusta el sol, es demasiado pequeño, y tampoco me gusta la gente, son muy egoístas. Yo quiero aprender a volar y vivir sobre una montaña sin árboles, donde se vea un sol tan grande como una casa.

-Hija, deja de decir tonterías.

-Ay mamá, yo pienso que no nací aquí, me trajisteis cuando nací volando.

-Jajajajaja, ojalá, dirás. Pues naciste aquí, fue el parto más largo de todo el hospital, con más dolor; además, todos recuerdan el momento exacto en que naciste porque nadie gritó más fuerte que tú, de todos los bebés, eras el que más alto lloraba. Se te escuchaba desde las estrellas.

-¡A lo mejor llamaba a mi verdadera familia porque una extraña me acababa de secuestrar el alma!

-Hija, no digas tonterías.

-No las digo – pensaba en sus adentros, y decía. – Sólo quiero saber por qué no me siento de aquí.



-Muchas veces nos ocurre eso, Vera. Muchas veces queremos algo que no está aquí. Existe un cielo maravilloso y todos venimos de él, hombres y mujeres por igual.

-No me vengas con esa ilusión del cielo. Todos los católicos no sois más que unos hipócritas.

-Hija, ¿cómo dices eso?

-Si realmente queréis tanto a ese Jesús, ¿por qué siempre lo pintáis llorando? Yo te quiero y te quiero mucho más cuando estás alegre. Lo único que hacéis es alegraros y celebrar su muerte una y otra vez.

-Cada día saltas con unas cosas mejores. Jajajaja. Menos mal que este año en el colegio empiezas a dar religión con una profesora nueva que sabrá contarte mejor la historia de Jesús, así la entenderás mejor. Y tú, ¿porqué me has salido tan lista, si tan solo tienes 6 años? Vete a jugar con tus muñecas.

-Sí, mamá... Te dejaré tranquila tomando tu café y yendo a la tienda a hablar de cotilleos con las vecinas...

-Será impertinente...

Vera era una niña especial. Tenía el cuarto lleno de muñecas y le gustaba colocarlas en el aire, le gustaba pensar que podían volar las personas, que hablaban mentalmente y decían cosas como:



-Mmmm dirigido mmmmm comprendido mmmmmm
está todo claro mmmm amor celeste mmmmmm galaxia
mmmmmm solución.

Nadie entendía lo que hablaba, sino que pensaban que la niña estaba loca o jugaba a imitar lo que veía en algún programa de televisión.

Pero sus dibujos también eran muy extraños. Casi siempre eran cubículos, líneas rectas, espirales, formas geométricas raras que intentaba dibujar en 5D; pero claro, sus papeles y lápices apenas podían mostrar un dibujo en 3D, mucho menos en dimensiones desconocidas espacialmente para la mente humana.

Y Vera se reía cuando no le salía algo. No se preocupaba, no se angustiaba, simplemente se reía de sí misma y de la equivocación.

Una vez iba corriendo en el patio, con los brazos estirados, cerró los ojos para sentir el aire en su rostro y chocó contra un niño de su edad, aunque aparentaba mucho menos. Los dos cayeron al suelo. Ella se levantó, se sacudió el vestido y el niño se quedó en el suelo y se iba a poner a llorar. Vera lo estaba mirando extrañada, ¿por qué lloraba? Él no se había hecho daño, él no quería la atención de Vera. Entonces lo entendió, nada más ponerse a llorar la maestra se acercó y le cogió en brazos, entendió que en esta Tierra, la compasión nada cuando una persona sufre, ¡qué extraño! Pensó ella. Sería mucho más fácil si realmente quería una abrazo que se hubiese acercado a la maestra, pero no, había



esperado hasta que una niña accidentalmente chocase contra él y le tirase al suelo. Entonces pensó, ¿estaría haciendo ella lo mismo sin darse cuenta?

Cada vez que cometía un error se fijaba en su manera de actuar.

A veces comprobó cómo le daba vergüenza haberse equivocado. A veces se daba cuenta cómo se reía y seguía jugando. Y ella se observaba. Su mente era cada vez más rápida y ágil pero había muchas cosas que no podía entender.

El padre de Vera no era un hombre cariñoso. Simplemente era un padre de familia. Tenía en el rostro una expresión de frustración constante y sólo sonreía cuando Vera, después de muchos intentos, saltaba a su lado y hacía “monerías”, como él decía. Él no quería a los niños, decía que le gustaban pero realmente sólo le gustaba el fracaso. Le encantaba sentir cómo las cosas podían salir mal y por eso, según Vera, miraba tanto las noticias, los periódicos, la televisión o los deportes, y ella le decía:

-Papá, si sabes que sólo uno de los partidos ganará la copa, entonces estás viendo una competición donde muchos hombres pierden, muchos más hombres de los que ganan pierden. ¿Por qué te gusta ver perder a la gente?

-Tú no entiendes nada, hija. En la vida sólo hay un ganador de muchos. Cuéntame, ¿cuántos en la clase



sacáis un 10? ¿Cuántos son los preferidos de la maestra? Siempre es uno el que gana.

-Pero eso es injusto. Sería mucho mejor, si te gusta ver esas cosas, un partido donde ganen todos o la mitad, ¿por qué uno?

-¿Qué gracia tendría ganar si todos ganan? Ninguna. Además, ¿alguna vez has ganado algo? Si hubieses ganado algo lo entenderías.

-Papá, ¿pero no es verdad que realmente tú tampoco has ganado nada? No es bonito apreciar tanto a los que te han derrotado y detestar a los que han fracasado como tú.

-¡Pero qué dices! ¡Claro que he ganado mucho! Tengo mi mujer, te tengo a ti, una niña replicona y sabelotodo, tengo esta casa...

-No, papá, todo esto son ilusiones, tú no nos tienes. Cualquier día puede ser que no estemos aquí.

-¿Por qué dices eso? ¿Acaso tienes miedo de que me vaya?

-No, papá, solo digo lo que sé. Y todo lo que crees tener no son trofeos, es parte de la vida, ni siquiera es tuyo.

-No se puede hablar contigo, siempre crees que lo sabes todo. ¡Escucha con lo que me salta ahora la niña! ¡Dice que si no sería mejor una liga donde todos los equipos ganasen! Jajajaja ¿No sería mejor así? ¡No



habría derrotados! Dice. Yo sería el mejor jugador de Rugby de la historia. Siempre saltando con cosas así esta niña. – Decía el padre de Vera a su madre, riendo de las salidas de su hija y sin entenderlas en absoluto.

-Papá - le dijo una vez-. Tú no eres mi padre siempre, sólo por una vez, así que pórtate bien.

El padre se quedó en silencio, no dijo nada, no era capaz tampoco de entenderlo.

Luego, otro día, le dijo a su madre:

-Mamá, si tu vivieses en las estrellas serías realmente feliz, no estarías tan disgustada con todo y con todos. En otros lugares seguro que se vive mucho mejor.

-Pero hija, no hay otros lugares, éste es el único lugar para vivir.

-¡Venga, mamá! ¡No será verdad que crees eso! Jajajajaja – reía la niña de pensar que su madre sólo creía en la vida en la Tierra; y luego ella, cada día, miraba las estrellas esperando encontrar algo que se moviese, un platillo volador, una señal en el cielo.

-¿Creerán que me fugué de casa? ¿Por qué no vienen a por mí?

Un día Vera, al salir de la clase, se encontró con una mujer muy extraña en la puerta del cole. Ella iba a buscar a un niño de la clase de niños especiales. Su hijo no hablaba pero escuchaba perfectamente y sabía hacer todas las cosas. Estaba en una clase de niños que iban



más retrasados pero realmente él no iba retrasado sino que lo hacían para facilitar su educación. Iba a psicólogos pero la madre no creía en ellos, siempre pensaba que si no hablaba era porque no lo necesitaba. Cuando Vera vio aquella mujer, en sus ojos sintió comprensión. Esa madre sabía que su hijo era especial y le amaba y le hablaba igual. Le entendía.

Se quedó quieta observando cómo esperaba al niño y cómo se abrazaban. Su madre a su lado le daba la mano extrañada de ver a su hija tan quieta, sólo observando. Al final se acercó a la madre con la niña y le dijo:

-¿Conoce mi hija a su hijo? Nunca les vi jugando juntos.

-Creo que no, ellos van a clases diferentes.

-Hola niño, ¿cómo te llamas?

-No habla, mamá – dijo Vera a su madre.

-Oh, lo siento. No lo sabía.

-No ocurre nada, señora. Está todo bien.

Vera cogió de la mano al niño y le miró con cariño.

-¿Le gustaría venir un día a mi casa con su hijo? Parece que se llevarán bien y a mi hija le gustaría. Ella es un poco diferente, no tiene muchos amigos.

-¡Mamá! ¡Que te escucho!



-Sí. No se preocupe, que ya cambiará, a nosotros nos ocurre igual. Matías no habla pero tiene un gran coeficiente intelectual y nadie se explica por qué no quiere hablar. Podemos ir una tarde y merendamos los 4 juntos.

-Perfecto, ¿mañana sábado le parece bien?

-Sí. Allí estaremos.

Vera se fue muy feliz del cole sabiendo que aquel niño la iría a ver, incluso ordenó sus juguetes y su habitación y preguntó insistentemente a su madre cuándo vendrían y todos los detalles. Al final, cuando llamaron a la puerta, Vera estaba muy emocionada. Fue corriendo a recibirles, cogió a Matías de la mano y le llevó a su habitación a todo correr a jugar.

-¡No molestéis, aquí solo podemos estar niños! - Gritó Vera mientras cerraba la puerta.

-¿Estarán bien? Preguntó la madre de Matías.

-Claro que sí, no se preocupe. Estarán jugando a algún juego. Ya le digo que abra la puerta para que les escuchemos. ¡Vera cariño, tienes que dejar la puerta abierta, así os podemos escuchar!

-Controladores... - dijo Vera enfadada, con aires de adulta.

Vera enseñó a Matías todos sus juguetes. Al igual que ella, él jugaba con cosas que volaban, pero prefería imaginar a los coches volando o los aviones. Juntos, en



silencio, se lo pasaron muy bien. Matías hacía algunos ruidos de aviones sin que su madre se diese cuenta. Vera a veces gritaba alguna frase dentro de su juego. E imaginaban que sus respectivos juguetes volaban por los aires.

Cuando se fueron, Matías le dijo a su madre:

-Mamá, me lo he pasado muy bien, ¿podemos volver otro día?

La madre de Matías se puso a llorar al sentir que su hijo por fin había querido hablar.

-Claro que sí hijo, vendremos aquí cuantas veces quieras.

Por la noche llamó la madre de Matías a la madre de Vera y le contó lo que había ocurrido.

Juntos jugaban mucho y aunque al principio Matías no hablaba mucho, al final acabó hablando igual que Vera. Ellos se parecían mucho y compartían casi todo lo que pensaban e imaginaban.



No tengas miedo, luz de mi alma, el miedo no existe.

Yo te hablo desde siempre, te hablo por este único canal, el canal del alma.

Si quieres escucharme, sólo has de reír, olvidar las tragedias y recuperar la fe.

¿Y si no tengo fe? ¿Y si me he caído y no creo en nada?

Entonces yo te escucharé a ti, y más fuerte que nunca te hablaré. Y será tu labor hacer un esfuerzo por escuchar la voz de tu alma, que siempre cree.

A veces estoy cansado, ángel, a veces no tengo más fuerzas.

No importa, descansa esas veces, permítete descansar.



Pero cada día deja un espacio para abrir una puerta, una ventana en tu alma, desde donde me escuches, porque yo soy tu guía, y te doy los mensajes de Dios a tu corazón. Necesitas escucharlos con fe para avanzar sin detenerte más.

¿Y si no soy capaz de escucharlos?

No hace falta entender cada palabra, son mensajes que llegan a tu ser, siempre los estás escuchando. Es importante que prestes atención a lo que significan.

No te rías de mí, ¿cómo voy a entender lo que significan los mensajes si ni siquiera puedo escucharlos?

Porque tu alma, constantemente, los escucha. Es tu mente que se cierra a quererlos entender. Yo estoy siempre ahí, hablando por igual. Tú estás siempre ahí, escuchando por igual. Ahora, tu mente, tu ego, esa no te deja entender lo que tu alma quiere ver.

No te juzgues, ámate, libérate del miedo, y entonces me escucharás con claridad.

La voz de tu alma, que siempre resuene fuerte en tu vida, y cuando el camino se tuerza, cuando esté oscuro, cuando te sientas perdido en medio de la lucha diaria, que esa voz te guíe y te recuerde con fuerza quién eres.



*Y si observas, siempre te hablará igual, por igual,
siempre desde el mismo lugar. Es una voz de amor
y hermandad.*

*La voz que te guía hacia el corazón de todo, hacia
tu propia divinidad.*





Entre nosotros

¿Y si es cierto? ¿Y si venimos todos de otros planetas? Roberto siempre se preguntaba cosas así. ¿Dónde está el origen del ser?

Leía libros de espiritualidad, de misticismo, de ovnis, siempre leía curioseando y comprendía que nadie sabía nada de forma concreta. Había cientos de pruebas de asentamientos en la Tierra de extraterrestres a lo largo de la historia, y él pensaba:

Si miramos la historia, ningún momento hubo en que no había una cultura con extraterrestres involucrados en su crecimiento. Todo tipo de extraterrestres con todas las diferentes características. Hay pruebas de ello. Sin embargo parece que en esta época no hay ninguna civilización ni cultura con extraterrestres colaborando en su crecimiento, ¿no es extraño? ¿Y si alguna hay y no lo sabemos? ¿Y si se han vuelto más sofisticados?

Pensaba que podían establecer contacto con algunos gobiernos o que podrían estar dentro de culturas como en Nueva Zelanda, o tal vez incluso en Australia. No entendía por qué sentía tan fuerte esta impresión.

Si siempre han estado en la Tierra, si siempre, en toda la historia, hubo pobladores de otros lugares con nosotros, es obvio que todavía están aquí. Pero, ¿cómo serán? ¿Dónde estarán? ¿Nos estarán ocultando esta información?



Una vez fue a una conferencia de una señorita de Missouri que hablaba de ángeles.

Al finalizar la conferencia se acercó a ella y le estuvo preguntando. Durante la conferencia había sentido una gran tranquilidad, la presencia de aquella mujer le inspiraba una gran ternura y estaba muy emocionado.

-No se preocupe, es normal. Es la conexión con los ángeles.

-No sé, siento que es algo más. ¿De dónde dice que viene usted? ¿Cómo llegó a tener estos conocimientos sobre ángeles? ¿Son lo mismo los ángeles que los extraterrestres?

-Calma, calma... - sonreía la mujer - Tiene usted muchas preguntas. Sólo tranquilícese. Sólo le contestaré a una pregunta de las que me ha hecho. Sí, los ángeles y los extraterrestres son lo mismo. Muchas veces se presentan juntos. Incluso estoy empezando a comprender que todos venimos de las estrellas y ellos nos enseñan nuestro verdadero origen. Pero me dicen que usted algún día lo entenderá.

-¿Cómo lo voy a entender? ¿Me darán alguna señal? ¿Algún sueño? Yo no tengo la capacidad que usted tiene para hablar con ellos.

-No se preocupe, todo a su tiempo - La joven no paraba de sonreír y Roberto empezaba a creer que no la tomaba en serio.



-No quiero molestarle, ¿pero vendría a tomar un café conmigo? Lo último que querría sería robarle tiempo, sólo quiero compartir con usted sobre mi búsqueda.

-Tengo ahora un rato libre, vayamos.

En la cafetería de enfrente de la sala de la conferencia aquella vidente canalizadora se sentó en la silla frente a Roberto, a su lado una traductora que la acompaña. Mientras en la sala recogían las sillas y los equipos de sonido 4 acompañantes más. Ella no tenía tantas ganas de tomar un café con Roberto como de descansar de la sala y de la gente. Pidió un té y escuchó con paciencia a Roberto. Simplemente quería estar allí. Le miraba y según le miraba Roberto sentía como se le rompían todas las cadenas que le bloqueaban en la vida, su mirada y su presencia se sentían sanadoras.

-No me mire así, sólo soy un hombre corriente, no tengo nada especial.

Ella reía y parecía que entendía todo lo que estaba diciendo pero realmente le costaba mucho hablar español y la traductora ya estaba cansada de todo el día. Simplemente entendió que aquel hombre llevaba años estudiando el tema ovni y aún no tenía nada claro. Se sorprendía de lo importante que era para algunas personas los temas desconocidos, pensaba si no sería mucho más fácil que todos se centrasen en cosas más comunes. Y tampoco entendió la importancia para Roberto de aquella búsqueda. Pero entonces los ángeles le dieron un mensaje para él:



-No busques más, ya encontraste la respuesta, ellos están aquí. Ahora sólo hace falta que se te muestre dónde, cómo son, cuál es su papel en la historia. Por más que busques en libros, no encontrarás la información que tanto anhelas. Ten fe, ellos ya están aquí.

-Pero, ¿qué? ¿Qué significa eso exactamente? ¿Hay extraterrestres sobre la Tierra con humanos? ¿Dónde están? ¿Cómo son?

La muchacha reía frente a Roberto.

-No creo que te contesten tantas preguntas. Éste era el mensaje que tenías que recibir de mí. Sólo eso.

-Pero, ¿qué significa ese mensaje? No entendí nada.

-No intentes engañarme, si es un mensaje para ti seguro que lo has entendido, ahora, otra cosa es que no hayas querido escucharlo.

-Gracias por esas palabras. Tenías razón. Tengo demasiadas preguntas, demasiada búsqueda en mi vida cuando realmente yo ya he encontrado. Gracias por escucharme y por este rato conmigo.

-Venga, Luisa, vámonos. Gracias a ti por este espacio, ha sido muy agradable compartir a tu lado este momento. Eres un encanto. Te deseo de corazón que encuentres quien calme tu dolor en el corazón para que ya no necesites buscar más fuera de ti.



Se dieron un afectuoso abrazo y la muchacha se marchó de la cafetería. Debía terminar de recoger sus cosas para marcharse.

Una vez se fue Roberto, no supo más de ella. No buscó información tampoco. Quedó como una incógnita en su vida. Más adelante Roberto podría ver, cara a cara, a uno de esos seres que tanto anhelaba conocer.



Todo lo que está fuera de ti, te está esperando.

Hace miles de años te está esperando. Está esperando a que lo veas, a que lo ames. A veces te llama con fuerza, otras veces es un canto silencioso.

El Universo te vigila a tu alrededor.

Y tú, ¿qué haces?

Siempre estás mirando hacia ti.

Quieres el control, quieres ser visto pero no te dejas mirar.

Ama la realidad y permite darte cuenta de que ella te ama a ti.

Es curioso, ¿no? El mundo entero sonrío a tu paso y tan sólo estás dando vueltas en círculo sin apenas darte cuenta.





Cicatrices del alma

Silvia durante años había estudiado acupuntura. Tenía un gran conocimiento sobre la medicina tradicional china y conocía algunos ideogramas chinos y su significado. Sabía incluso hablar algunas palabras y frases en chino, pero no sabía meditar.

Su último maestro de acupuntura y sanación le pidió que meditase cada día una hora mínimo por las mañanas. Cuando Silvia se levantaba recogía su habitación, cosa que nunca antes había hecho, se aseaba, buscaba mil excusas para que se le pasase el tiempo y no poder meditar, cuando ya no tenía tiempo decidía irse y dejarlo para otro día.

Otros días se sentaba en su bonito lugar de meditación. Una alfombra lila, sobre ella un cojín morado estampado con adornos vietnamitas, tras ella un cuadro de una imagen de Jesús de Nazaret, al lado una estantería con objetos sagrados de diferentes lugares del mundo, todos sin utilizar pero sin una mota de polvo, al lado una fuentecita de agua con un ligero sonido del motor, en un pequeño taburete de madera un pequeño altar con una figura de un precioso buda, una velita blanca consumida del último día que Silvia intentó meditar, al lado un incensario, el único objeto algo sucio en toda la habitación. Realmente Silvia no sabía lo que significaban todas esas cosas, sabía que eran sagradas, que eran importantes, pero aún no había sentido su



energía ni lo había podido comprobar. Las trataba como reliquias y le encantaba tener un rincón para meditar, pero no comprendía realmente lo que era todo aquello.

Cuando se sentaba a meditar colocaba las piernas, estiraba un poco el cuello y ponía a veces música relajante. No se daba cuenta de que lo único que quería era no aburrirse en la meditación y por eso ponía música.

Después comenzaba colocando las manos en rezo y después, en una correcta postura de meditación, empezaba a realizar las respiraciones que le habían enseñado. Después imaginaba un punto a lo lejos y dejaba la mente fija allí, en aquel punto. Pero su mente se aburría. Empezaba a pensar que estaba incómoda. Luego pensaba, con orgullo, que ella no necesitaba meditar, que ya tenía el conocimiento de otras vidas, luego sentía miedo, a veces ganas incluso de salir corriendo. Pero después de varios días empezó a ver a su madre en la meditación.

Su madre había muerto cuando ella tan solo tenía 10 años. Apenas la había conocido y apenas la recordaba.

Al verla pensaba que era una señal de algo que tenía que sanar, otras veces pensaba que su imagen estaba allí como algo del inconsciente e intentaba comprender qué quería decirle esa imagen, por último habló con ella. Le decía:

No te culpo, pero ¿por qué? Te eché de menos siempre. Te busqué en todo lo que me rodeaba. Te sentía



tan cerca a veces... ¿Qué sentido tiene para mi haber tenido esa experiencia?, ¿qué tuviste que enseñarme? La abuela nos trató siempre muy bien, y la tía también. Pero no es lo mismo, sabes que no era lo mismo. ¿Dónde estarás ahora? Si yo muero, ¿te veré? ¿Podría morir unos instantes para verte? ¿Si me muero unos instantes podré ver todo el cielo? Qué curioso que acabe pensando estas cosas. Soy incapaz de meditar. Mamá preciosa, dónde estarás...

Silvia se emocionaba y no podía meditar. Pensaba y pensaba en su madre, en la tristeza que le entregaba ver su infancia, su vida, su juventud. Luego a veces se sentía sola y comprendía que en toda su vida no había tenido una pareja que le gustase mucho, y que tampoco había pensado mucho en sí misma. Luego pensaba en todos los viajes que había realizado... Silvia no meditaba, pensaba.

Un día la imagen que veía frente a ella se movió y le dijo algo:

-Hija, preciosa, estoy aquí, siempre te he escuchado. Escucha tú ahora.

-Mamá, ¿qué quieres que escuche? – preguntó Silvia emocionada.

-Shhh. - La madre se puso la mano en el corazón y Silvia paró su mente unos instantes. Sintió su corazón y sintió una herida profunda, como si se hubiese formado mucho tiempo atrás. Y se vio a sí misma como un hombre en una guerra, posiblemente la primera guerra



mundial. Había matado a muchos hombres y a alguna mujer y niños. No tenía miedo a nada, sólo a una cosa, no quería regresar a su casa. Tenía miedo de que su familia viese en lo que se había transformado. No quería regresar más. No quería volver. Silvia al ver a aquel hombre, al verse a sí misma como aquel hombre, entendió muchas cosas de sí misma. Entendió que perdiese a su mujer y sufriese el abandono, que se sintiera rechazada tanto tiempo y que ahora estuviese igualmente sola. En aquella vida había pedido tantas veces estar sola que en esta aún estaba sola. Quería romper aquellas palabras para encontrar personas a su lado que la escuchasen y la entendiesen, para crecer juntos. Silvia lloraba y rompía con sus lágrimas un juramento de soledad escrito hacía mucho tiempo, en otra vida. Silvia pidió a su madre sanar aquello para que no le volviese a ocurrir, y entonces fue mentalmente a cada una de las personas que había visto cómo mataba y les pidió perdón con toda su alma.

Cuando ya había pedido perdón a 4 personas, se presentó frente a ella el último maestro de acupuntura y sanación que había tenido. Él le dijo:

-¿Ahora entiendes por qué eres sanadora? Hay una herida muy grande que has de sanar. No sólo en aquellas personas y sus familiares, sino sobretodo en ti misma.

-Pero no lo entiendo, ¿todos los sanadores fueron asesinos en el pasado?



-Claro que no. Ni tú tampoco fuiste asesino. Es común que el deseo de sanar surja tras varias vidas de ceguera e inconsciencia. Igual que la que tú tuviste. Tu mayor deseo, el deseo de tu alma, no es sanar el cuerpo dormido, sino despertar la mente y sacarla de la inconsciencia. Tú aún sigues dormida sin comprenderlo completamente, pero ya lo harás, ya lo harás.

-Gracias por mostrármelo. Me da tanta rabia haber sido tan malo... No lo entiendo, yo nunca haría daño a nadie. ¿Cómo pude haber hecho esto en mi vida anterior?

-Te creías mejor que otros por no hacer daño y esta vida te muestra que eres igual a los demás. No eres superior porque momentáneamente, en tus miles de vidas, entiendas la paz y permitas que habite en tu corazón. Tú aún no sabes lo que ocurrirá mañana.

-Pero mañana no creo que vuelva a hacer daño, lo he aprendido. Ahora soy así y siempre lo seré, en todas mis vidas. Ya no volveré atrás.

-¿De verdad?

Entonces el maestro le mostró una vida donde Silvia era un mensajero de dios, hablaba por las aldeas y a todas las personas de Dios, caminaba descalzo y realizaba sanaciones milagrosas. Todos le amaban y le respetaban porque realmente él tenía un gran don divino. Sin embargo aquel hombre desconocía que en un futuro se convertiría en un asesino, que iría a guerras. Silvia entendió, por mucho que alguien crezca no puede



saber lo que ocurrirá mañana ni creerse mejor que los demás. No sabes realmente quién serás o en qué lugar estarás en el futuro.

-¿Cómo puedo hacer para no convertirme más en un mezquino o un arrogante o un necio?

-Todo lo que no quieres ser, ya está en ti. Valora la luz de tu corazón, trabaja, medita, pronto hallarás respuestas más profundas y esas respuestas formarán parte de tu vida, por ahora sólo tienes que saber que vas por el camino correcto.

-Gracias, maestro.

Silvia estaba emocionada. Salió de la meditación rápido, como si hubiese aterrizado sobre su cuerpo. Respiró y abrió los ojos. Bebió agua rápidamente y siguió emocionada todo el día. Cada vez que veía una persona sólo podía imaginar si la había matado en la vida anterior, más tarde pensó:

-¿Acaso sólo habré tenido una vida de asesino? Seguro que muchas otras veces habré hecho cosas aún peores, ¿quién soy yo para juzgar el mal en el mundo, si he contribuido en su creación? Si cada día me siento mejor que los demás por ser más tranquila, por meditar, por tener un altar que ni siquiera sé para lo que sirve, por haber viajado a China, Vietnam y otros lugares, o por haber escuchado las enseñanzas de grandes maestros, si aún me siento mejor que otros, ¿cómo podré aprender de los demás? Ya no quiero seguir con esto, abandono la lucha por ser mejor que nadie.



-Gracias, maestro, por abrirme los ojos. - Decía una y otra vez.



Observa, las cosas son mucho más sencillas que todo eso.

La realidad no está creada en tu mundo interno, ya se creó antes, está fuera de ti. Tú eres parte de esa realidad pero no eres el mundo entero. Observa, siente.

Todo el Universo está ante ti, esperando que levantes la mirada y dejes de mirarte a ti mismo.

La ilusión nace cuando quieres verte únicamente a ti mismo.

Déjala, deja la ilusión, sólo crea ansiedad, miedo, depresión. No te aporta la seguridad de estar vivo ni la iluminación que surge cuando alguien se permite ser amado por la realidad.





El curandero

Bajo tierra todo era oscuridad. Los demás mineros se sentían agotados y les costaba respirar. No se daban cuenta de cómo sus fuerzas habían descendido según habían avanzado la mina. Carlos siempre estaba cansado y le costaba mucho respirar.

-No te preocupes, bebe agua, tendrás sed. - Le decían los compañeros.

Pero Carlos sentía que le faltaba el aliento a cada paso.

Un día cayó al suelo. Le sacaron de la mina y abrió los ojos con la luz del sol. Se sentía tranquilo aunque no recordaba qué había pasado. Se tumbó de lado y por unos instantes todo daba vueltas a su alrededor.

Me dijeron que éste era un buen empleo, que ganaría mucha plata, pero no tengo nada, siento que me muero. No puedo aguantar más. Si sigo así tendré que dejarlo...
- Carlos pensaba continuamente en abandonar pero no llevaba ni siquiera 6 meses en ese trabajo. También sentía que lo podían echar porque francamente no valía.

Debajo, en la mina, apenas era capaz de ver, no se diferenciaba su trabajo de los demás salvo porque apenas hacía nada. Muchas veces sacaba bolsas casi vacías y los compañeros alguna vez le llenaban con más piedras su cesta para que no se notase. Entre ellos



siempre se apoyaban, pero Carlos siempre tenía ganas de llorar.

-No es justo – pensaba -. Si éste es el mejor trabajo que puedo conseguir y me está matando de esta manera, ¿qué va a ser de mí? Dios mío, dame una señal.

En Brasil, en aquella época del año, siempre hacía calor. Su vecina le escuchaba toser por la noche, le veía oscuro y le sentía moverse sin ánimo ni ilusión.

-Tu madre no querría verte así, debes hacer algo, Carlitos. Llevo escuchándote gemir desde que eres un bebé. ¡Arregla ya tu vida! Si no, no conseguirás una mujer buena que te cuide. Y ¿qué harás de viejito sin una mujer que te aguante? Yo no estaré allí para entonces. – La anciana vecina estaba cansada también, sólo que ella ya era muy mayor. Había visto todas las desgracias de aquella familia y por fin creía que el chico de arriba podía enderezarse, pero no fue así. Él se sentía peor que nunca. Así, un día le dijo:

-Ten este manojito de hierba – le entregó un manojito de plantas secas trenzadas –, llévaselo al curandero a ver que te dice.

-¿Qué me va a decir? ¿Está usted loca? Ese viejo loco no puede ayudarme.

-Tú llévale esto. Me lo dio tu padre antes de morir.

-¿Y qué significa esto?



La vieja vecina cerró la puerta sin querer responder la pregunta y sin dar opción a que se lo devolviese.

-Ya estaba hecho - pensaba ella. Irá donde el curandero y todo se arreglará.

El curandero se llamaba Cristóbal. Él había tenido visiones apocalípticas siendo un niño y desde entonces decía que se le presentaba una virgen con el niño y le pedía que hiciera cosas. Le entregaba recados y le hablaba de lo que iba a ocurrir. Se decía que casi todo lo que él decía se cumplía, excepto para la lotería, en lo que el pobre hombre no tenía mucha suerte.

Carlos no quería ver a ese viejo chiflado, como él lo llamaba. Ese hombre no había hecho más que embarcar a su madre al hospital.

Su madre enfermó justo después del accidente de coche de su padre. Cuando sintió que su padre ya no estaba le empezó a doler el pecho, incluso antes de tener la noticia de que le había ocurrido algo, y ese dolor se convirtió en una tortura. Cuando le dieron la noticia de que se iba a morir ella fue a visitar a aquel hombre, pero él no hizo nada por ella.

Todos los días la madre de Carlos bebió algo con unas raíces que él le había dado. Vivió unos meses más de lo que los médicos habían pronosticado nada más. Llegó a conocer a Claudia, su única nieta. Y nada más conocerla murió.



El hermano de Carlos huyó muy lejos de la ciudad con su nueva familia nada más morir su madre, y Carlos quedó solo en la vieja casa de sus padres. De esto tan sólo había pasado dos años y Carlos se atormentaba por esa soledad.

Cuando llegó a casa del curandero sólo tenía ganas de llorar y una única frase le rondaba la mente. “Usted mató a mi madre”. Y él sabía que era falso, sabía que su madre murió por una enfermedad, que tenía la enfermedad mucho antes de haber ido a ver al curandero, pero no podía evitar pensar aquello.

Aquel viejo hombre le dijo:

-Yo no tengo nada que pueda interesarte, ¿por qué vienes, Carlos? Aquí no están tus padres. Ellos ya dejaron este mundo.

-Me han dado esto para que se lo entregue. No sé lo que es.

Cuando sacó el manojo de hierbas y se lo dio, aquel hombre se puso contento. Invitó a Carlos a entrar y sentarse en una silla. Carlos se sintió más tranquilo allí dentro, pero aun sentía desconfianza.

-Tu padre me conocía. Él me dio estas hierbas hace mucho tiempo. Son de una vieja curandera del sur de mi tierra. Ella murió y dejó muy pocas pertenencias, pues toda su casa con todo lo que tenía fue destruido y quemado. Tu padre tenía un gran respeto por aquella mujer y fue a visitarla justo antes de su muerte. Ella le



entregó este manojó y él me lo regaló como un presente especial para que ayudase a vuestra familia a estar protegidos y seguros. Cuando tu padre empezó a tener problemas en el trabajo sintió una gran desconfianza de mí y de todo esto, y me pidió que le devolviese el manojó, decía que yo no le había protegido. El día que le devolví el manojó él se aventuraba a San Diego y al día siguiente tuvo el accidente. Intenté protegerle, intenté advertirle, pero él me dijo que ya no quería más protección, se enfadó conmigo y me lo quitó. Se lo llevó a una vieja que tenéis por vecina. Ella llorando regresó con esto, pero yo no lo pude aceptar. Así han pasado dos años y no puedo cargar con algo así.

-La muerte de tu padre conllevó demasiados sucesos negativos. ¿Por qué me lo traes?

-¿Me dices que tú mataste a mi madre y a mi padre al dejar de protegerlos?

-Existen karmas que acompañan a familias enteras. Situaciones que pueden complicarse. Algunas familias sufren desgracias sin razón de ser. A veces se llaman maldiciones. Cuando tu familia cogió ese mal fue en otra vida donde quemaron vuestra aldea y no quedó nada. No había agua para apagar los fuegos y dentro de una de las tiendas había una niña que vuestra familia amaba mucho. El rencor y el odio que agarraron desde entonces se convirtió en un mal adversario. Nunca lo soltaron. Siempre en contra de los demás, permitiendo que la rabia y el rencor os acompañasen. ¿Tienes miedo de lo que te estoy contando? ¿Por eso no me miras? Lo llamas



desconfianza pero realmente es miedo. Miedo a descubrir la verdad y enfrentarte a ella. Miedo a tus propios temores. Yo no soy tu peor mal, tu peor mal es la culpa de no haber ayudado, de no haber estado ahí.

-¡Yo no estuve allí porque no pude! Trabajaba. Mi madre lo sabe. ¿Quién se lo dijo a usted?

-Nadie. Si quieres yo agarro este manojo de hierbas protector y lo tengo un tiempo.

-¿Es una amenaza? ¿Si no lo hago dice que caerá una gran ruina sobre mi familia? ¿Y a qué familia se refiere? ¿A mi hermano, mi cuñada y mi sobrina que están lejos? ¿A mí?

-No creo que os vaya a caer ningún mal encima. Sólo es un objeto de poder protector. Representa el núcleo familiar. Lo puedes guardar tú mismo o deshacer si te da miedo. Y sentir cómo vuestra familia forma un todo. Sólo quiero que estés tranquilo.

-¿Por qué se preocupa ahora por mí? No lo hizo antes sabiendo que no tenía esto en mi poder y podía pasarnos algo malo. No lo hizo cuando mi madre estuvo enferma.

-¡Sí lo hice! Ella me lo trajo para que la ayudase a vivir hasta conocer a su nieta. Cuando nació su nieta me lo pidió de regreso porque quería regresar con tu padre.

-Eso no tiene sentido.



-Dámelo y verás. En menos de un año tendrás un empleo nuevo, una esposa que te quiera, sincera, y te sentirás tranquilo en tu nueva vida.

-¿Y por qué le voy a creer? ¿Por qué querría usted ayudarnos?

-Sólo quiero protegeros.

-No se puede evitar el mal sin este objeto.

-Sí, por supuesto que sí. Este objeto sólo retrasa un karma. Algún día tendrás la obligación de enfrentarte a él.

-El karma de la vida que me contó. ¿Y cómo sé que es cierto? Bueno, da igual, digamos que sí es cierto, ¿qué tendría que hacer?

-Morir.

-¿No hay otra manera? – dijo Carlos con un tono indiferente, después de haber sentido un gran escalofrío por su cuerpo.

-Sí, también puedes abandonar todo lo que te pertenece y perteneció a tu familia, abandonar tu ropa, tu nombre... Abandonar tu pasado. Así, desde un nuevo comienzo, no ocurrirá nada de esto. Cuando yo le dije esto a tus padres, decían que no podían arriesgaros a todos a algo así. Ellos decidieron enfrentarse a lo que fuese.



-Yo no creo que todo esto sea cierto, ¿cómo puedo comprobarlo?

-Ven.

El santo se levantó y le llevó a otra sala. En la otra sala le empezó a arrojar unas hierbas y encendió rápido un sahumerio mientras cantaba unos cantos en una lengua extraña. Carlos miraba y le hizo un gesto cerrándole los ojos. Y dijo:

-Ahora observa.

Carlos corría en su visión por una selva. Corría tan rápido que sentía la ansiedad en su cuerpo. Su cuerpo era de una muchacha joven y tenía miedo. Escuchaba gritos en otro idioma pero los entendía perfectamente:

-¡Se está quemando! ¡Se está quemando! - Escuchaba.

Corría con rapidez y al fondo empezaba a oler a quemado, olía extraño, olía a cuerpo quemado vivo. Tenía miedo y mucha ansiedad. Tanta que apenas podía respirar, pero nada la detenía.

Al final vio unas casas encendidas en llamas y sintió un escalofrío y súbito, entre ella y el fuego, había una sombra gigantesca mirándola a los ojos. Parecía que le decía:

-Te seguiré.



Ahora lo entendía. En esta vida tampoco había estado allí, ni cuando se fue su padre ni cuando se fue su madre. Él corrió igual, con la misma ansiedad, pero ya era tarde. Tenía miedo de repetir lo mismo. Pero no entendía lo que era aquella sombra.

Le preguntó al terminar al viejo sanador:

-Vi una sombra. Tal como usted contó, así ocurrió, aunque no entendí casi nada. Pero vi una sombra que me miraba a los ojos y parecía que me reconocía.

-Amigo. Tú tienes la visión de un halcón, eres rápido. Podrías despertarla. Esa sombra te aterroriza y te detiene en tu camino. ¿Te enfrentarías a ella?

-¡No! ¿Cómo podría hacer algo así? No podría.

-Entonces espántala o huye de ella. Es lo que hizo tu hermano. Se cambió de ciudad, de apartamento, de familia. Él está protegido. Tú aún la tienes detrás de ti y te seguirá hasta la muerte si no la atemorizas tú a ella.

-Me salió un trabajo en otra ciudad, ¿cree que podría ser la forma?

-Hay que planificarlo todo bien. Tendríamos que trabajar en ello. Ella sabe algo pero aún no sabe dónde es. No hables con nadie de dónde vas, ni del cambio. Espera y mañana al amanecer regresa con la mente clara. Me dirás todo y te ayudaré. Así podremos deshacer de una vez esta mata de hierbajos que aquella vieja loca hizo.



El viejo curandero estaba feliz. Sabía que no sería un trabajo fácil pero merecía la pena. Esa sombra quedaría perdida y se agotaría buscando cuando el joven Carlos se marchase. A él le iría muy bien, lo veía así.

Por la noche Carlos soñó que tenía un bicho de medio metro de largo pegado a su espalda. No le dejaba levantarse bien y no podía moverse con facilidad. El bicho estaba sobre su espalda desde hacía tanto tiempo que se había acostumbrado a él. Pero ya lo había visto. Sentía escalofríos sólo de pensarlo. Se despertó varias veces en la noche y sentía miedo de que esa cosa le observase. Al amanecer fue temprano a ver al curandero. No dijo que no iba a ir al trabajo y tampoco se preocupó por eso hasta que no estuvo en la puerta de su casa.

Una vez con el viejo hombre, le explicó dónde tenía pensado ir, cómo le habían invitado... Cristian, a quien conocían como el curandero, pensó que era una idea loca pero podría funcionar. Debía marchar antes de que acabase la luna. Él le ayudaría a prepararlo todo. No tenía dinero pero él le ayudaría incluso en eso.

Llamaron a la vecina y ella también ayudó.

En menos de un mes Carlos se despertó en una nueva casa. Era un apartamento alquilado en otra ciudad, lejos de donde había nacido. Todo olía diferente. Ahora se llamaba Raimundo, incluso un cura le había bautizado con ese nuevo nombre, un cura llamado Cristian Méndez.



¿Y si todo eso era cierto? Ya estaba hecho. Cambio de nombre, de casa, de ciudad.

El apartamento de sus padres alquilado rápidamente le daría un dinero para vivir.

La vida ahora podría empezar de nuevo.



Caballeros del Cielo

Todos los caballeros del cielo han bajado esta noche estrellada de luna nueva para desenvainar sus espadas en una batalla sin igual. Lucharán contra un gran dragón de fuego rojo que ayer salió de bajo tierra. No temen nada. Algunos visten con sus trajes oscuros de protección, porque quieren verse invisibles, a otros no se les puede apenas percibir. No tienen temor.

Yo quiero ser un caballero, cuando sea grande quiero ser como ellos.

Miro por la ventana de mi habitación. Los juguetes duermen, mis padres duermen en la habitación contigua. Sobre la ciudad el gran dragón amenaza con comer el etérico de miles de niños, los caballeros sutiles se abalanzan contra la espeluznante bestia y blanden sus espadas con arte.

Mañana, no quedará dragón, no quedarán más que los restos. Se sentirá la mañana limpia y no habrá dolor.

La gran chimenea de la fábrica de mi ciudad siempre creó feos dragones que se escapan a veces y nos amenazan a todos.

Siento un escalofrío por mi cuerpo.

Y pienso que si los otros niños supieran esto llorarían e irían ante sus madres asustados. Pero yo no, es posible que mañana, o cuando sea grande, realmente pueda ser



como uno de esos caballeros, no tengo miedo a esa bestia. Yo tampoco le temo.

Mi hermano duerme y no sabe nada, la policía en la noche vigila pero no ven nada. Voy a dormir, soñaré que soy uno de ellos y lucho a su lado. Y luego, cuando despierte, sentiré que realmente lo he sido, me despediré de mis amigos y volveremos a vernos tal vez en otra batalla, dentro de un mes o dos, cuando traigan los nuevos hierros a la fábrica.

Qué fácil es a veces correr a través de las nubes vestido de caballero azul, con una gran espada y un caballo poderoso. Y mi caballo, mi fiel aliado que me acompañará toda mi vida, para ser un guerrero cuando crezca, para que ningún dragón me coma el cuerpo ni me debilite.

Y esos que no saben o que no recuerdan, que se queden dormidos, los ángeles, yo y otros niños nos encargaremos de cuidarles y ya será Dios quien nos agradezca nuestra faena.

Mi muñeco duerme, a veces le hablo como si fuese un amigo, pero sólo es un muñeco quieto y dormido. Y me pregunta, ¿no te da miedo? Yo no tengo miedo de eso, mil veces en otras vidas me encargué de dragones reales, con una cola de medio kilómetro como inmensas serpientes, o voladores, más de mil veces. Y muchos me vieron físicamente trotando por el cielo, luchando contra esos dragones. Ya me conocen, ya sé hacerlo, no tengo miedo a ese pequeño dragón. Sólo me da pena que de



esa chimenea salgan tantos, si los hombres supieran que todo lo que construyen para ellos mismos destruye millones de cosas en otros mundos sutiles, ¿crees que continuarían fabricando con sus máquinas destructivas y su mente apagada de vida?



Todas las luces del cielo campaneán en este momento: un recién nacido acaba de llegar a la Tierra. Tiene los ojos llenos de lágrimas por el dolor de irse del hogar, pero pronto tendrá una inmensa alegría.

Su madre, esa mujer que está ahí, ¿la reconoces? Ella le vio morir en otra vida y prometió cuidarlo siempre mientras estaba en sus brazos. Murió en una lucha por amor. Y ahora mira, nació de ella.

Quién sabe si se reconocerán.

Pronto olvidará que vino a la Tierra, nos olvidará. Pero no importa porque la vida poco dura, y pronto regresará al hogar.





Sanación

¿A dónde vas? Le preguntaban cada día al verle pasar. ¿Dónde está su esposa? ¿Y su familia? Manuel no entendía por qué siempre le hacían las mismas preguntas. ¿Dónde está ella? Sin ella no vas a ninguna parte – Reía con guasa el cuñado de su vecino.

Ellos siempre trabajaban en la puerta. Vendían cajetillas de tabacos que ellos mismos confeccionaban. También vendían periódicos y revistas para las mujeres.

Eran una familia extraña, dedicados en cuerpo y alma a los demás. Toda la familia, incluso las abuelas, sirviendo en casas de extraños, limpiando locales y ayudando a otras personas, los hijos y nietos trabajando cargando peso, llevando cosas para otras personas, transportando... Ahora tenían ese negocio de revistas y aprovechaban y vendían su propio tabaco envuelto en unas preciosas cajas de cartón que ellos mismos confeccionaban. Esperaban poder ganar suficiente dinero para poder vivir en dos casas diferentes en vez de en una sola.

Los vecinos de Manuel tenían una niña muy extraña, una niña rubia que hablaba muy poco y solía cantar siempre que le apetecía. Ella ya tenía 10 años pero nadie lo creía. Incluso Manuel se extrañaba de que a una niña así la llevasen a la escuela. Ella le miraba fijamente



cada vez que pasaba y alguna vez Manuel se asustaba de su mirada intensa. Esa niña era muy amenazante.

Un día se le acercó y le dijo:

-Usted y su amigo no saben saludar, siempre pasan y no dicen nada.

-¿De qué amigo me hablas? – preguntó Manuel asombrado.

-Ese hombre que siempre pasa junto a usted.

Manuel no supo qué responder, pensó que la niña no estaba bien de la cabeza y le contestó:

-Claro que saludo, siempre te saludo, pequeña. Ese hombre que ves no te saludará porque es un fantasma....

Él pensaba que así le seguiría la gracia, pero ella le respondió con seriedad:

-Ya lo sé. Lo que no creo es que usted lo sepa.

Manuel, atónito, marchó a su trabajo sin decir nada. Ni gracias, ni hasta luego, simplemente quería escapar de aquella niña que afirmaba cosas que él no podía entender.

En el trabajo le preguntó a un compañero:

-¿Crees en los fantasmas?

-Claro que no. ¿Por qué lo preguntas?



-Mira lo que me ha ocurrido esta mañana... - Y Manuel relató con detalle la conversación de la niña y cómo era esa niña, explicando al completo toda la historia de la familia de sus vecinos como si eso pudiese corroborar que la niña estuviese loca o en mal estado. Pero una compañera que escuchó la conversación le dijo a Manuel:

-No creo que el estado de esa familia tenga que ver con lo que te ha dicho esa niña. Yo también creo que tiene razón. Desde hace algún tiempo se te ve muy perdido y muy cabizbajo, sin energía, parece que algo te la estuviese chupando. Además, siempre haces las mismas cosas y dices las mismas cosas. ¿No te planteas por qué te ocurre cada día lo mismo?

-Pues es la rutina. ¿No os pasa a todos?

-¡No! - Decía el compañero que escuchó toda la historia de Manuel - Para mí cada día es un mundo.

-No, claro que no. - aseguraba la compañera - Cada día es una oportunidad para crecer. Aunque parece que a ti te haya tragado la tierra y hace por lo menos 10 años que no das un paso al frente.

Se quedaron en silencio trabajando un rato, cada uno frente a sus ordenadores, y tras media hora Manuel preguntó:

-Y, ¿qué podría hacer? Digamos que es cierto y tengo un fantasma a mi lado ¿Qué podría hacer para sacarlo de ahí?



-Pregúntale a tu vecinita – reía el compañero.

-No sé nada de fantasmas, pero si es así deberías ir a ver algún experto.

-¿Y dónde hay uno de esos?

-Tengo un amigo que hace Reiki, tal vez él sepa ayudarte o decirte quién te puede ayudar. Toma su tarjeta. Dile que llamas de mi parte.

Por la noche, Manuel, tembloroso y desconfiado, llamó a aquel hombre. Se llamaba Ángel.

-Hola Ángel, una compañera, Ana, Ana Gutiérrez, del trabajo.

-Sí, sé de quién se trata.

-Me dio su teléfono para que le consultase.

-¿Cuál es su problema? ¿Está usted enfermo? ¿Algún familiar?

-No, no es eso. Mire usted... - Manuel le contó toda la historia de la niña y cómo la compañera había asegurado que podía ser cierto. Le contó cómo estaba tan asustado que desde que había vuelto del trabajo no paraba de sudar.

El hombre tras el trabajo se sentía tranquilo y tenía ganas de reír de lo cómica de la situación:

-No ocurre nada del otro mundo Manuel, estese tranquilo. Podemos encontrarnos un día y yo creo que



con una sola sesión de Reiki podremos arreglarlo. Lo que le ocurre es muy normal.

-¿Y qué debo de hacer?

-Es importante que antes de que venga a verme ordene y limpie su casa pensando, durante todo el tiempo, qué cosas hay en su vida que necesita despejar. Qué cosas hay en su vida, y en las diferentes estancias de su hogar, que no deban estar ahí.

-¿Y eso para qué sirve? ¿Ayudará?

-Es posible que la entidad no esté con usted porque ella quiere, sino porque usted la llama.

-¿Quiere decir que la estoy invocando? Eso no es así, yo no trabajo ningún tipo de brujería, ya le he dicho que yo no sé nada de estos temas.

-No digo eso Manuel, estese tranquilo. Al igual que yo realizaré un trabajo para sacar esa entidad, usted tiene que contribuir, si no es muy probable que la entidad continúe a su lado. La manera de contribuir, como no conoce nada de estos temas, es observar, en su vida, qué hay, tanto objetos como realidades, que ya no sirvan. Cosas que hayan muerto, aléjelas.

-No lo entiendo muy bien, pero intentaré hacerlo. Que limpie mi casa, espere que lo anote todo. ¿Algo más?

Al otro lado, Ángel cada vez más tenía ganas de reír.

-No, nada más, con eso basta.



-¿No debo encender una vela o alguna otra cosa?

-No se preocupe, con eso es suficiente. Nos podemos ver mañana mismo si lo desea.

-¿A qué hora? Salgo del trabajo a las 7:15. A las 8 puedo estar donde me diga.

-De acuerdo, a las 8:30 tengo un hueco. Acérquese a esa hora a la calle de los Rosales 29, entreplanta.

-Allí nos veremos. Gracias, Ángel.

-Hasta mañana, Manuel.

Manuel durmió muy agitado esa noche y durante el siguiente día contó a sus compañeros lo que le había ocurrido y cómo tenía la sensación de que aquel hombre se había intentado reír durante toda la conversación.

Sus compañeros también reían con Manuel.

Manuel siempre fue una persona muy cercana. Despertaba alegría allí donde fuese y era muy natural, siempre se mostraba como era y decía lo que pensaba.

Cuando entró en la consulta de Ángel, se sintió muy incómodo. La energía de ese lugar era lo más limpio que Manuel había sentido en toda su vida, mucho más limpia que la de las iglesias. Incluso Manuel podía notar eso. Había muchas imágenes de ángeles, flores y cuarzos por toda la sala de espera.

Ángel salió a recibirlo y tenía un pantalón violeta y una camiseta blanca de morada de trabajo.



Era más bajo que Manuel y se sentía un hombre con mucho encanto, un hombre muy agradable y cercano. Se acercó a Manuel y le dio la mano y le invitó a sentarse.

-Hola, Manuel. Soy Ángel, me alegro de que haya venido. Espere un momento aquí sentado, ahora termino con una mujer que estoy atendiendo.

Se escuchaba una música muy tranquila de New Age y Manuel, según pasaba el tiempo, tenía más y más emoción. Recordaba el olor de su abuelita y tenía ganas de llorar. No entendía por qué se sentía así. Era como estar en casa de pequeño esperando la merienda. Hubiese dado lo que fuese por que alguien más estuviese en aquella pequeña sala de espera para dialogar y no sentir tanta nostalgia, pero se sentía tan bien...

Cuando salió la mujer, Ángel invitó a pasar a Manuel y una vez dentro le invitó a sentarse en una silla.

La sala de Ángel tenía un poster de Jesús y una camilla blanca. Todo era blanco en esa sala. Más tarde Manuel vería que no, que las paredes eran rosadas, pero en ese instante lo vio todo blanco.

-Cuénteme qué le ocurre. ¿Dice usted que tiene una presencia que le acompaña o eso cree?

-Yo no sé si me acompaña o no, la verdad es que estoy un poco asustado, soy nuevo en todas estas cosas y me asustan un poco.



-No se preocupe, tranquilícese.

-Lo intento. Sólo es que... Es complicado todo esto. Si tengo una presencia no sé nada de ella.

-Bueno, pues vamos a comenzar por lo básico. ¿Ha habido algún fallecido en su familia recientemente?

-No, que yo sepa.

-Y ¿algún conocido antes? Puede ser 10 años, porque la presencia que siento lleva mucho tiempo estancada.

-Sí, claro, si nos vamos tan atrás falleció mi madre hace tres años.

-No se trata de ella. Este espíritu es de hombre. Es posible que sólo sea un compañero antiguo, un familiar lejano o incluso alguien que le vio por la calle y sintió similitud en su vida con su antigua vida.

-Por lo que me dicen usted es soltero, no le gusta su trabajo y se siente muy fracasado en su vida. Es importante que me diga si sí o si no.

-Sí. Me siento así. Toda la vida me imaginé tener una familia o un trabajo mejor, pero la vida me trajo a esto que tengo. Ya no lucho por nada más sino que me organizo para continuar en el tipo de vida que tengo. Tampoco creo que ninguna mujer se fije en mí tal y como soy.



-Hay que sanar ese sentimiento de fracaso, no sólo es suyo sino que se repite en su línea familiar. Antes de usted ya lo tenían abuelos, y antepasados.

-Bien. – Respondía Manuel como un niño pequeño, agachando la cabeza.

-También me muestran que estuvo años enamorado de una misma mujer.

-Sí. El amor de mi vida. Ella me ignoró y se casó con otro hombre.

-No es cierto, no le ignoró, se cansó de esperarle.

-Bueno, es posible que yo tardase en decirle algo.

-Y por curiosidad, ¿qué le dijo?

-Todavía nada. – Decía el tierno de Manuel, agachando la cabeza nuevamente.

-También se me muestra que su camino se está abriendo.

-¿Y eso que significa?

-Que le llega una etapa de oportunidades que debe saber utilizar.

-¿Y el espíritu? ¿Se le muestra el espíritu?

-Cálmese. – decía Ángel riendo – El espíritu ya lo vi cuando hablamos por teléfono. Pero eso es lo menos importante.



-¿Qué quiere decir? ¿Tan mal estoy?

-No es eso. Mire, buen hombre. Usted puede ser feliz.

-¿Qué significa eso? ¿Que puedo ser qué?

-Míreme. Usted puede ser feliz. ¿Me escucha? ¿Me está escuchando? No haga nada que no desee. Puede ser feliz.

-¿Y cómo hago eso?

-Tranquilícese. Un océano de oportunidades le están esperando ahí fuera. Imagínese. Una vida gloriosa para que la disfrute, solo o en compañía. No cierre más puertas a la alegría. Está en su mano. No rechace más la felicidad.

-¿Qué? Yo no rechazo nada. – Decía Manuel con un gesto de desaprobación y con el ceño fruncido, como tenía por costumbre hacer. Siempre he querido ser feliz, pero no me ha llegado la oportunidad.

-No. No rechace. Escuche. No rechace la prosperidad en su vida. No rechace la alegría. No rechace el amor.

Al decir esta frase, Manuel sintió un súbito calor en el pecho. Como si una mano se colocase allí dentro y calmase alguna herida oculta.

-¿Quiere decir que estoy rechazando la alegría? ¿Cómo hago eso? Dígame para que deje de hacerlo. – Preguntaba Manuel con desconfianza, por todo el amor que tan rápido había sentido.



-Vamos a sacarle esa entidad y después continuamos hablando, ¿de acuerdo? Túmbese en la camilla.

Mientras Manuel se tumbaba en la camilla, Ángel subió el volumen de la música de ángeles que estaba puesta y se frotó las manos.

-Bocarriba. No se preocupe, no le voy a tocar. - Le dijo a Manuel intentando tranquilizarle.

Cerró los ojos y puso las manos con las palmas hacia arriba, a la altura del pecho. Parecía que oraba. Manuel hizo lo mismo. No paraba de pensar esas últimas palabras que Ángel le había dicho.

Mientras Ángel le hacía una sanación, Manuel no paraba de ver imágenes y sentir escalofríos. Vio a su madre y a su abuelita observándole y le decían:

-Estate quieto, niño. Este hombre te va a curar.

-Pero abuela, yo no estaba enfermo.

-Te va a curar el alma niño, para ver si así nos sonríes más.

-No te hagas pis, hijo. Aquí no se hace eso. - Decía la madre mientras colocaba las manos y recogía orina que se le escapaba a Manuel.

-¿Cómo me estoy haciendo pis? Mamá, lo siento. Ni siquiera tenía ganas de hacerlo.

-Sólo hay que controlar para que no se quede en esta sala. Me llevo la orina fuera.



La madre llevaba el pis de Manuel por la ventana de la sala y Manuel no entendía nada. Se sentía tan viva, se sentía presente. Manuel estaba muy emocionado. Un ángel de luz le abrazaba por la espalda.

-Mamá, me siento solo, me siento perdido.

-Ya te estás encontrando. Aprende, hijo. Aprende y verás. Podrás ver las cosas como son.

-Pero me siento herido. Nunca en mi vida me había sentido tan vacío. Este hombre es tan sabio... Él lo tiene todo y sin embargo yo no logré nada.

-Cada uno tiene que vivir su propio proceso, amor. El tuyo es muy bello también. Confía en ti. Permite que este hombre haga su trabajo. Ayuda a que te ayude.

-¿Cómo hago eso? ¿Me estoy quedando dormido? Siento que me caigo.

-Ya estabas dormido. Va a ponerte las manos en los pies y la sombra saldrá de ti. Respira.

Al instante sintió un ligero calor en los pies y la presencia de Ángel en la sala sobre sus pies. Sus manos parecían de luz, así se sentían, y Manuel, sin abrir los ojos, parecía que podía ver todo. Al instante, una masa densa salió por la cabeza de Manuel.

-¿Qué es esto, mamá? ¿Por qué sale por aquí?



-Así era más fácil. Luego se reparará el cuerpo energético, ahora calma y permite que salga, no digas nada. Sólo observa.

La masa luchaba y no quería salir. Peleaba e intentaba volver a entrar por el ombligo. Manuel no entendía como podía ser tan consciente de todas estas cosas. Al acabar se las contaba a Ángel, y Ángel se entusiasmó escuchándole.

-Manuel, eres muy bella persona. Siento que podrían cambiarte mucho las cosas. ¿Te gustaría aprender esto que hago? Realizamos un curso en dos semanas sobre el Reiki. Podría ayudarte a cambiar esa actitud personal y a sentirte mejor contigo mismo.

-¿Para qué serviría? Ángel, ¿de verdad crees que yo podría aprender?

-Sí, Manuel. Es una técnica al alcance de todo el mundo. Con los años puedes aprender más, perfeccionar. Lo importante es que para empezar conozcas una técnica sencilla de auto sanación. ¿Sabes que Ana la tomó el año pasado? Es posible que esté en ese taller apoyando energéticamente.

-¿Ana? ¿Ana aquí? No lo podría imaginar.

-Dila que te informe y lo hará encantada.

Al día siguiente Manuel tenía otra cara, otro color de cara. Los vecinos no le preguntaron nada al salir. Sólo le saludaron y les pudo observar en su rutina a ellos. En la oficina igual, sintió como todos estaban en sus rutinas,



pero él se sentía fresco, renovado. Como si realmente hubiese tomado unas vacaciones. Incluso olía el ambiente y respiraba mejor.

-¿Qué tal te fue? – le preguntó Ana nada más verse.

Manuel estaba emocionado, no podía decir apenas nada.

-Gracias, Ana. Sólo puedo agradecerte.

-Ay, amigo... Cómo me alegro por ti. Ya verás la de cosas que cambiará esto en tu vida.

Se dieron un abrazo y, aunque a Manuel le daba un poco de vergüenza que los demás les viesen, comprendió cómo nadie veía nada, como cada uno estaba en sus tareas y no veían, no entendían, ino pensaban! Comprendió que él había estado así mucho tiempo, sin ni siquiera pensar.

Contó todo a Ana y su intención de tomar aquel primer nivel de Reiki y quedaron en asistir juntos. Rieron y Manuel estaba tan emocionado que invitó a Ana a cenar un día después del trabajo.

De camino a casa compró una flor de tela muy divertida y una bolsa de golosinas para la niña de los vecinos. Antes de llegar a su casa llamó al portal de la vecina y le abrió la madre de la niña.

-Señora, el otro día su hija me dijo algo que me ayudó a recapacitar y quería agradecerle con este regalo. No sé nada de niños, espero que le guste.



-Sí, claro, ¿qué le dijo?

-Nada, sólo un comentario absurdo. Pero me recordó que tengo que vivir mi vida.

La vecina asombrada cogió el regalo y se lo dio a su hija. Le preguntó y ella le dijo:

-Le dije que su amigo y él eran maleducados porque nunca saludaban.

-¿Qué amigo, hija mía?

-El amigo que siempre acompañaba al vecino. ¿Vosotros tampoco lo veáis?

-Espero que no te haya tomado por loca. Gracias a Dios que estas cosas se pasan con los años.

Decía la madre santiguándose.



¿Dónde estás, amigo mío?

Hundido no es ningún lugar, no es una razón ni un estado, sólo una ilusión más. Huyes de verte y por eso dices hundido.

Batallas con las ilusiones, acabas de ver que había razones verdaderas para seguir, acababas de ver que era una ilusión tu mundo interno y ahora, en vez de aprovechar esa sabiduría, decides derrumbarte con ella. Aprovéchala, levanta la vista y avanza. Sé fuerte, la fuerza que hay en ti debe dirigir tu vida, no la lucha del ego por crear más y más marañas de ilusión.

¿Dónde estás? Y que la respuesta a esta pregunta, desde ti mismo, siempre sea “viviendo mi vida”, tu preciosa vida, que no se te escape, que se alargue cada instante, que reciba el valor que merece.

Estarás vivo, no más caídas, no más derrumbes, estarás feliz. Tu vida, que sea tuya, no de la ilusión vacía.



Deja de construir castillos de papel que rápidamente se derrumban, se los lleva el viento o se mojan. Construye algo sincero, con tu emoción sincera, con la ilusión de tu corazón. Y sé valiente, no uses más la excusa de estar hundido para no hacer nada.

¿Dónde estás, amigo mío? Aquí, en el presente, arriesgándome a vivir, arriesgándome a ser uno con el Universo.





Señales

-Capitán, contactamos con una nave a 13km de distancia.

-No es posible. No estaba en los radares. ¿En qué posición?

-4º a babor.

-Imposible. Mire bien.

-Estamos contactando ya con ella.

-¿Emite señal?

-Observe.

En la penumbra sólo se percibe el fluir del agua de mar. Ya estaban cansados los marineros. En la jornada nocturna nadie tenía ganas de trabajar.

El capitán, cansado de esperar respuesta de tierra, comenzó a llamar a los ángeles. Ni por un momento se le ocurrió que fuesen a escucharle tan claramente. Él sólo dijo, en medio de la noche:

-Tierra, sé que estás ahí. Agua, deja de ahogarme. Mar inmenso, quiero salir. Y tú, ángel mío, contéstame.

¿Por qué dijo eso? Ni él lo sabía. Perdido en la noche de su vida no se planteaba encontrarse con los ángeles,



no se planteaba nada. Sólo quería dejar de sentir tanta sed de libertad.

En la nave, no había nadie. Incluso creían que era posible que no hubiese habido ninguna nave.

-Señor, está dando señal. Observe.

-Sí, lo veo. Sólo que no hay nave ahí.

-¿Está respondiendo a la radio?

-No señor. Únicamente se escucha esto:

El marinero subió la señal de la radio mostrando un sonido de fondo:

-gshhh.

-¿Qué hacemos, señor? Tendremos que comunicar lo que ocurre.

-Busque una imagen del navío.

-Con tanta niebla es bastante complicado.

-Quiero una imagen. Lo que salga.

-Nos acercamos.

-Ni hablar, ¿está loco, marinero? Tomadla desde aquí.

El marinero dio la orden de sacar una fotografía en la dirección exacta y unas imágenes bien iluminadas. Al cabo de unos minutos llegaron corriendo dos marineros con las primeras imágenes.



-Señor, los compañeros siguen tomando fotos desde proa.

-Déjeme ver.

En la imagen apenas se veía una masa gris. No tenía forma de barco, más bien parecía un platillo volador posado sobre el mar.

-¿Pero qué es esto? ¿No será el dedo de uno de sus compañeros? ¡Qué alguien me ayude a analizar esto!

Vinieron varios hombres corriendo a analizarlo.

Claudia debe saber, ella es experta en barcos extraños.

-¿Y dónde está?

-Ella tiene turno de día, iré a despertarla.

Al cabo de unos minutos llegó corriendo una mujer. Miró la imagen.

-Señor, aquí no se ve nada.

-¿Pero qué es?

-No es nada identificable.

-¿Qué quiere decir? ¿Es una ballena sobre el mar? ¿Un barco circular? ¿Una babosa gigante que flota? Dígame algo.



-Por lo que yo puedo decir, debe estar mal tomada la fotografía, no hay nada que se pueda asemejar a eso. ¿Aparecía en los radares? ¿Qué tamaño mostraba?

-Es grande, ¡es grande! Déjeme ver...

-Señor, el barco ha desaparecido.

-¿Cómo? ¿Cómo que ha desaparecido?

-Ya no está.

-¿Se habrá hundido? ¿Sería algún tipo de submarino de camuflaje?

-Lo dudo, señor, la corriente no ha variado, ni una gota de agua se ha movido.

-¿Lo has comprobado?

-Varias veces.

-¿Y dónde está ahora?

-Señor – decía la mujer -. Si esto es algún tipo de broma, yo pido permiso para retirarme.

-No, perdone que la molestemos en la noche, realmente había algo allí, todos lo hemos visto. Pero, ¿qué?

Pasados los años Richard caminaba por la calle. Unos años atrás el había sido el capitán de un gran navío de las fuerzas armadas. Durante mucho tiempo había navegado por océanos. Pidió la jubilación cuando su



mujer enfermó, pero apenas le dio tiempo para verla fallecer.

En alta mar siempre vieron objetos extraños, alguna vez vieron algún animal inmenso, otras veces sombras en el cielo que no tenían fin. Muchos no veían nada, otros tenían tanto miedo que no podían apenas salir de su camarote, vomitaban y tenían claustrofobia en el barco.

Recordaba con exactitud cada detalle de aquel día y en su memoria lo repetía una y otra vez. Guardaba fotos extrañas tomadas durante los viajes, pero sobretodo guardaba aquellas que no había podido entender, entre ellas, una gran masa gris en medio del océano. No era un submarino, no era un navío, no era un animal, no era nada conocido.

Si existían los extraterrestres, ¿podrían ellos navegar? ¿Y para qué querrían los extraterrestres navegar? ¿Qué buscarían en medio de la penumbra en la noche en el océano Atlántico? No lo podía entender. Pasados los años todo seguía siendo una gran incógnita.

Entonces lo vio. Sobre la ciudad había una gran nave espacial, de la misma forma que aquella que tenía en la fotografía, aquella que avistaron desde el barco aquella noche. Una nave circular, gris. Completamente opaca. No había ventanas, no había señales, sólo una masa de metal. Estaba sobre Londres, situada justo sobre la plaza Lincoln. ¿Qué era aquello? Y sobretodo, ¿por qué nadie más podía verlo?



Richard no se estaba volviendo loco, lo estaba viendo, sabía que estaba ahí, lo veía con la misma claridad con la que se ve una persona, una pared. No le asustaba. Sentía incluso que siempre había estado allí, que incluso él lo sabía, pero no había prestado atención.

¿Qué hacía una nave extraterrestre sobre la plaza Lincoln? Y, ¿por qué nadie más que él la podía ver? Y una y otra vez se hacía esta pregunta. En unos minutos de sobresalto, la nave se ocultó en el cielo azul.

Richard dijo:

-Gracias por mostrarnos. Sé que estáis ahí.



Sonríe.

*Aunque es doloroso este momento, va a pasar,
igual que todo pasa en la vida.*

Me apoyo en tu alma y te recojo cuando caes.

*Tú eres el sabio que me enseñas el camino hacia la
Unión y el Servicio.*

El Sacrificio de estar a tu lado, es un regalo divino.

Y yo, yo no soy nada sin ti.

Te amo en cada instante que te miro.

Y luces blanca, preciosa.

Nada puede detenerte en este tu día.

*Nada puede decirte lo que no vales, lo que no
puedes, porque llegarás hasta el infinito.*





Atrapado

Lidia tenía un gato blanco y le cantaba canciones todas las tardes.

-Estás loca si crees que ese viejo gato te presta atención.

-Es mi gato y hago con él lo que quiera. Vamos, Melchor, vamos a otra habitación que aquí no nos comprenden.

Ella quería otro gato para su amado gato blanco, quería que su gato no estuviese solo. Cada tarde le cantaba canciones y le hablaba con mucho cariño.

Un día, el gato saltó por la ventana. Tardó varios días en morir. Quedó atrapado entre la vida y la muerte y al final, Lidia, rendida, lo sacrificó en el veterinario para que no sufriese más.

Lidia lloraba. Lloraba día y noche pensando que su gato ya no estaría más.

-¿Por qué te has muerto, precioso Melchor? ¿A quién cantaré canciones ahora?

Por fin un día Lidia escuchó dentro de su cabeza una canción. Una melodía que nunca antes había escuchado, parecía que la estuviese imaginando. La prestó atención y según la escuchaba más y más nítida se hacía.



-Yo la escucho, no la estoy creando, ila estoy escuchando! ¡Qué extraño es esto!

Después de un rato escuchando la melodía sonó una voz de su ángel, que le decía:

-Deja de ser egoísta. Si realmente te importa tu gato, permite que muera en paz.

Lidia se quedó asustada.

-¿Y yo? - Preguntó a la voz - ¿A nadie le importa lo que a mí me pase? ¿Lo que yo sienta? ¿Sólo importa si el gato se fue en paz? Él sufrió mucho por la caía y yo quedé muy sola.

-Déjale partir, si no, mañana no te dejarán a ti partir en paz.

-¿Y qué me pasará?

-Quedarás escuchando las lágrimas y los lamentos de aquellos que te recuerdan con rabia y tristeza.

-¿Y no podré ir al cielo si me lloran por morir?

-No te irías en paz. Quedarías aquí, con todos, esperando que te recuerden con alegría y te permiten avanzar en tu camino de luz sin sentirte culpable ni mal.

-Yo no quiero perderme en la muerte. Cuando muera quiero llegar al cielo rápido, no quiero entretenerme viendo a otras personas sufrir. Por mucho que me quieran tendrán que comprender que me he muerto.



-Comprende tú entonces que ha llegado el momento para tu preciado gato. Él estará bien, sólo era un gato.

-Tienes razón, voz. ¿Y tú quien eres?

-Una estrella que te observa.

-¿Cómo te llamas?

-Ángel dorado.

Lidia quedó callada al escuchar esa expresión. Sentía que ya la había escuchado antes.

-¿Y por qué estás ahí? ¿Te conozco?

-Amada, tú y yo somos dos ángeles que caminamos de la mano por la vida humana.

-No lo entiendo bien, ¿tú estás conmigo?

-Siempre, amor. Ahora deja marchar a tu gato para que pueda venir a tu vida una energía nueva.

-Le echo tanto de menos...

-Egoísta. ¿No ves que sólo piensas en tu bienestar? No puedes echar de menos a alguien que se transforma en un ser de luz. Ahora, es libre. Ámalo tal y como ahora es. Entonces tú también serás libre.

-No lo había pensado así. Le echo de menos como era por no aceptar cómo es ahora. ¿Ahora es un ángel como tú?

-Camino de su siguiente reencarnación.



-¿Y volverá a ser un gato?

-Dudo que así sea, preciosa mía

-¿Volveré a verle? ¿Le reconoceré?

-Otra vez tu ego, deja el ego. Apenas lo reconocías en esta vida. No sabes si en el pasado fue tu madre, tu abuelo, no sabes quién era, sólo era tu gato. ¿Por qué quieres reconocer al que en esta vida fue tu gato? Tu gato puede convertirse en una estrella cuando deje de ser tuyo.

-Ahora lo entiendo. Si no me recuerdo ni a mí misma, ¿cómo voy a reconocer a otro? No me llames egoísta, me duele escucharlo.

-Es momento de que veas lo que significa para que rechaces ese comportamiento. También te llamo luz, amor, preciosa. Te quedas con esa palabra porque para ti significa algo negativo, sin embargo para mí no lo es. Yo te amo en cualquier momento, en cualquier estado, no te juzgo y valoro en ti cualquier esfuerzo por cambiar y crecer.

-Quiero ver para no equivocarme de nuevo. Quiero avanzar y no hacer daño a más seres ni personas.

-Para eso, para no hacer daño a nadie, amate, acéptate, y el dolor y el apego se marcharán rápido. Ahora no te amas, y escondes la falta de amor propio tras el apego que no te permite ilusionarte por tu gato que ahora es un ser libre.



-¿Quieres decir que todos mis problemas son la falta de aceptación propia?

-La desconfianza en ti y en Dios, la desconfianza en la luz que hay en ti, la visión equivocada de la realidad. Estás en el proceso de sanación. ¿Te gustaría dar un paso adelante?

-Claro que sí.

-Observa, sólo el amor existe. Es inmortal. Todo lo demás perece con el tiempo porque no son más que ilusiones.

Todo lo que crees amar, no es real, es una ilusión porque terminará muriendo, como casi todo lo que existe.

Pero hay una cosa que es eterna, la luz que hay en ti, el amor.

Si quieres abrazar la eternidad y no sufrir más, abandona el ego, abandona el miedo, abraza aquello que no perece con el tiempo.

Y observa, una cosa más, todo lo que hay en ti, es un precioso regalo de Dios al Universo creador. ¿Lo ves?

-¿Lo que hay en mí?

-Lo que hay en ti. Él lo creo.



No más lástima

Beatriz hacía años que no emitía ningún gesto de felicidad. Su apagada sonrisa apenas se podía ver. Ella decía que estaba disgustada, que odiaba la vida, que odiaba a las personas, pero todo eso no era cierto, realmente no se amaba a sí misma.

De todas las personas, con la última con la que quería estar era con ella misma. Pensaba en el suicidio cada tarde y durante horas solía planificar diferentes maneras de perder la vida. Y luego se preguntaba:

-Y una vez que termine esta vida, ¿a dónde iré? ¿Aceptarán personas como yo en el cielo? Dicen que los que mueren antes de tiempo no se mueven más, se quedan quietos como espíritus errantes. No tienen nada que hacer hasta que llega su hora, pero al menos, ese pensamiento es mucho mejor que el pensamiento del infierno donde continuamente estoy muriendo de horribles maneras, con hambre y sin poder comer.

-Odio mi vida - se decía Beatriz una y otra vez.

La vida pasaba y día tras día, Beatriz no hacía más que pensar en lo horrible que era la vida y en lo horrible que era su vida en particular.

-No quiero vivir, no quiero vivir - se repetía incesantemente.



-¡Basta! – dijo un día su guía con tanta fuerza que Beatriz lo pudo escuchar. Y un espíritu mofándose gritó:

-Basta, ridícula persona, ¡no haces más que molestar!

-¿Salió eso de mi cabeza?- Pensó Beatriz rápidamente
- ¿Qué es eso que escuché?

-Claro que salió eso de mi cabeza, me estoy volviendo loca de tanta desgracia que tengo – repitió el espíritu mofoso. – No tengo otra cosa que hacer más que hablar sola, siempre hablo sola. Estoy completamente loca.

Entonces Beatriz detuvo su pensamiento unos momentos y se puso a escuchar, estaba segura de que esa voz venía de fuera, le daba igual si venía de otro ser, de una locura transitoria, o de qué, quería respuestas. Y escuchó:

-No oía nada.

Siguió escuchando y el espíritu mofoso se alejó asustado. Se acercó y dijo:

-Estamos aquí para controlarte...

Pero rápidamente se volvió a alejar. Estaba a punto de ser descubierto. Y Beatriz no tenía miedo alguno. Ya le había ocurrido de todo, no tenía más miedo. En toda su desgracia, en toda su vida, lo más emocionante tal vez fuese eso, ¿por qué lo iba a temer? Escuchó:

-Ámate, sólo te tienes a ti misma.



Escuchó de una voz que provenía, no de su mente, sino de su corazón. Todo su cuerpo se sintió abrazado y Beatriz comenzó a llorar.

-¿Quién eres? ¿Te estás burlando de mí? ¿Quién me habla?

-Soy tu ángel guardián. Ámate Beatriz, no queda más que eso. Es tu lección.

-¿Pero a qué?, ¿a qué vine a la vida? ¿Para ser desgraciada? ¿Tanto me odia Dios si acaso existe algún Dios?

-¡No digas eso! ¿Tanto te odias tú? ¿Viviendo en una casa, con dinero para vivir, con los dos padres vivos, con un hijo mayor de 27 años, independiente, con lujos...? ¡Por qué sigues gritando y reclamando? ¿Tanto te odias tú que no te permites ser libre? Ámate. La vida se te está pasando.

Beatriz se sintió herida, pero herida de una forma muy diferente. Comprendió como hasta ese momento se quejaba, se odiaba, no hacía nada por levantarse y cambiar, y esa voz, esa parte de sí misma o ese ángel o lo que fuese, le había reconocido su miseria. No era miserable por la vida que llevaba, sino por no valorar la vida que tenía. Vivía como una vagabunda mendigando amor, cuando ella era incapaz de entregarlo.

-No merezco esta vida, no la quiero más.



-Si sigues escuchando y dando valor a lo que tu ego dice, seguirás cayendo una y otra vez en la miseria. ¡Deja de escuchar tu retorcido ego!

-¿Qué quieres decir? ¡No merezco esta vida! ¡No la quiero! Otro sabría valorarla más que yo.

-Si la tienes, úsala, no la menosprecies más buscando recompensa. No hay recompensa.

-Soy tan infeliz.

-Valora lo que ahora tienes, mañana todo lo que tienes lo puedes perder.

-¿Todo? ¿Seré más desgraciada aún? ¿Qué hice yo? ¿Por qué merezco esto?

-No fuiste agradecida, en ninguna vida. No aprendiste a amarte. Hoy tienes la oportunidad de amarte y amar a los demás. Esa es tu misión de vida.

-¿Y cómo lo hago? ¿Cómo voy a amar a alguien si nadie me ha amado a mí?

-¿Crees que puedes dar lástima a un ángel? ¿Crees que puedes dar lástima a los ángeles? Sufrirá lástima tu ego, los ángeles tenemos compasión. Reconozco tu sufrimiento, reconozco tu esfuerzo diario. Pero esa no es excusa, levántate y lucha. Levántate hoy, mañana, al otro día, y deja de intentar dar lástima al cielo. ¿Crees que mereces mejores oportunidades que los demás? ¿Por qué? ¿Haces algo por alguien? ¿Haces algo por alguien que no seas tú?



-Yo tuve dos hijos, los crié muy bien y Dios me arrebató uno de mis hijos, y me arrebató mi marido y me arrebató todo. ¡Merezco mucho más!

-La vida no se puede controlar, no es tuya. La lástima no te servirá para ganar un puesto en el cielo. Tú no sufriste más que nadie en este mundo. Acepta esta vida, ámala, ámate. Es tu responsabilidad. Si no aprendes eso, la próxima vida tendrás que volver a descubrirlo, y te diré algo, todo lo que ahora tanto odias, todo lo que hoy no te gusta en otros o en ti misma, lo verás reflejado en tu vida siguiente.

-¿Quieres decir que seré todo lo que no quiero ser? Eso es fácil, entonces tendré la misma vida que ahora.

-No, ángel mío, tendrás aquella vida que ahora odias. Miseria, fracaso, soledad, miedo, fealdad... Todo lo que ahora no deseas y no aprendiste a aceptar.

-La vida, tal y como la conoces, es perfecta. Tienes dinero para vivir, tienes familia, tienes casa, tienes comida, tienes oportunidades. Sin embargo desprecias este regalo que la vida te entrega. Intentas dar lástima, te odias, te maltratas encerrándote aquí día y noche. Millones de personas cada día salen a trabajar por comida, no tienen nada y trabajan duramente día y noche sólo para comer, sin embargo ellos sonríen, viven, disfrutan. ¿Por qué tú, que ni siquiera necesitas trabajar para vivir, te lamentas tanto?

-Ellos están ciegos y no ven que la vida es horrible.



-Entonces, maldice la vida, pero no te lamente de atraer a tu vida todo lo que te recuerdas constantemente.

-¿Qué es eso de atraer a mi vida? ¿Qué estoy atrayendo a mi vida?

-Desgracias.

-¿Por qué? ¿Qué hice mal ahora?

-Despreciar. Despreciar un regalo inmenso que es la vida, despreciar la oportunidad de ayudar a otros. Sólo piensas en ti, en tu ego, en tu propio beneficio, en tu pasado. No piensas en nadie más, olvidas a las demás personas y olvidas las oportunidades que la vida te entrega constantemente. ¿Qué quieres? ¿Qué más quieres? ¿Pides más? Los ángeles entregamos dones y regalos al alma, no al ego. Tu ego no hace más que pedir, y está pidiendo más miseria para poder llamar más la atención. Si tú lo deseas y pides lo mismo, eso te llegará.

-¿Tú me traerás miseria?

-¿Ves? Constantemente tu ego malinterpreta mis palabras para hacerte creer que eres la víctima de tu vida, no comprendes que tu vida la estás creando tú. Con tu desidia, con tu negatividad, estás creando esta soledad y esta miseria. ¿No lo quieres ver? Miles de personas, hoy, el día de hoy, no tienen ni para comer. Tú tiras comida cada día, no agradeces el alimento que se te entrega. Miles de personas, hoy, caen enfermas y



mueren por causas naturales, tú tienes salud, tienes vida, sin embargo la desperdicias encerrada en esta casa con las persianas bajadas. Miles de personas, hoy, pierden familiares cercanos, tú perdiste uno hace más de 10 años, sabes lo que se pasa, sin embargo no te importan los demás, no sales a ayudarles en su proceso personal. Olvidándote de las demás personas, pensando sólo en ti, esperas que la vida te entregue tranquilidad, felicidad, alegría. Haces continuos esfuerzos por maldecir, ningún esfuerzo por agradecer, haces también continuos esfuerzos por maltratarte, con alimentos que te dañan, sin luz del sol, sin hacer ejercicio ni moverte, ni un solo esfuerzo en amarte y cuidarte. ¿Qué esperas? ¿Qué te recojan y te cuiden? ¿Qué te alaben por una vida de fracaso y sufrimiento? Tu vida no es una vida de sufrimiento inevitable, todo tu sufrimiento tiene fácil solución.

-¿Cuál solución? Dime la solución y ahora mismo cambio mi vida, si realmente hay solución, idímelas!

-¿Quieres que te diga la solución a todos tus problemas?

-Sí, por favor... No tengo más, te lo ruego. Ayúdame, ángelpreciado. Tengo la piel de gallina, no puedo moverme y siento mi corazón con congoja, nunca me sentí tan mal conmigo misma. Haz que mi ego no me dañe más.

-Bien, te lo daré. Sal a la calle. Haz un paseo de una hora, mínimo una hora, respira aire fresco y medita



cuántas personas ves, cómo son esas personas, observa si se están quejando, si se lamentan, si sonríen. Observa a niños, a mayores. Observa la vida en la calle. Haz esto cada día y en un mes, todos tus problemas se habrán disuelto.

-Lo haré. Pero pronto verás que sólo con un paseo no sanaré todo lo que ahora vivo, mi vida es una desgracia continua, no se solucionará todo tan fácilmente.

Al día siguiente Beatriz salió a la calle, y al siguiente, y al siguiente. Al cuarto día caminaba y levantaba la cabeza, miraba a las personas y tenía ganas de ir a lugares donde no había ido los días anteriores, quería pasear, quería salir más lejos.

Por último, pasados 30 días, ella cocinaba en su casa tarareando una canción. Había olvidado que habían pasado 30 días y había olvidado la conversación con el ángel, apenas recordaba que había hablado consigo misma y había decidido cambiar su conducta, entonces escuchó:

-Preciosa dama, ¿es usted la que tan alegre y bien arreglada pasea por la calle cada día?

-Sí, soy yo, mente mía.

-No soy tu mente amada, soy tu ángel. Estamos orgullosos de ti.

Beatriz lloraba emocionada. Tras un momento de silencio dijo:



-Ángel, ¿estás ahí?

No escuchó respuesta, pero sintió que siempre estarían allí, que sus ángeles estarían siempre con ella.

-Gracias. -Decía Beatriz- Gracias por abrirme los ojos.
Gracias. Gracias.



Abre las alas

Todo lo escrito en este librito es real, y puede que se haga real en tu vida.

Observa bien, quién te está escuchando, quién te está observando. Siempre estamos aquí, junto a cada persona. Nosotros, los seres alados nos uniformamos todos con una misma sinfonía. Es el canto celeste de las estrellas; es el canto de Dios. ¿Lo quieres escuchar?

Abre las alas de tu corazón y reza.

Habla con Dios, habla con tu ángel, habla con tu ser divino.

En el camino descubrirás tus miedos, tus retos. En el camino para hablar con el ser que tanto te observa y te ama.

Un día, nos escucharás igual que nosotros te escuchamos a ti, y será una bendición para nosotros.





Conclusión

En efecto contrario a otros libros que te sacan de ti, este libro tiene como objetivo meterte dentro de ti mismo.

¿Quién hay prisionero dentro de ti? ¿Quién escondes en ese agujero que has creado?

¿Tú corazón? ¿Tu ser? Y si es algo tan valioso, ¿por qué lo tienes tan escondidito ahí dentro?

Atrévete a sacar a fuera el interior de ti mismo, ten valor. La vida se te escapa y hoy es la oportunidad que tienes de vivir con todo tu ser, con todo tu potencial.

Cada acto de tu vida, que sea valiente, honroso, que esté dedicado desde tu alma a todos tus hermanos sobre la Tierra.

¿Quién crees que eres que crees que has de esconderte?

Te diré una cosa, sólo una cosa, amigo lector. ¿Qué es un ángel? Un ángel eres tú cuando no estás atrapado en las cadenas de tu propia individualidad.

Un ángel eres tú

No hay tiempo, no hay más cadenas que las que tú has inventado. No crees más excusas. Vuela libre en



este bello día. Las oportunidades de estar vivo son únicas.

¿Lo has entendido?

ASOCIACIÓN



LUZ y CONCIENCIA



Otros títulos de Altair García Alonso:

Mensajes de los guías

Viajando con el Yo Superior

Chakras Elevados, Las Puertas Celestes del Alma

Cuentos que no se cuentan

Cuentos breves y otras historias

Niños de Luz I, II, III, IV y V

Buscando en las orillas del mar

Alas al infinito

Más información:

melkisedita@gmail.com

www.kailashmagazine.com